EL HOMBRE DE PIEDRA

POR

MANUEL CANO Y CUETO

PRECEDIDO DE UN PROLOGO

POR

SIRO GARCIA DEL MAZO





DIBUJOS DE SALVADOR CLEMENTE

ADMINISTRACIÓN
LIBRERIA DE VICTORIANO SUAREZ
Jacometrezo, 72.

1889

MADRID.—ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO «SUCESORES DE RIVADENEYRA», PASEO DE SAN VICENTE, NÚMERO 20.

AL EXCELENTÍSIMO SEÑOR

Don Antonio Cánovas del Castillo

Homenaje de entusiasta adhesión

El Autor.

PROLOGO.

I.

«La leyenda, en la acepción inmediatamente tomada del francés que hoy se da entre nosotros á esta palabra, cuyo significado en castellano no corresponde, según la Academia, al que en ella tiene, es un género de composición nuevo en España, ó mejor dicho, es una forma poética recién importada, un *nombre* nuevo y nada más; pues en cuanto á la índole de las composiciones hoy designadas con él, no sólo fué conocida de nuestros poetas desde la formación del habla vulgar, mas constituyó en todo tiempo nuestra verdadera poesía nacional, bajo el nombre de romances. ¿Qué otra cosa son, si no, nuestros romances más que verdaderas leyendas? ¿Qué son éstas, tales cuales hoy se usan, sino verdaderas novelas en verso, históricas ó fantásticas?.....»

Expresábase así un docto literato (1), hace ya bastantes años, en el prólogo que escribiera á las tres admirables leyendas del Duque de Rivas, *La Azucena Milagrosa*, *Maldonado* y *El Aniversario;* del Duque de Rivas, que fué el primero que introdujo entre nosotros la palabra *leyenda* en el sentido que hoy tiene, aplicándola á su novela en verso *El Moro Expósito.*

Con abolengo tan ilustre como son los romances, que nacen y florecen al par de la nacionalidad española por ser la genuina encarnación del genio poético de nuestro pueblo, y contando entre sus mantenedores al egregio vate citado, á Espronceda y á Zorrilla, hubo

(1) D. Eugenio Ochoa.

la leyenda de alcanzar gran boga en el período subsiguiente al despertar, fecundo y glorioso para las letras patrias, que inician la evolución constitucional en política y la romántica en literatura.

Explícase muy bien la popularidad de la leyenda en aquellos tiempos. En época de renacimiento y entusiasmo, el alma se dilata, el sentimiento se impone, propéndese á lo extraordinario, hay como una plétora de vida, merced á la cual bórranse los límites estrechos de lo presente, y mientras de una parte parece que se goza de un anticipado porvenir, de otra reanímase lo pasado, que surge vivo y lleno de encantos ante nuestros ojos. Son tales momentos en la vida de los pueblos como esas eminencias á que sube el viajero, para abarcar de una ojeada el vasto horizonte en todas direcciones.

Y es la leyenda género de composición muy á propósito para expresar este estado del espíritu.

Más libre que el drama, que, como sujeto á la inspección directa de los sentidos, ha de contenerse en los límites de una más estricta realidad, despierta en nosotros análogo interés, por las pasiones que pone en juego, los caracteres que retrata y las peripecias de la acción.

Con tanta flexibilidad como la novela para el análisis psicológico, la descripción de costumbres y la pintura de escenas, cuadros y personajes, la sobrepuja, sin embargo, por franquear al poeta las puertas de lo maravilloso, por las galas de la versificación y por la mayor amplitud con que el autor usa del lenguaje figurado y los distintos medios de expresión inherentes al mismo; que bien que haya leyendas, y muy notables, en prosa, y aunque ésta no se halle reñida con los aderezos y primores de la poesía, la forma propia de la leyenda es el metro, y la sobriedad y el carácter analítico de la prosa no hermanan bien con el empleo frecuente de imágenes y metáforas.

Dimana el singular atractivo de la leyenda, de la misteriosa poesía que hay en todo lo que *fué*. Sin llegar á decir, como Spencer, que lo bello es lo que ha dejado de ser útil, esto es, lo que ya no satisface una necesidad ó llena un fin en la vida, es indudable que del fondo de la tumba, siempre abierta, donde van á sepultarse las generaciones con sus alegrías y dolores, sus esperanzas y desengaños, sus glorias y sus tristezas, sus proyectos y sus obras, brotan ecos simpáticos que conmueven nuestra alma. El presente ofrece motivos de inspiración á los poetas, y pueden y aun deben éstos ser nuncios y cantores de nuevos ideales; mas lo pasado es campo ya fecundado, donde la poesía nace espontáneamente, por decirlo así.

Aun suponiendo que la inteligencia permanezca sorda á las ideas, á los sentimientos, á las costumbres, á las creencias de otras épocas, no así el corazón. Hay corrientes secretas, lazos indisolubles entre los que son y los que han sido, entre lo que existió y lo que existe. El poeta que sepa herir esta cuerda sensible de nuestro ser, confíe seguro en el aplauso y la popularidad.

II.

No obstante ser joven todavía, nuestro poeta es ya veterano en el género de la leyenda. Once de éstas no menos publicó en 1875, y aparte, otra además, *La Mano Blanca.*

Su preferencia por la leyenda da al Sr. Cano personalidad propia en el campo literario, donde le señala un lugar que nadie podrá disputarle con derecho.

Por otra parte, si en sus primeras producciones no hay más que vislumbres respecto á la manera original como el Sr. Cano concibe la leyenda, hoy podemos ver ya que se distingue de los demás poetas que han cultivado este género por la mayor extensión é importancia que concede al elemento dramático, y por el sumo cuidado que pone en reflejar con fidelidad el *medio* en que los personajes se mueven. Alguna de las leyendas, aún inéditas, que ha escrito muy recientemente, ha de llamar con este motivo poderosamente la atención.

Las cualidades que acabamos de indicar evidencian la delicadeza del numen del Sr. Cano. Más por seguro instinto que como obra de la reflexión, hase operado en él un cambio altamente favorable para el desarrollo de sus dotes poéticas en armonía con las aspiraciones, las exigencias y el carácter general de la época presente. Las letras patrias deben prometerse preciados frutos del rumbo que toma el estro del autor de El hombre de piedra.

Pero vengamos ya á la leyenda.

III.

Vese aún en Sevilla, hacia la mitad de la calle que lleva el mismo nombre que la leyenda del señor Cano, un trozo de estatua de tamaño natural, muy mutilada, acéfala, y sujeta á la pared por una argolla de hierro. La estatua parece de mujer, y sin embargo, el pueblo cree, por tradición, que es el cuerpo petrificado de un calavera audaz, galanteador y pendenciero, que recibió tan ejemplar castigo por blasfemo, según unos, por negarse á descubrirse, en ocasión de estar hablando con su novia y á pesar de las instancias de ésta, al paso del Viático, según otros.

Hemos contemplado detenidamente la estatua, y en verdad, mirada desde cierta distancia, su mal estado de conservación, la pérdida de la cabeza y la misma posición de la figura que representa, le dan una apariencia extraña y monstruosa.

Las apuntadas son las únicas noticias que hemos podido recoger acerca de la tradición que constituye no el cuerpo, pues la fantasía del poeta ha debido suplir lo obscuro é incompleto

de la creación popular, sino, por decirlo así, el punto de partida, el numen ocasional de la hermosa leyenda del Sr. Cano.

Su argumento, como verán nuestros lectores, es altamente interesante, dramático, conmovedor.

El tipo de Don Lope, bien concebido y magistralmente desarrollado, es más humano, más verdadero que el de Don Juan Tenorio. Por mucho que halague á la imaginación la mezcla de cualidades brillantes y de defectos aborrecibles que forman el fondo del carácter de Don Juan, es lo cierto que tal amalgama es poco verosímil. Nuestra edad de ciencia y positivismo, que diseca con su escalpelo lo mismo las fibras del corazón que las células cerebrales, ha mostrado palpablemente que en el sentimiento, como en la moralidad, como en la inteligencia, hay una lógica á la cual es difícil sustraerse. En esto, como en todo, lo erróneo ó falso de una concepción se revela con claridad en las consecuencias absurdas á que conduce. Pues bien, sería acaso empresa llana el patentizar el lazo de filiación que hay, en la musa del pueblo, entre la idealización del carácter de Don Juan y la idealización del carácter de Diego Corrientes, ó de José María. Así lo ha comprendido sin duda un inspirado poeta portugués contemporáneo, que deseoso de disipar la aureola que circundaba como nimbo de luz á esa apoteosis del vicio brillante y fascinador que se llama Don Juan Tenorio, nos presenta en bellísimo poema al galanteador sempiterno y audaz duelista, decrépito, enfermo, miserable, mendigando su pan y muriendo entre el desprecio y el olvido.

En Don Lope Aguilera el vicio se manifiesta tal como es, innoble y repulsivo. Las pasiones más abyectas engendran los apetitos más desordenados; el libertinaje degrada el sentimiento, y el haber derrochado una fortuna cuantiosa es incentivo que despierta el afán codicioso de reunir nuevas riquezas, ganzúa de oro con que sea posible volver á forzar las puertas del amor y del placer.

Así, Don Lope no va á América ganoso de gloria ni enardecido su entusiasmo por la grandeza del descubrimiento de Colón: su norte es el oro; su único móvil, el enriquecerse; y cuando Moctezuma se dirige á la lealtad y generoso impulso del caballero, él discurre con la doblez y el interesado cálculo del tahur; y al contemplar á Tlezuntelh por vez primera, si se le enciende la sangre, el corazón no se le conmueve. Unicamente en presencia de una madre infeliz que va á ser sacrificada por el feroz sacerdote de Thaloch, tiene un arranque de indignación nobilísima; mas si trata de salvar á la víctima, á pesar de reirse luego él mismo de su hidalgo proceder, es porque aquel espectáculo hiere en él instintos de raza, de religión y de cultura de que no es dado al individuo libertarse.

La pasión que más tarde concibe por Tlezuntelh, cuando mutilado, dolorido, irrisión y espanto de sí mismo, regresa á Sevilla, se explica sencilla y naturalmente. Si el poeta la hubiera hecho nacer en el pecho de Aguilera á la vista de la hermosa india, entonces que, sano y vigoroso, le devoraba sed inextinguible de goces; si en su obsequio hubiese depuesto el «Rojo» á los pies de la mejicana sus vicios y su fiereza, es seguro que se habría conmovido más de un corazón ingenuo y entusiasta; pero este recurso, además de gastado, habría adolecido del gravísimo defecto de carecer de base sólida y firme en la realidad. Otra cosa es lo que el poeta ha felizmente imaginado. Hasta que Don Lope no se ve desvalido, desamparado, miserable y monstruoso, no brota en su alma el amor como esos torrentes espumosos

que suben desde las entrañas de la roca, por entre las grietas que abrió el tiempo ó por el cauce que les trazó el rayo.

Y, nótese bien, el carácter de Aguilera no cambia en las nuevas circunstancias en que el poeta lo coloca; el agente ha variado, pero la materia es la misma. Despreciando el cariño maternal de la anciana nodriza, seco el corazón para cualquier otro afecto que no sea el que le inspira la mejicana, el amor no es la redención, es el castigo del «Rojo». Cierto que el carácter de éste adquiere un relieve eminentemente trágico en las últimas escenas del drama; mas proviene esto de la situación en que se halla, no de una modificación de su naturaleza. Por eso los fieros alardes de los últimos momentos guardan perfecta armonía con todo el curso de la acción.

Pocas creaciones habrá tan hermosas en la literatura contemporánea como la del amor que se desarrolla poderoso, invencible, en un cuerpo deforme, espantable, mutilado; pocos cuadros de tan alto vuelo y tan vivo interés dramático como el de esa pasión intensa, delirante, que se entrega inerme en brazos de Tlezuntelh, que ni por compasión verterá una gota de bálsamo en aquella herida que mana fuego y sangre, porque sus dioses no perdonan, y la flor del sentimiento, de fragancia pura y suavísima, que guardaba amorosamente en su corazón de mujer, la segó implacable Aguilera al presentarle, entre ultrajes y sarcasmos, la cabeza de Xicotencal.

La monstruosidad física de Quasimodo separaba á éste fatalmente de Esmeralda; de aquí la grandiosidad de la pasión que por la bella gitana siente el campanero de *Notre Dame.* Pues bien, entre Don Lope y la india, la monstruosidad física, con ser barrera tan alta, es lo de menos; el verdadero obstáculo, el obstáculo insuperable está en el abismo moral que el odio y la venganza de Aguilera abrieron entre los dos: no se extrañe, pues, que repitamos que esta creación del Sr. Cano es verdaderamente admirable.

El tipo de Tlezuntelh es otra obra maestra. Casta y hermosa, recibiendo de sus compatriotas culto religioso, le satisface menos este homenaje que el amor tierno y correspondido de Xicotencal. No alcanza el hombre, por más empeño que en ello ponga, á evitar que se cumplan las leyes inflexibles de la naturaleza. No porque adornéis vuestras sienes con deslumbradoras diademas, y esclavos os sirvan y os hagáis llamar *César* y *Sacro* y *Majestad*, dejaréis de pensar y sentir como los demás mortales; no porque la ciega credulidad de un pueblo idólatra os alce altares y se prosterne reverente á vuestras plantas, escaparéis á las flaquezas y pasiones propias de la condición humana. ¿Cómo no amaría Tlezuntelh cuando en torno suyo nada hay que amor no respire?

Universalmente respetada, no habiendo podido penetrar todavía toda la extensión de la perversidad del «Rojo», acoge á éste bajo su techo, para cumplir el mandato de su padre que acaba de morir. No hay duda que obra con escasa prudencia, pero la excusan la adoración de que es objeto y su misma inocencia é ignorancia. La muerte de su amado, el atropello brutal de que fué víctima y el vencimiento de su patria, la arrojan de pronto en la horrible realidad. Pudo ser generosa mientras se sintió feliz; será inexorable al mirarse desgraciada. Hija de la selva, hermana de ídolos sanguinarios, tan pronto como vientos adversos disipan la atmósfera serena y pura que la envolvía, reaparecen en ella, fuertes, incontrastables, los instintos de crueldad, astucia y venganza que caracterizan á las razas primitivas. Si el «Rojo»

hubiera satisfecho sus torpes deseos la vez primera que penetró en el templo de la india, el amor rendido y respetuoso del jefe tlascalteca la consolara quizás de su infortunio: la derrota de Cortés habría acaso mitigado su dolor; pero acosada, vencida, humillada en todos sus sentimientos, no queda en su alma un átomo de piedad, ni en su corazón una sola fibra para la ternura. Así, cuando la nodriza le pide sollozando que perdone á Don Lope, le contesta con el recuerdo de sus dioses, que lejos de morir en afrentoso patíbulo por amor al hombre, contemplan impasibles como la sangre humana corre á sus pies: le dice que las pasiones del indio son gigantes como sus montañas, alumbradas de noche por los volcanes; opone la fiereza de los jaguares, que vagan libres en los bosques de su país, á la docilidad de nuestros perros, que lamen la mano de quien les pega. No es posible que la voz de la anciana ablande aquel pecho de roca; habla á Tlezuntelh un lenguaje que ella no comprende.

Como hemos dicho anteriormente, el castigo de Aguilera es tan terrible, que más de una vez mueve el ánimo á compasión. Ha sido menester todo el talento del poeta para conducir la acción, dentro de los medios que el arte moderno y nuestro estado de cultura permiten utilizar, á un desenlace lógico. Privado el Sr. Cano del fatalismo de los griegos, comprendiendo que se dirige á creyentes tibios ó á escépticos declarados, el carácter de Tlezuntelh, absolutamente verdadero, dadas las condiciones de la raza y pueblo á que pertenece y las individuales que lo crean y modifican, es recurso felicísimo, merced al cual la tremenda expiación del «Rojo» es producto necesario de las pasiones puestas en juego por el autor.

Xicotencal, noble y sencillo, tierno y valeroso, inspira profunda simpatía. No está vaciado en bronce su carácter, como los de Tlezuntelh y de Aguilera; tiene cierta vaguedad é indeterminación, que antes favorece que perjudica á la armonía del conjunto. Los caracteres del «Rojo» y de la india requieren el esfuerzo hercúleo del escultor que quiere transformar inmenso bloque de mármol en estátua gigantesca, que asombre por la energía de la expresión y cautive por la verdad de los detalles; el de Xicotencal es como esas figuras semiveladas en la sombra, de indecisos y como flotantes contornos por efecto de la distancia, que los pintores colocan á veces en lontananza para suavizar y dulcificar, en sus cuadros, la emoción demasiado viva que producen el vigor y colorido de las figuras más salientes.

Lo decimos sin rebozo. En nuestra humilde opinión—¡ojalá que como sincera fuese autorizada!—el trabajo del Sr. Cano es más que una leyenda; por entre sus formas airosas y galanas, serpean los nervios de acero y las líneas esculturales de un verdadero poema.

IV.

La lectura de cualquiera de los pasajes de El Hombre de piedra da á conocer la viveza é intensidad con que esta obra ha sido concebida y sentida por su autor: á esto se debe el que surjan naturalmente frases felices en el curso de la narración, y haya descripciones que á la

vista más que al oído parecen dirigirse por su color y su verdad; y los personajes, lejos de ser maniquíes que oculto y mecánico resorte mueve, se impongan á la imaginación como vivientes realidades, y la acción se desenvuelva sin violencia ninguna, interesante al principio, dramática más adelante, solemne, trágica, majestuosa al fin.

Forzoso, en efecto, es no olvidarlo. Las creaciones del arte nos deslumbran, nos conmueven, nos dominan, nos anegan en purísimo goce cuando palpita en ellas viva y enérgica la emoción del artista; cuando sentimos que las recorre y anima en toda su extensión el hálito fecundo de una organización privilegiada; cuando nos descubren, franca, libre, ingenuamente, lo más íntimo, lo más secreto de una personalidad altísima y vigorosa.

Intensidad en la emoción y sinceridad en su expresión; he aquí los caracteres del verdadero artista. En la obra de arte vemos un alma que habla á nuestra alma; un sentimiento que hace vibrar nuestro sentimiento; una fantasía cuyo fuego inflama nuestra fantasía.

Cuando el artista se halla, como suele decirse, inspirado, hay en él un exceso de vida que ha menester exteriorizarse y difundirse, y que merced á los lazos que establece la simpatía humana, se nos comunica, nos compenetra y toma de nosotros plena y entera posesión. Tal es el aspecto realmente humano y más importante del arte. Los artistas que cada cual prefiere son compañeros cariñosos, amigos entrañables, cualquiera que sea la época en que brillaran ó el pueblo á que pertenecieren. Cuando se afirma que entre un autor y su obra hay la relación de padre á hijo, se habla menos metafóricamente de que lo que pudiera creerse. Hijos son de su espíritu los personajes, las escenas, los cuadros que el artista anima con el soplo de la vida. Por igual manera que Prometeo dió el fuego celeste á los mortales, el artista da su alma á su patria, á su raza, á la humanidad. Así se explica la especie de culto que se tributa á pintores como Rafael, á músicos como Mozart, á escritores como Cervantes.

El sello que imprime á sus producciones la individualidad del artista, fielmente manifestada, es un elemento indispensable para que nazca el goce estético; de donde resulta que agrade más la sencillez que el atildamiento, la originalidad que la corrección, la espontaneidad con sus descuidos que el artificio con sus primores.

El ministerio de la ciencia es impersonal y objetivo; el del arte, subjetivo é individual: los análisis, las investigaciones, los trabajos del matemático, del físico, del naturalista, se confunden y forman un todo único y homogéneo en el inmenso océano del saber; el arte reviste en cada raza, en cada pueblo, en cada época, en cada artista, una fisonomía que le es propia: la ciencia descubre, el arte crea: en la primera se admira principalmente la obra, en el segundo se admira, más que la obra, al obrero. No es nuestro ánimo afirmar, ni creemos que de lo dicho pueda deducirse, que el arte sea superior á la ciencia. Cada uno tiene su esfera independiente, y en último término, la ciencia pone en juego las facultades más elevadas del hombre, subordina las fuerzas naturales á nuestras necesidades y deseos, descorre el velo que oculta á nuestros ojos lo pasado y entreabre en ocasiones las puertas de lo porvenir: la ciencia, además, es venero, cada vez más rico, de inspiraciones para el arte.

Porque se da una idea incompleta del arte, al hacerlo consistir exclusivamente en la realización de la belleza. La belleza, sin duda, en cuanto atrae, estimula y cautiva poderosamente nuestra sensibilidad, es objeto y, si se quiere, objeto preferente del arte en determi-

nados períodos de la historia; pero el imperio del arte es mucho más vasto que el imperio de la belleza. Cuando se representa un campo de batalla sembrado de cadáveres, ó se pinta el carácter de un avaro, ó se sacan á la escena las terribles pesadillas que acosan al asesino, ó se describen los tormentos de los condenados, el asunto en sí ninguna belleza encierra. Si ante los ojos lo tuviéramos, nos movería á horror ó repugnancia. Y, sin embargo, esos temas han dado ocasión á creaciones artísticas justa y unánimemente celebradas.

Si se nos objeta que estriba este fenómeno en que la imitación agrada siempre, contestaremos que entonces, á medida que la imitación fuese más fiel y escrupulosa, el efecto estético de la obra artística sería mayor, y precisamente ocurre lo contrario. Si se objeta que lo feo, horrible ó grosero lo trueca el don milagroso del arte en bello, agradable y delicado, replicaremos que no está en manos del hombre el cambiar la naturaleza de las cosas y que, por tanto, ó es esa una frase sin sentido, ó es sencillamente una metáfora que envuelve la misma idea del arte que hemos expuesto. La verdad es que el artista llena su cometido, nos interesa y nos conmueve, siempre que, vivamente impresionado, logra expresar su emoción con sinceridad y energía; el mérito de su obra lo regulamos, consciente ó inconscientemente, como han advertido Veron y otros, por la inteligencia que supone, la profundidad de la emoción que revela y el poder de comunicación y simpatía que en ella existe. Con razón, pues, rebélase el naturalismo contra el concepto demasiado estrecho del arte que sustentan los idealistas; pero éstos, á su vez, no se hallan menos en lo cierto al sostener que el arte no es, no puede ser nunca, una pintura descarnada de la realidad, una disección que se lleva á cabo con la impasibilidad del anatómico. En suma; si se quiere seguir afirmando que el ideal del arte es la belleza, debe distinguirse con cuidado lo bello en el arte de lo bello en la naturaleza. Si, por el contrario, para librar al arte de caer en lamentables extravíos se le recuerda que debe inspirarse en la realidad, es preciso no confundir la realidad, en cuanto ocasión y pretexto de la obra artística, con la emoción y sentimiento que la contemplación de esa misma realidad despierta en el artista, emoción y sentimiento que constituyen el fondo verdadero, único é insustituíble del arte.

Ahora bien; como la ciencia nos pone en contacto cada vez más íntimo con la realidad, como á cada instante nos pone delante de los ojos nuevas maravillas y horizontes más extensos, es fuente viva y perenne de inspiración para el arte; de donde resulta, además de lo dicho, que si no ha de entenderse en modo alguno que el arte sea superior á la ciencia, tampoco debe temerse que la ciencia llegue á absorber al arte y á privarle de sus encantos y atractivos: la una es como la luz; el otro, como el calor de la vida.

Entendida con arreglo á lo expuesto, la predicción de Lamartine de que la poesía será con el tiempo la razón cantada se nos presenta con ciertos visos de fundamento.

Mas, hora es ya de volver á la leyenda del Sr. Cano. Decíamos que había sido concebida y sentida por el autor con verdadero amor; tal es, en efecto, la nota que en ella sobresale, y después de lo dicho, fácil es explicarse ya el entusiasmo que su lectura produce.

La versificación corre en las primeras páginas suelta, fácil y galana: al comienzo de una larga jornada, detiénese el viajero á coger las flores que esmaltan las orillas del camino. En los pasajes culminantes de la obra, brotan de la fantasía del autor raudales de poesía, que semejan música deliciosa por la sonoridad de los versos y causan el efecto de la pintura por

la brillantez de las imágenes; pero el concepto es preciso, propia la dicción, la frase no redundante ni ampulosa.

Descuella el Sr. Cano en las descripciones y narraciones. La índole de su talento poético se nos manifiesta en el trabajo que nos ocupa como esencialmente épica; su paleta es muy rica en colores, y su inspiración, dueña de sí misma, se eleva por grados, sin esfuerzo ni violencia, cuando el caso lo requiere.

Bien se revelan estas cualidades de la musa del Sr. Cano en la maestría con que maneja el romance, la forma métrica más suelta y flexible que tenemos. Como modelo de romance pudieran ser citados los de los capítulos XVI y XXX; aquel en que se refiere el arribo á Sevilla de la nave donde vienen Aguilera y Tlezuntelh; la hermosísima descripción de la casa abandonada de Don Lope, y otros muchos.

Magníficas son las quintillas inspiradas en la retirada de Méjico de las huestes de Cortés, luego de muerto Moctezuma: hay en ellas mucha valentía en la parte descriptiva; las reflexiones son oportunas, los pensamientos profundos.

Es hábil recurso para salvar la amenazada vida de Don Lope y medio acertado de poner de relieve la impresión que á los americanos causara la caballería española, el ciego frenesí con que la muchedumbre, provocada por el «Rojo», despedaza el corcel que éste monta y se reparte sus restos palpitantes, á modo de trofeo, mientras parece no hacer alto en el jinete.

En la conjura de los mejicanos, traza el Sr. Cano un cuadro notable por el vigor de los detalles y la entonación general, y en la facilidad con que á la vista de Motezuma pasa la multitud amotinada del respeto á la injuria y de la injuria á la agresión, se expresa con gran acierto lo mudable y tornadizo de las pasiones populares.

No acabaríamos nunca si hubiésemos de ir señalando una á una las bellezas, ya de fondo, ya de forma, que avaloran la leyenda del Sr. Cano.

Mas sería contraproducente que nos detuviésemos á indicarlas. En las páginas que siguen serán saboreadas con mayor deleite, pues siempre han de destacarse mejor en el magnífico cuadro donde el poeta las ha colocado, que no entre estos renglones de humilde y desaliñada prosa.

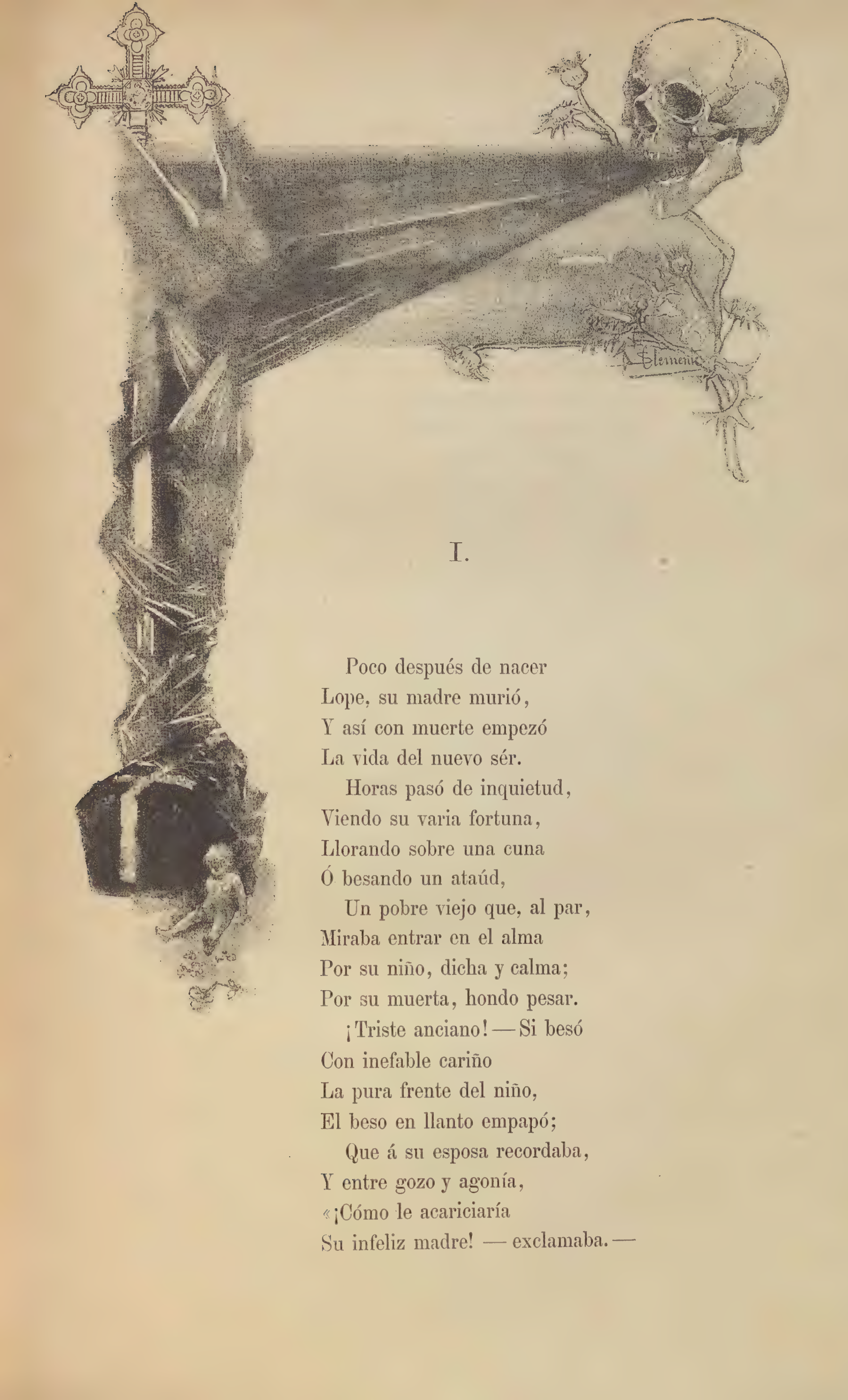
Siro García del Mazo.



Hay una calle en Sevilla
Que aún, por fortuna, conserva
Nombre antiguo, y con el nombre
La más extraña conseja.
Aun, por dicha, no moraron
En tal calle, ni eminencias
De pacotilla, ni amigos
De medianías soberbias,
Que, merced al pandillaje,
Sin gran labor consiguieran
De magnánimos cabildos
Ver puestos en grandes letras
De brillantes azulejos,
Nombres que la cal respeta
Por miedo á municipales
Y ordenanzas edilescas.
Piedra de humanal hechura,
De talla muy incorrecta,
Y en una casa empotrada,
Y á un fuerte hierro sujeta,
Espanto causaba al vulgo
Gritando con muda lengua

Venganzas que son justicias,
Y, como de Dios, bien hechas.
Oí contar cuando era niño
La temerosa conseja,
Y siempre horror me causaba
Mirar «El hombre de piedra».





I.

Poco después de nacer
Lope, su madre murió,
Y así con muerte empezó
La vida del nuevo sér.
Horas pasó de inquietud,
Viendo su varia fortuna,
Llorando sobre una cuna
Ó besando un ataúd,
Un pobre viejo que, al par,
Miraba entrar en el alma
Por su niño, dicha y calma;
Por su muerta, hondo pesar.
¡Triste anciano! — Si besó
Con inefable cariño
La pura frente del niño,
El beso en llanto empapó;
Que á su esposa recordaba,
Y entre gozo y agonía,
«¡Cómo le acariciaría
Su infeliz madre! — exclamaba. —

¡Qué alegres y dulces lazos
Rompió el cielo! ¡Qué ventura
Disputarnos con ternura
Sus risas y sus abrazos!»
¡Cuántas dulzuras frustradas!
¡Cuántas promesas fallidas!
¡Qué alegrías no nacidas!
¡Qué dichas tan enlutadas!
La madre es sér bendecido
Que presta calor y aroma
Al hogar, casta paloma
Que arrullando teje el nido;
Y cuando falta su luz
Su perfume y su calor,
En el cielo del amor
Se alza doliente la cruz.
El anciano, en su penar,
Se decidió á no querer
Llevar á casa mujer
Por más á la muerta honrar,
Y ansió que el niño aspirara
Del campo el ambiente puro,
Por temor de que en su oscuro
Triste hogar, se marchitara.
Y el desdichado, á la vida,
Que su tierno niño era,
Entonces con pena fiera
Dió la postrer despedida.
Don César de su mansión
Hizo sepulcro; teñido
De negro llevó el vestido,
Y de luto el corazón.
Nunca fué la ancianidad
Por menos sol calentada,
En más silencio abismada,
Sumida en más soledad.
En su frío hogar, austero,
Ni lumbre da el sol, ni aromas

Las flores, ni las palomas
Se arrullan sobre el alero.
La voz de la muerte zumba
En aquella casa yerta:
Parece su negra puerta
La lápida de una tumba.
Y así las horas volaron,
Y así los años corrieron,
Y encantos al niño dieron,
Y al viejo penas dejaron.
Venció, al fin, naturaleza
Al paternal heroísmo,
Y una vez pensó en sí mismo
Para endulzar su tristeza;
Y en busca de la que adora,
Prenda amada, se lanzó
Como náufrago que vió
Fuerte tabla salvadora.
Y al divisar la mujer
Que guardaba su tesoro,
Entre risa y entre lloro,
—¿Dónde está el sér de mi sér?
¿Dónde está mi niño, dónde?.....
Exclamó con ansia tanta,
Que resuena en su garganta
La emoción que el pecho esconde.
—Escuchad, noble señor,
Respondió la campesina.
¿Oís esa voz?..... ¡Se avecina
Con la noche el ruiseñor!
¡Contemplad vuestro tesoro!
¡Mirad sus rubios cabellos
Confundirse, por ser bellos,
Con las espigas de oro!
Marcha lentamente el sol
Valle y monte abandonando,
Pero en los niños dejando
Va su radiante arrebol.

—Ved, señor.
Cuadro hechicero
Que el sol, que lento moría,
De roja lumbre teñía
Con su resplandor postrero.
Con agudo rechinar,
Y de gavillas repleta,
Enorme y tosca carreta
Miraba el viejo avanzar.
Mucha troje, y muy pesada
La carreta, y muy cansados
Los bueyes, y sin cuidados
Por un rústico guiada,
Muy perezosa camina;
Y aunque su marcha da enojos,
Presta á los absortos ojos
La visión más peregrina.
Sobre las trojes sentados,
Y entre dorados fulgores,
Y de espigas y de flores
Campesinas coronados,
Se ven tres niños, tan bellos,
De mejillas tan hermosas,
De frentes tan candorosas,
De tan rizados cabellos,
Que al destacar de las nubes
Que el sol dora en su agonía,
Un pintor los juzgaría
Grupo hermoso de querubes.
Lleno de amor y ventura
El viejo los contemplaba,
Y, embelesado, escuchaba
Cómo en su infantil locura,
Cada vez que la carreta
En un bache se metía
Y las trojes sacudía,
Con risa alegre é inquieta
Se celebraba el vaivén,

Esperando otro mayor
Que, con más risa y clamor,
Se festejase más bien.

Ya teñía el sol lejano
De oro y grana el horizonte,
É iba la sombra del monte
Rápida asaltando el llano.
Las brisas muy blandamente
En las frondas susurraban
Y en un ritmo se juntaban,
Vaga y rumorosamente,
El sonar de los cencerros
De los mansos perezosos,
Los balidos quejumbrosos,
Los ladridos de los perros,
Del campesino el cantar,
Del bravo toro el mugir,
Del insecto el rebullir
Y del pájaro el pïar.
Era la hora triste y grave
Llena de misterio y calma,
En que busca á Dios el alma
Como busca al nido el ave.
Hora de melancolía,
De inciertos, vagos rumores,
En que se cierran las flores
Al postrer beso del día.
Hora de suave emoción
En que el tañido lejano
De la campana, al cristiano
Le abre el alma á la oración,
Y en que con piadoso alarde,
Todos dicen á porfía:
¡María! ¡Salve, María!
¡Salve, estrella de la tarde!
Entre ese acorde divino

Gritó el anciano sin calma:
«¡Hijo mío! ¡hijo del alma!»
Y el éxtasis peregrino
   Que á su corazón sofoca
Cesó al fin. ¡Tienen sus brazos
Afán de estrechos abrazos,
Y sed de besos su boca!
   ¡Cómo á su niño estrechaba,
Y cuánto le bendecía,
Y cuánto amor le pedía
Y qué adoración le daba!
   ¡Qué preguntar! ¡qué reir!
Y entre el reir, ¡qué llorar
Por tanta dicha encontrar,
Él, tan cercano á morir!
   Quiere emprender la partida;
Pero con terror advierte
Que ha de luchar mucho y fuerte
Para dar la despedida,
   Porque la buena mujer
Que á su infante amamantó
Cuando su sangre le dió
Se hizo esclava de su sér.
   —Es ya tiempo de partir.
—¿Qué dice?.....
                    —Aunque mal te cuadre.
—Si le adoro como madre,
¿Cómo en calma os puedo oir?
   ¿No sabéis que en la prisión
De vuestra casa sombría
Va á sentir el alma mía
El frío en el corazón?
   Dejadlo puro y sencillo,
Y que crezca aquí lozano
Bebiendo el perfume sano
Del azahar y el tomillo.
   No queráis manchar las galas
Que le dió naturaleza;

No pretendáis con fiereza
Cortar al ave las alas.
—¡Partir es fuerza!
—Así inmola
Mi ventura á su albedrío.
—¡Ve que él llora!
¡Niño mío!
¡Por tu rostro de amapola
Va corriendo la primera
Lágrima!—¡Con duelo interno
Has presentido el invierno
Tú, flor de la primavera!
—¡Vamos!
Antes de marchar
Que me bese, que lo abrace!
¡Y mis hijos! ¡Ya deshace
Dios el nido de mi hogar!

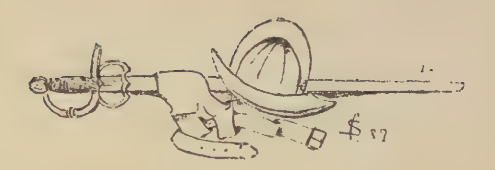
———

Y, ya en el coche los dos,
Oyó el viejo que decía
El niño, con voz sombría:
«¡Adiós mi ventura! ¡adiós!»



Adiós, verde campiña de flores llena,
Arroyo cristalino, fuente serena,
Bosque de limoneros y naranjales
Circundados de zarzas y de nopales;
Campos ricos en mieses, grato tesoro
Donde las brisas mueven ondas de oro,
Desde donde la alondra remonta el vuelo
Para libre y dichosa cantar al cielo.
Adiós, risueño huerto donde prendidos
Junto á las dulces frutas están los nidos,
Donde la alberca cruza ligero y leve
El cisne que semeja bajel de nieve,
Donde crecen lozanas gentiles flores,
Donde entre frondas cantan los ruiseñores.
Adiós, casita humilde, que, por honrada,
Está de regocijo siempre cuajada;
Mesa franca y sencilla, que, con cariño,
Poner tan sólo ansiaba robusto al niño;
Altar donde una estampa de mil colores
Representa á la Virgen de los Dolores,
Altar que brinda á todos consuelo y calma,
Santa Virgen que llena de gozo el alma,
Virgen que cuando el niño malo caía
Junto á su lecho amante le bendecía,
Dulce y divina Madre, santa enfermera
Del ángel que la amaba con fe sincera.
Adiós, la mujer buena que no por oro
De su sangre le diera todo el tesoro.
Ya en sus robustos brazos no tendrá el peso
Del leve cuerpecillo que es su embeleso.
Ya en las noches de estío bajo la parra
No oirá su voz que alterna con la guitarra,
Repitiendo los tiernos, dulces cantares
Que son el regocijo de los hogares.
Adiós, adiós por siempre santa inocencia
Que perfuma los cielos de la conciencia.
Adiós, adiós por siempre puro contento,
Risas que nunca hiela cruel pensamiento,

Dulzuras y alegrías, años hermosos
Que se van y no vuelven por ser dichosos!
¡Adiós! ¡adiós! — El llanto que se desliza
De tus serenos ojos, puros y azules,
Te advierte que muy pronto serán ceniza
Los que el alma te envuelven cándidos tules.





II.

De entonces el buen don César
En su idolatrado niño
Depositó fe, cariño,
Esperanzas, alma en fin.
Y, «un ángel me quitó el cielo,
Decía bañado en llanto,
Mas consuelo á mi quebranto
Me dará este serafín.
»Él será báculo firme
De mi vejez dolorida,
Y su juventud garrida
Mi dicha y honor será.
»Él quien me oirá las historias
De mis antiguas campañas,
Y en mis bizarras hazañas
Orgulloso aprenderá.
»Él será de los torneos
El justador más galano,
Y del pendón castellano
Será el guerrero mejor.»
Y glorias se imaginaba
Tan á su gusto y manera,
Que envidia, á lograrlas, diera
Al mismo Cid Campeador.
Si estudiaba los estados
Que el niño abrazar podría

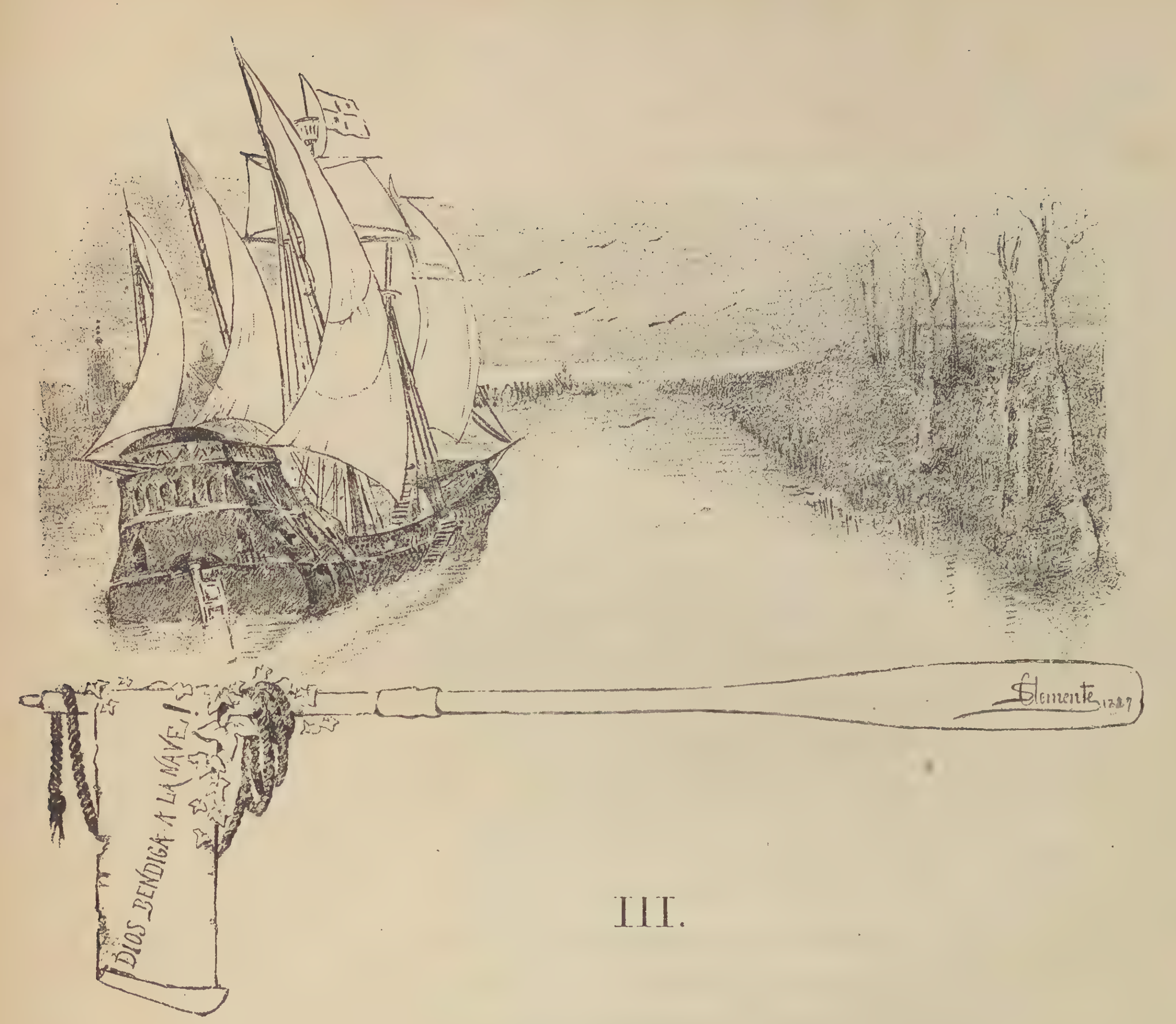
Con la engañosa ufanía
Del interés paternal,
Al fin por él conseguido
Prestaba nombre glorioso,
Prelado, si religioso,
Si soldado, general.
¡Su Lope! ¿Qué héroe preclaro
Envidia no le tuviera
Con tanta hazaña guerrera
Como el buen viejo soñó?
¿Ni qué mujer al mirarle
Su alma no le entregaría
Con la hermosa gallardía
Con que al mozo imaginó?
«Y —pensaba— cuando llegue
De mi muerte el fiero instante,
Cual yo su cuna, él amante
Velará mi tumba, fiel.
»Y una oración tendrá siempre
Para mí, que en dulce anhelo
Ni tuve más luz, ni cielo,
Ni más esperanzas que él.»
¡Seductoras ilusiones
Del más sublime cariño
Que la sonrisa de un niño
Hace á un anciano forjar!
¡Cuán presto se desvanecen
Con el correr de los años!
¡Cuántas ¡ay! en desengaños,
Cuántas vienen á parar!
¡Quién al anciano dijera
Que aquel ser tan inocente,
Cuya inmaculada frente
Enamora al querubín
Que mece su blanca cuna
Y defiende su alegría,
Corriendo el tiempo sería
Infame, malvado y ruin!

¡Cómo don César pensara
Que las puras manecitas
Que son su encanto, malditas
Sangre después verterán;
Y que la rubia cabeza
Ahora ceñida de flores,
Después de hiel y de horrores
Será inflamado volcán!
¡Ah! ¿por qué los años pasan,
Y por qué no se detienen
Ante la edad en que tienen
Las almas tanto de Dios?
¿Por qué de la cuna ¡ay tristes!
Al sepulcro recorremos
Sendas en las que perdemos
La savia del corazón?
¡Sí, corrió el tiempo! Y del mozo
La pura frente rosada
Se vió de sombras manchada
Al rayar la juventud.
El viejo vió en esas sombras
El negro estigma del vicio,
Adivinó su suplicio
Y le horrorizó su cruz.
Y, «¡cosas son de sus años!»
El infeliz murmuraba
Cuando una deuda pagaba
Á algún logrero malsín.
Y, «¡hazañas de su bravura!»
Decía, entre llanto impío,
Al saber de un desafío
El crudo y sangriento fin.
Y, «¡efectos de su donaire!»
Al ver en llanto sumida
Á una mujer que afligida
Le cuenta su deshonor.
Mas ¡ay! que el triste don César,
Aunque al mozo disculpaba,

Comprendió que le mataba
El objeto de su amor.
    Y queriendo poner coto
Á tan torpes desafueros,
Varios y nobles senderos
Mostróle una vez y cien.
    Y le incitó á que emprendiera
Algún hidalgo ejercicio,
Pues fuente el ocio es del vicio,
Como el trabajo del bien.
    Señalóle la milicia
Cual profesión adecuada
Á su bravura extremada,
Mas siempre de Lope oyó:
    « Sí, seré soldado, padre;
Más será cuando no tenga
Más que al Rey que me mantenga;
Que, por Luzbel, antes no.
    » Si tu me diste la vida,
Fué sin mi gusto y permiso.
¡Házmela, pues, paraíso,
No infierno, y bien cumplirás!
    » Gasta tus muchas riquezas
En complacer mis deseos;
Que más gloriosos empleos
Dar al oro no podrás.
    » Y no llores ni supliques;
Te lo digo sin rebozo:
Tú eres viejo, yo soy mozo;
Tú flaqueza, yo poder.
    » Es aire tu hondo suspiro,
Y agua que corre tu llanto.
Aire y agua ¿qué quebranto
Llegarán en mi alma á hacer?»
    ¡Ah! no fué báculo firme
De tu vejez dolorida;
Fué el acero parricida
Que se hundió en tu corazón.

Cuanto soñaste ¡insensato!
De virtud, de honor, de gloria,
Él trocó en humo, en escoria,
En vituperio, en baldón.
El oro que tú ganaste
Corrió en impúdica orgía,
Y con infame alegría
Se brindó en tu funeral.
Y hubo quien propuso impío,
Sin que Dios lo confundiera,
Mesa de juego se hiciera
Del ataúd paternal.
Mas al fin cansóse el Cielo;
Porque en un término breve,
Cual el sol funde la nieve,
Su hacienda el vicio fundió.
Al verle pobre, los mismos
Que al derroche le obligaron,
Solo, olvidado, dejaron
Al que á su padre olvidó.
Pudo en tan amargo trance
Á Dios volverse contrito,
Y con dolor infinito
Sus crímenes detestar;
Pero el vicio es como arroyo
Que busca el torrente, ciego:
Si da en el río..... ¿quién, luego,
Podrá librarlo del mar?
En el hondo mar del vicio
Lanzóse Lope Aguilera,
Y en él no fué el calavera
De noble alcurnia y blasón.
Fué el terror de los garitos,
El valentón temerario,
El voceador tabernario,
El trovador de mesón,
El galán de casa llana,
El rufián de los rufianes,

La causa de los afanes
De la alguacilesca grey;
  Buho de las callejuelas;
En una palabra, un hombre
De esos que viven sin nombre,
Sin hogar, sin Dios, sin ley.
  Mucho abrumaba á Sevilla
Persona de tal conceto,
Pero de tan ruin sujeto
Se libró, por dicha, al fin;
  Pues, no sin sorpresa, un día
El pueblo le vió embarcarse
Y de soldado alistarse
Para el indiano confín.
  Le dieron la despedida
Rufianes y valentones,
Mozas perdidas, ladrones
Y tahures á granel;
  Y Lope, desde cubierta,
De tales honras ufano,
Saludaba con la mano
Á tan preclaro tropel.
  «Yo seré soldado, padre,
Te dije, cuando no tenga
Más que al Rey que me mantenga;
Y ya llegó la ocasión.»
  Y una gitana espantosa,
Á compás de su guitarro,
Exclamó: «¡Mozo bizarro,
Vas al mundo de Colón,
  »Y alcanzarás más tesoros
Que en el alma culpas tienes;
Pero cuida de tus bienes,
Pues por ellos morirás!»
  Y él respondió: «Buena madre,
Cúmplanse tus predicciones;
Que á mí, en logrando doblones,
No me importa lo demás.»



III.

Y la nave en son de leva
Dispara su artillería,
Sus banderas enarbola,
Juanetes y gavias iza,
Y corta pomposa el río
Entre calurosos vivas.
Reinó un punto de silencio,
Roto por un «¡Dios bendiga
Á la nave!», al ver borradas
De la azul esfera limpia
Las flámulas que en los mástiles
Revuelve alegre la brisa.
¡Vuela, aventurera nave,
Vuela á los remotos climas
Que el gran Colón descubriera
Para gloria de Castilla.



IV.

Vuela la nave en busca de aquel mundo,
Que sorprendió Colón, adormecido
Del Universo en el rincón profundo,
Entre el caos, el misterio ó el olvido.
Orbe hermoso y espléndido y fecundo
Del mar y el sol tan sólo conocido,
Al Genovés por Cristo revelado,
Y á no existir, para su fe creado.
Vuela la nave sobre el mar que un día
Oyó sobre sus ondas no surcadas
El rumor nunca oído que salía
Del vientre de tres aves ignoradas.
Bandada monstrüosa que traía
Alas de lona al viento desplegadas,
Y garras de madera, que azotando
Iban la espuma, lluvia levantando.
Va surcando los líquidos senderos
Que la mano del genio poderoso
Impávido trazó sobre los fieros
Movibles antros del Oceano undoso.

No la espanta sus gritos lastimeros
Cuando la azota el vendaval furioso,
Ni arredra su valor sublime y fuerte
Marchar sobre la espalda de la muerte.
  Gallarda, altiva sobre el mar camina.
Impávida y audaz y fuerte y sola,
Vuela cual gavïota peregrina,
Mojando el pecho en la revuelta ola.
El Héspero la envuelve en su neblina,
El sol con sus fulgores la arrebola,
Y la tiniebla entre la noche espesa
Al abrazarla pérfida la besa.
  ¡Cuántas veces don Lope recostado
Sobre la borda contempló sereno
El manto de los cielos estrellado
Ó del rugiente mar el negro seno!
¡Cuántas con su valor nunca turbado
Vió al monstruo de terrible furia lleno
Querer sorber la nave, ó remontarla
Al cielo, de sus hombros por echarla!
  ¡Cuántas veces también vió serenada
La mar, y en sus espejos retratando
De la esfera la bóveda azulada
Suavemente meciéndose y cantando!
¡Cuántas veces la brisa perfumada
Le arrulló leda con murmurio blando!
Y vió el azul, al férvido oleaje,
Bordarse todo de nevado encaje!
  Y sintió muchas veces en su frente
De la onda amarga el salpicar bravío,
Y el vértigo, al hundirse de repente
La roda en los abismos del vacío.
Y contempló mil veces sonriente
Y sin plegarias en su labio frío,
Cuál la tripulación, con hondo espanto,
Implora al Cielo con terror y llanto.
  Él sólo piensa en la región hallada
Y tal como á su audacia la pintaron,

Y sólo es su temor que exagerada
Fuera la esplendidez de que le hablaron.
Siempre con la pupila dilatada
Las gentes de la nave le miraron,
Sin cesar preguntando al mar y al Cielo
Dónde oculta la tierra de su anhelo.

Un día apareció. Sobre la bruma
Vislumbró el nuevo mundo que tendido
Duerme en su lecho de zafir y espuma
Teniendo al sol de su dosel prendido.
La brisa de la tarde le perfuma,
Le arrulla el mar con rumoroso ruido,
Y el astro con sus últimos fulgores
Le borda de fantásticos colores.

¡Es ella, sí! ¡La Virgen de Occidente,
Sobre lecho de algas adormida,
Mostrando pura en la serena frente
De paz y amor aurora bendecida!
¡Es ella, sí! — ¡La América inocente,
Llena de sol, de juventud, de vida,
Cual si hiciera un instante que la mano
De Dios la levantó del Oceano!

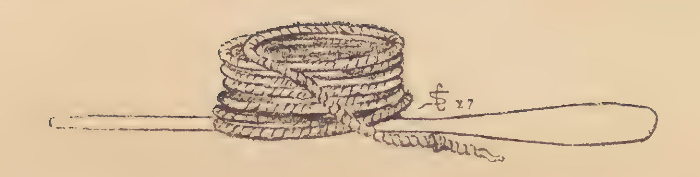
Viento en popa la nave aventurera
Á la espléndida costa se acercaba,
Y con ansia miraba el de Aguilera
El mundo aquel que de la mar se alzaba.
La valerosa gente marinera
Por los altivos mástiles trepaba,
Adornando las vergas y penoles
De ufanos gallardetes españoles.

Era aquella región la infortunada
Cuba, mágico edén, virgen hermosa,
Que ante la Cruz de Cristo prosternada
Pide á la Cruz la libertad dichosa.
Por Diego de Velázquez gobernada,
Y por él, entre llanto y pesarosa,
Recordando á Colón, que, sin mancilla,
Hacerla quiso hermana de Castilla.

¡Colón, asombro del poder humano,
De fe prodigio, ejemplo de constancia,
Tú descifraste el insondable arcano,
Venciendo á lo invencible, á la ignorancia!
Sólo puede tu nombre soberano
El mortal repetir con arrogancia;
Que Dios fué Cristo, Redentor fecundo,
Y tú á la Redención abriste un mundo.
La nave abandonó toda su gente,
Al clamor de trompetas y cañones,
Y de la patria el entusiasmo ardiente
Inflamó los hermanos corazones;
Y aquellos que con ánimo valiente
Domeñaron los fuertes aquilones,
Lloraban al besar á los que oían
Que el nombre de su España repetían.
El alma de Aguilera empedernida
También se conmovió; también sus ojos
Brotaron una lágrima, perdida
Cual gota de agua en áridos abrojos.
Por la primera vez sintió en su vida
De su pasado atroz miedos y enojos,
Pues se acuerda de España, en la que deja
Llanto y desolación, y luto y queja.
Recordó de su cuna los albores,
Del que vida le dió los embelesos,
Las noches de sus férvidos amores,
El dulce néctar de robados besos.
Vió luego las injurias, los horrores
De sus viles, impúdicos excesos,
É imaginó escuchar los funerales
Cantos de las exequias paternales.
Reconoce Aguilera con espanto
Que recordar no puede, en su demencia,
La hermosa patria en que sembró el quebranto
Sin llenar de terrores su conciencia.
Tanto crimen maldito, dolor tanto,
Piden inexorables cruel sentencia,

Y surge ante sus ojos el fantasma
De aquel pasado que le abruma y pasma.
Mas aquella impresión desvanecióse;
Relámpago fugaz, brilló un momento
Sin alumbrar, y rápido apagóse
En su lóbrego y frío pensamiento.
Tal vez de aquel instante avergonzóse,
Y ahogó al nacer aquel remordimiento,
Del bien en odio, ó por mirar con calma
Tan sano el cuerpo y tan podrida el alma!
Aquel único instante de hombre honrado
Lo maldijo en sarcástico anatema,
Y por hacer alarde de malvado
Más que nunca su lengua fué blasfema.
En aquella región se vió lanzado
Para saciar su afán, sed que le quema,
Y en aquel nuevo mundo nuevos días
Presagió de venturas y de orgías.
Mas reinaba la paz. Ningún tesoro
Al audaz vencedor se le ofrecía;
Pues ya el trabajo conquistaba el oro
Y el ocio á la miseria se vendía.
¿Él trabajar? ¿En Lope tal desdoro?
¿Qué imbécil tal delirio supondría?
¡Pensó verter su sangre de valiente,
Nunca el sudor de su tostada frente!
Mas ¡oh felicidad! se preparaba
Expedición que á la conquista fuera
De una inmensa región, de la que hablaba
Grijalba cual portento de la esfera.
Y tal á la ambición se presentaba,
Que vió otra vez con júbilo Aguilera
La fortuna brillar en su camino
Y ser su espada llave del destino.
Embarcóse de nuevo con la gente
Que Velázquez mandaba á las regiones
No exploradas del índico Occidente
Por bordarlas de España en los pendones.

Vióse soldado de Cortés valiente
Y al lado de invencibles campeones
Que la fama de Hernán obscurecieran
Si rayos de aquel sol ellos no fueran.



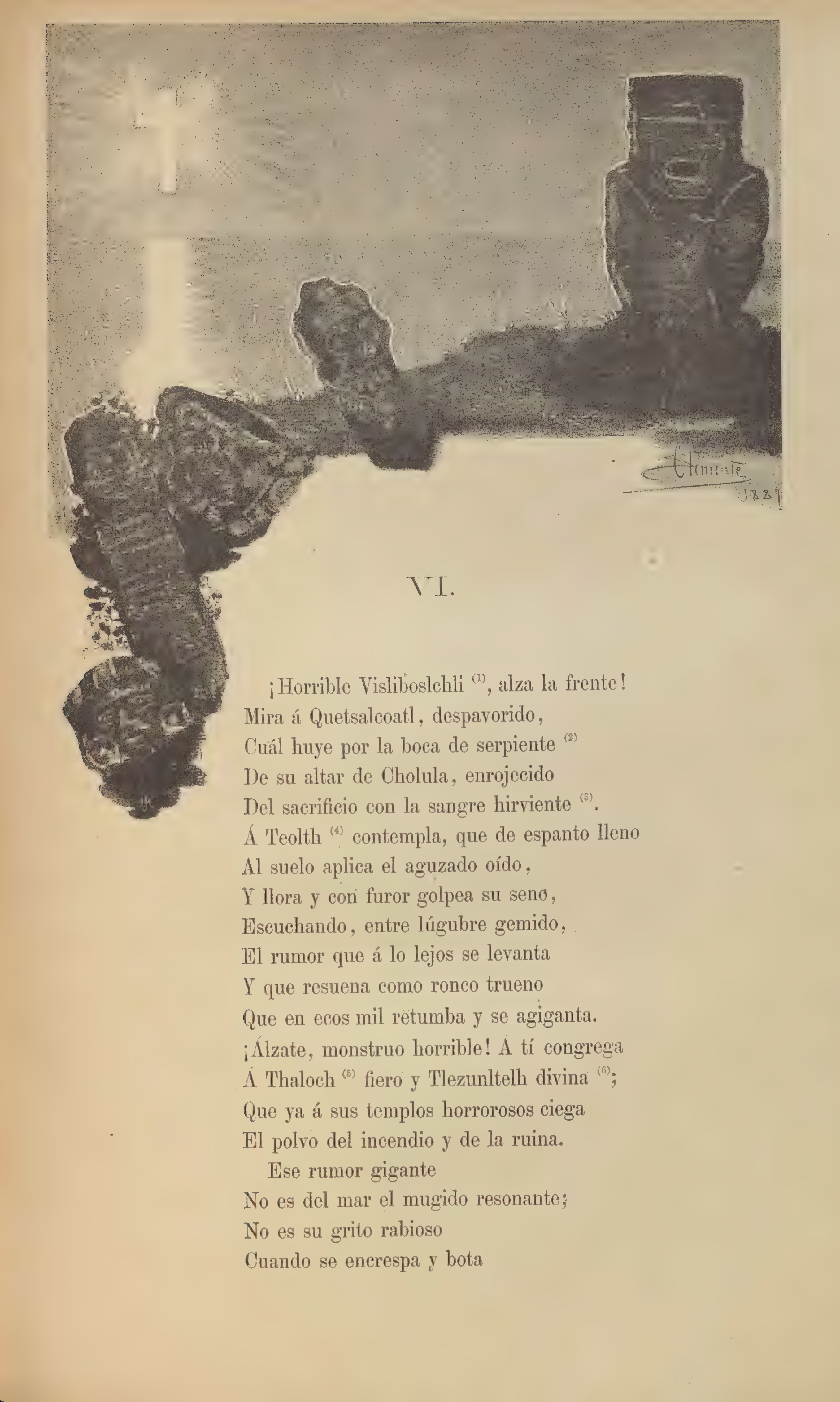


V.

¡Méjico! Sobre la espuma
Del mar que tu nombre lleva,
Aun en la noche se eleva
La sombra de Moctezuma.
Triste, desceñido el manto,
Rota la imperial corona,
Más del mar la furia encona
Con el raudal de su llanto.
Porque es llanto tan cruel,
¡Tan cruel! que siendo el mar
Amargo, evita el gustar
La ola el sabor de su hiel.
Si el espectro aterrador
Mira un buque que volando
Se va á la costa acercando
Como colosal condor,

Exclama con frenesí:
«¡Ay, mi patria! ¡Patria mía!
¡Otra nave trajo impía
La esclavitud para tí!»
Y pide al viento y al mar
Le ayuden en su rencor,
Pretendiendo con furor
La nave despedazar.
Mas las nubes mira inquieto,
Y ve con terrible espanto
Que dibujan en su manto
Un pavoroso esqueleto.
Moctezuma hunde sus pies
En las ondas, mudo, inerte:
Ve en el fantasma la muerte
Con el rostro de Cortés.



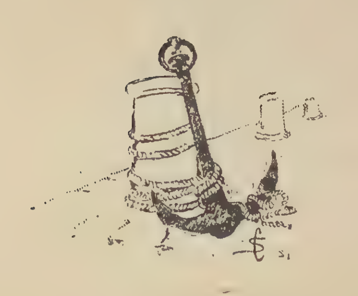


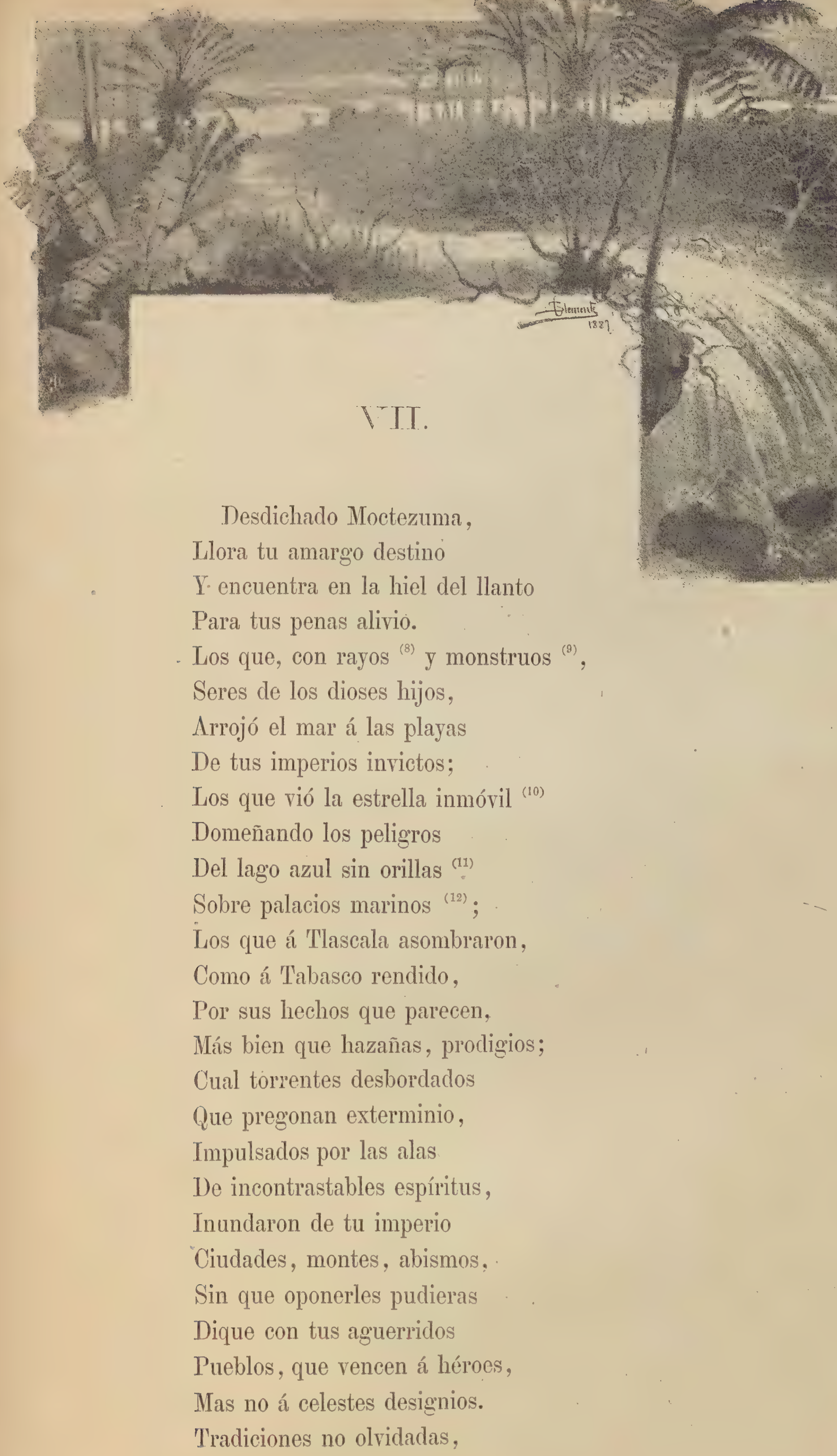
VI.

¡Horrible Visliboslchli [1], alza la frente!
Mira á Quetsalcoatl, despavorido,
Cuál huye por la boca de serpiente [2]
De su altar de Cholula, enrojecido
Del sacrificio con la sangre hirviente [3].
Á Teolth [4] contempla, que de espanto lleno
Al suelo aplica el aguzado oído,
Y llora y con furor golpea su seno,
Escuchando, entre lúgubre gemido,
El rumor que á lo lejos se levanta
Y que resuena como ronco trueno
Que en ecos mil retumba y se agiganta.
¡Álzate, monstruo horrible! Á tí congrega
Á Thaloch [5] fiero y Tlezunltelh divina [6];
Que ya á sus templos horrorosos ciega
El polvo del incendio y de la ruina.
Ese rumor gigante
No es del mar el mugido resonante;
No es su grito rabioso
Cuando se encrespa y bota

Al restallar del látigo furioso
Del huracán que sin piedad lo azota.
No es de la herbosa pampa ilimitada
El incendio que ruge y se embravece;
No el hervidero del volcán que cuece
La sangre de la tierra mancillada;
No río sin cauce que veloz anega
La campaña extendida:
Es que Taxi (7), rendida
Al peso de otro Dios, su espalda entrega
Y el himno canta de su nueva vida.
Ve Taxi toda niebla disipada;
Que el sol resplandeció sobre su frente
Al postrarse de hinojos reverente
Ante una cruz en Cozumel alzada.
¡Una cruz! ¡una cruz! Por vez primera
Aquel gran continente
La dulce enseña del amor veía,
Y el río y la pradera
Se alzaban para verla en su alegría.
Los dioses monstrüosos
Que, á risa no mover, dieran espanto,
Sus pechos horrorosos
Anegaban de llanto,
Y sus fauces, que sangre destilaban
Y en las que humanos miembros palpitaban,
Á impulsos del furor y del tormento
Con blasfemar impío desgarraban
Faltos aun para sí de sentimiento.
Contemplaban la cruz que, redentora,
Á Méjico, su presa envilecida,
Anunciaba una aurora
De amor, de paz, de libertad, de vida.
¡Una cruz! ¡una cruz! el eco dice,
Y el valle lo repite y la montaña,
Y en los espacios otra voz bendice
La mano salvadora de mi España.
¡España! ¡España! Imagen peregrina

Que el mar alzó sobre su blanca espuma,
Aparición divina
Á cuyo resplandor las Indias vieron
Disiparse la bruma
Y la noche y el caos en que vivieron!
Cual astro refulgente,
El dormido Occidente
La divinal aparición cruzaba,
Y doblando la frente
Aquel mundo á sus pies se prosternaba.





VII.

Desdichado Moctezuma,
Llora tu amargo destino
Y encuentra en la hiel del llanto
Para tus penas alivio.
Los que, con rayos [8] y monstruos [9],
Seres de los dioses hijos,
Arrojó el mar á las playas
De tus imperios invictos;
Los que vió la estrella inmóvil [10]
Domeñando los peligros
Del lago azul sin orillas [11]
Sobre palacios marinos [12];
Los que á Tlascala asombraron,
Como á Tabasco rendido,
Por sus hechos que parecen,
Más bien que hazañas, prodigios;
Cual torrentes desbordados
Que pregonan exterminio,
Impulsados por las alas
De incontrastables espíritus,
Inundaron de tu imperio
Ciudades, montes, abismos,
Sin que oponerles pudieras
Dique con tus aguerridos
Pueblos, que vencen á héroes,
Mas no á celestes designios.
Tradiciones no olvidadas,

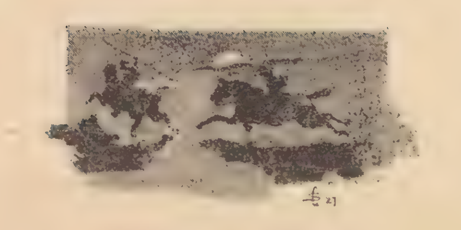
Recordados vaticinios,
Declaran tus infortunios,
Por inmensos no creídos.
Ni asechanzas, ni promesas,
Ni regios dones magníficos,
Tampoco, ¡oh rey Moctezuma!
Detendrán tu sacrificio.
Los viste entrar orgullosos
De tu corte en el recinto,
Coronados de laureles,
De victorias precedidos.
Viste sus rostros morenos,
Sus guerreros atavíos,
Sus rayos y sus corceles,
Monstruos de tí tan temidos.
Tus miedos disimulando
Y engañándote á tí mismo,
Que muchas veces pavura
Se da nombres bien distintos.
Adornaste su carrera
Marcial de flores y mirtos,
Cual si aquellos vencedores
Fueran tus gratos amigos.
Mas ¡ay! que los atabales
Con sus destemplados ruidos.
Queriendo tocar á gloria
Resuenan fúnebres himnos.
Tu pueblo, ¡oh rey Moctezuma!
Siente de la muerte el frío:
Cortés sepultó en su pecho
Puñal de flores vestido.
Tu palacio es triste cárcel,
Y, aunque tarde, ves que grillos
Son los hierros que á tus plantas
Puso el hispano caudillo.
No cual antes tus vasallos
Te admiran numen divino;
Hombre te ven, y murmuran

De tus apagados bríos.
Los nefandos sacerdotes
Hacen hablar á los ídolos,
Y en contra de tu persona
Corren augurios tristísimos.
En templos, plazas y calles,
Montes y bosques umbríos
Ya suena tu nombre augusto
Con ecos muy tornadizos.
Y no solamente el trono,
Que ves, cual sabio, perdido,
Y la muerte de tu raza
Ocasionan tus martirios.
Es que dentro de tu pecho
Hay un volcán encendido
Que te abrasa y te consume
Con su fuego nunca extinto.
De un bosque en lo más profundo,
Junto á la orilla de un río
Que furioso se despeña
En la noche de un abismo,
Hay un templo, consagrado
Á Tlezuntelh; peregrino
Numen de amor y hermosura,
Rico y sagrado prodigio
Que alienta, estatua de carne,
Dulce imagen y altar vivo.
Su aliento al bosque perfuma,
Las aves de sus suspiros
Tomaron la melodía,
Y para sus pies, riquísimos
Mantos de flores la tierra
Extendió con amor fino.
Ni un solo mortal osara
El acercarse atrevido
Á las puertas de su templo,
Ni hollar del bosque el recinto.
Sólo en días señalados

Por la ley de sacros ritos,
Deja Tlezuntelh sus aras
Y al pueblo muestra su hechizo.
Días de lutos y de penas,
De angustias y de peligros
Para Méjico, que implora
Por su boca á los espíritus.
Entonces, como enviada
Del cielo, son sus designios
Inmutables; ella puede
Detener el sacrificio,
Dar libertad á las víctimas
Y en su bosque dulce asilo.
El bosque sagrado, el bosque
Que cierra precepto altísimo,
Y que sólo un hombre burla
Con misterioso sigilo.
Y es Moctezuma el monarca,
Que ante los pies de aquel ídolo
Humano, no rey parece,
Sí humilde esclavo rendido.
Y hay un español, soldado
Del mejicano al servicio,
Que es el guerrero á quien fía
El rey sus propios destinos.
Es don Lope de Aguilera,
Asombro y terror del indio
Por su espada, que implacable
Jamás perdonó al vencido.
Luchó en Tabasco y Tlascala
Con tan ciego ardor y brío,
Que un día bañó su traje
Con sangre del enemigo;
Y al ver Cortés la escarlata
Terrible de sus vestidos:
«El Rojo» llamóle, apodo
Que dió su nombre al olvido,
Y que el azteca asustado

Jamás sin temblar lo dijo.
Una noche el Rey de Méjico,
Vertiendo llanto amarguísimo,
Que más crece y se envenena
Con la hiel de sus suspiros,
Hablóle de sus palacios,
De sus profanados ídolos,
De sus esclavos imperios,
De sus placeres marchitos.
Pero con voz más doliente,
Y entre más hondos gemidos,
Le habló de una prenda amada
Por cuyo casto cariño
Diera imperios y palacios,
Y el ánima, á ser preciso.
Desde que Cortés astuto,
Dándole nombre de amigo,
Su voluntad redujera
Á esclava de su albedrío,
Haciéndole rey sin cetro,
Y huésped y al par cautivo,
Á aquella prenda adorada
Ni un solo momento ha visto.
Y sin la luz de sus ojos,
Y de su voz sin el ritmo,
Triste muere, como arbusto
En seco arenal nacido.
Grandes tesoros ofrece
Á Aguilera, si en servicio
De su persona se presta
Á acompañarle hasta el sitio
Donde está su alma y su vida.
Rayos de siniestro brillo
Lanzan los ojos de Lope;
Baña sus labios carmíneos
Endemoniada sonrisa,
Y, en alas de su apetito,
Para alcanzar mayor premio

Más exagera el peligro.
Por fin llegó el tan ansiado
Momento. Quitó los grillos
Don Lope al triste Monarca;
Le hizo mudar de vestidos,
Y comprando centinelas,
Y burlando no previstos
Contratiempos, salió al campo
De Moctezuma seguido,
Cuando era todo tinieblas
Y media noche por filo.
Sobre dos potros montaron
Que, atrás dejando vencido
Al viento, valles trasponen
Y arroyos saltan y abismos.
—Voy jugando mi cabeza,
Aguilera al Rey le dijo.
—Mañana de mis tesoros
Serás dueño.
—Convenido.





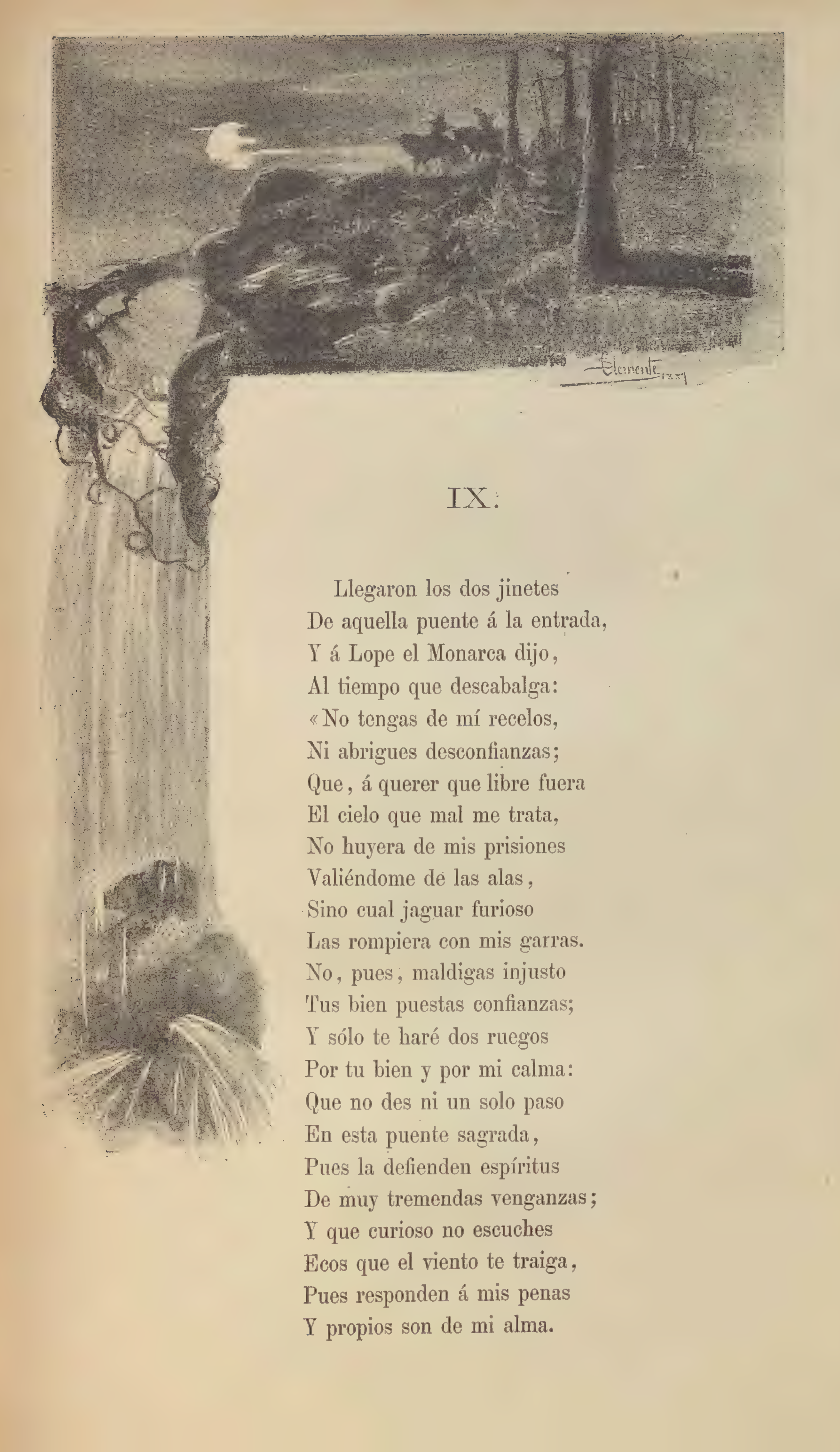
VIII.

Del virgen bosque entre las verdes frondas
Y del torrente en la escarpada orilla,
Y casi suspendido sobre el antro
En que el río veloz se precipita,
Está el hogar, el encantado asilo
Del dulce sér por quien el Rey suspira.
Cubierta la techumbre con las hojas
De plátanos y lauros en que anidan
Mil aves que revisten los colores
Con que la aurora al despertar rutila,
Tapizados sus muros de clemátidas
Y cuajados de flores peregrinas,
De Tlezuntelh el sacrosanto templo
Ante el viajero absorto aparecía.
El virgen bosque á la deidad hermosa,
Orgulloso tal vez de que lo habita,
Regalaba, en eterna primavera,
Aves, flores, perfumes y ambrosías.
Tamarindos con frutos de escarlata,
Plátanos y maméys llenos de almíbar,
Catalpas de anchas hojas y de flores
Matizadas de púrpura encendida,
Palmeras de abanico, caobales,
Ramosos cedros, rústicas encinas,

Dan á sus sueños sombras deleitosas,
Dan á sus labios mieles exquisitas.
Se mezclan en el aire los perfumes
De los fragantes frutos con la tibia
Aroma suave de la viola humilde
Que se estremece cuando el sol la mira.
El aciano, el amiris y la dalia,
La salvia, la metzelia y la solvita
Crecen lozanas, y en Abril florido
Se incendia en rosas la floresta umbría.
El mugir sordo del caimán horrible
Jamás al bosque amedrentó, y la víbora
Huyó de los lianas de la selva
Donde el jaguar cruel no halló guarida.
El oso, el perro mudo y el bisonte,
Y la astuta serpiente que horroriza,
No espantaron al ante ni á la cierva
Que en el arroyo su esbeltez admira,
Ni el águila rapante turbó el cántico
Del colibrí que viste pedrería.
Del bosque de la Venus mejicana
Sólo brotaba luz, y amor, y vida.
En lo interior del templo el arte azteca
Inventó portentosas maravillas,
Hacinando tesoros que no puede
Abarcarlos la humana fantasía.
Encerradas en marcos de oro y perlas,
Como luceros en la noche, brillan
Láminas de diamantes y esmeraldas
Que desde el suelo á la techumbre aspiran.
Finas alfombras de algodón süave
Cubren la tierra, y las doradas cimbrias
Dan sostén á maderas perfumosas
De labores extrañas y prolijas.
En medio de aquel astro de riqueza,
Del español oculto á la codicia,
Se alza un altar de anémonas vestido.
¿Dónde el ídolo está? Cuando la fría

Pálida luz de la argentada luna
Con sus nevados rayos lo ilumina,
Una deidad en éxtasis absorta
Inmóvil y de pie sobre él se mira.
Sus labios abre; y el rumor del bosque
Cesa, las aves el dormir olvidan,
El arroyo se para y el torrente
Suspenso escucha la canción divina.
Á Theolt implora por la patria amada
Que en manos de otros númenes peligra,
Y pide con acentos doloridos,
Y entre ahogados sollozos y fatigas,
Castigo para el fuerte y rencoroso
Tlascalteca, ¡la raza aborrecida!
Y llora Tlezuntelh, porque en sus labios
Estas palabras últimas vacilan.
Un carcomido tronco de árbol muerto,
Que del bosque arrancó tormenta impía,
En la puerta del templo descansaba,
Del torrente enlazando las orillas.
Alguien bendijo al vendaval furioso
Que con su aliento de inflamada ira
Tendió una puente sobre el hondo abismo
En que el río veloz se precipita.





IX.

Llegaron los dos jinetes
De aquella puente á la entrada,
Y á Lope el Monarca dijo,
Al tiempo que descabalga:
«No tengas de mí recelos,
Ni abrigues desconfianzas;
Que, á querer que libre fuera
El cielo que mal me trata,
No huyera de mis prisiones
Valiéndome de las alas,
Sino cual jaguar furioso
Las rompiera con mis garras.
No, pues, maldigas injusto
Tus bien puestas confianzas;
Y sólo te haré dos ruegos
Por tu bien y por mi calma:
Que no des ni un solo paso
En esta puente sagrada,
Pues la defienden espíritus
De muy tremendas venganzas;
Y que curioso no escuches
Ecos que el viento te traiga,
Pues responden á mis penas
Y propios son de mi alma.

Espera breves momentos;
Que no será mi tardanza
Tan grande cual el ardiente
Deseo de prolongarla.»
Y en la puente Moctezuma
Entró, y con serena planta
Atravesó el negro tronco
Que á su peso se doblaba
Sobre el mugidor torrente
Que el profundo abismo traga.
Quedóse Aguilera á solas,
Y con sonrisa sarcástica
Vió al Rey hundirse en la bruma
Que del abismo se alza.
Oyó un grito penetrante
Que imita el eco del águila,
Y, cual respuesta, un acento
Que le suspende y embarga.
Pero Aguilera, arrojando
Burladora carcajada,
Exclamó: «¡Malos papeles
Me hace jugar el Monarca;
Mas si á la suerte le plugo
Así enmendar mis desgracias,
Conquistaré con favores
Más oro que con la espada.»
Y, amarrando los caballos
Al tronco de una catalpa,
Sentóse en la negra puente
Que los espíritus guardan,
Viendo cuál se arremolina
El río bajo sus plantas,
Y cómo el abismo sorbe
Sus trenzas de fina plata.
Y la luna, hasta allí oculta
Entre tinieblas cerradas,
Desnudándose de sombras,
Bañó con su lumbre clara

Bosque, templo, puente, río,
Y aun del abismo la hinchada
Boca de infierno sedienta
Con sed que jamás se apaga.





X.

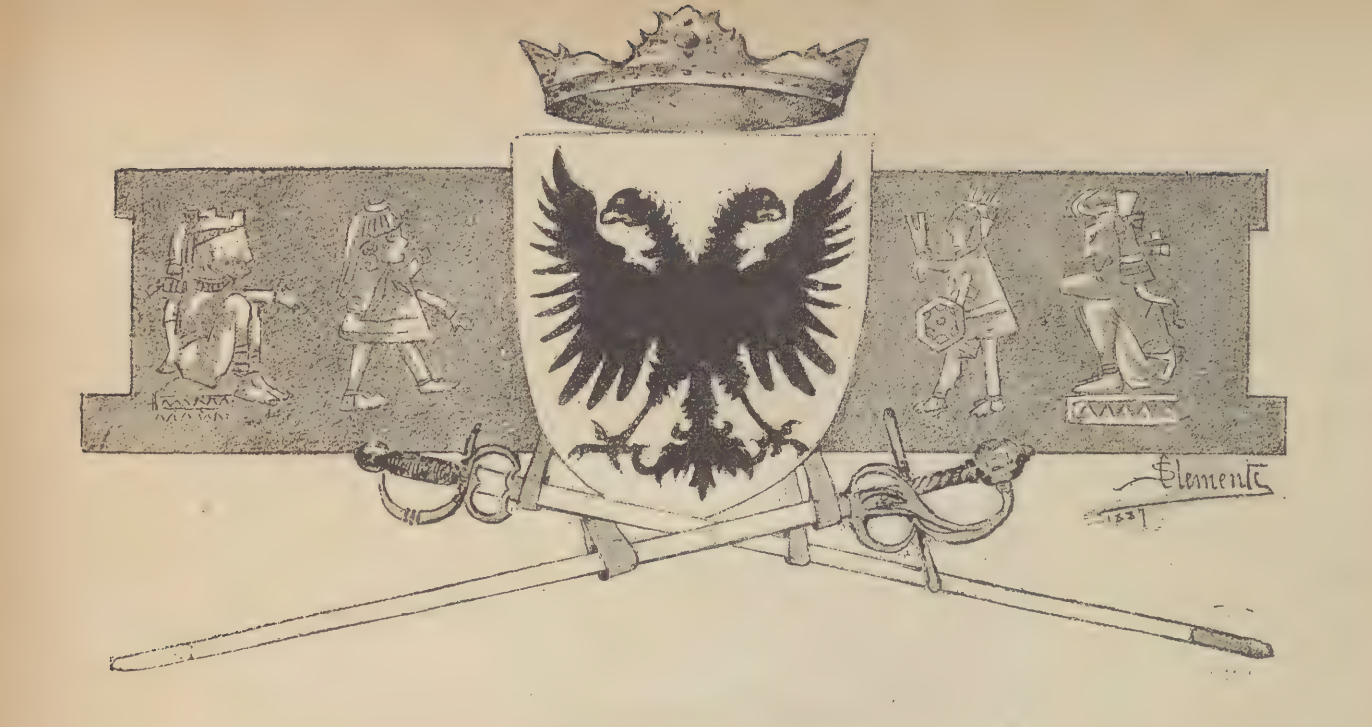
Mas ¡ah! ¿qué espectro mágico
Disipa los vapores
Que de la atroz vorágine
Brotan entre fragores,
Y que Lope de insólito
Ve lleno de estupor?
¿Qué sombra es la fantástica
Imagen de hermosura
Que cual visión angélica
Cruza por la espesura,
Y que al torrente túrbido
Se acerca sin temor?
¿La forma acaso el pálido
Rayo con que ilumina
La luna el jirón trémulo
De impalpable neblina,
Que del bosque en los ámbitos
Dejó el sol al caer?
¿Ó es aérea, hermosa sílfide
Que halló en las frondas cuna,
U ondina bella y pérfida

Que brotó la laguna,
Ó celestial espíritu
Con formas de mujer?
¡Ah! con afán y extático
La contempla Aguilera.
Mudo, turbado, atónito,
Ve su marcha ligera,
Ve su belleza fúlgida,
Sus mil encantos ve.
Tiene su rostro límpido
El carmín de las flores;
De sus ojos purísimos
Destellan resplandores;
No es la azucena cándida
Tan suave cual su pie.
Mira su seno túrgido
De indefinible hechizo
Alzarse cual las móviles
Ondas de un mar rojizo,
En el que flotan pétalos
De virginal carmín.
Y se estremece el mísero,
Sintiendo ansiosas penas.
¡Toda su sangre cálida
Hierve dentro sus venas!
¡Siente encendido vértigo
De impuro frenesí!
¡Ah! de pie se alza intrépido
Sobre el flexible puente:
Bajo de él oye impávido
Rebramar el torrente;
Pero ya nada espántale
Sino su torpe afán.
Fija miradas ávidas
En los puros encantos
De aquella beldad índica
Que no viste otros mantos
Que los que el cielo, en dádiva,

Dió á la mujer de Adán:
La profusa y de ébano
Cabellera rizada,
Sencillo velo púdico
Con que la no asombrada
Inocencia al sol muéstrase
Vestida de candor.
Mas la mirada lúbrica
Del español pasea
Los mil encantos vírgenes,
Y todos los desea.
¡Oh! sus ojos son hórridos
Gusanos en la flor.
Y Lope mira atónito
Á la beldad fulgente
Dar un beso dulcísimo
En la tostada frente
Del Monarca de Méjico,
Á quien allí él llevó.
Entonces queda tétrico
Tal dicha contemplando:
Con pasmo oye, y colérico,
Resonar aquel blando
Beso que en eco horrísono
En su alma repitió,
Y á Moctezuma grítale
Que de partir ya es hora.
Verlo con ella es tósigo
Que el alma le devora.
¡Brotó amor de su ánima,
Pero entre acerba hiel!
Partieron. Tristes lágrimas
Derrama Moctezuma:
Un pensamiento lúgubre
Su noble pecho abruma.
¿Qué suerte espera al ídolo
Si llega á morir él?
Cuando ya entre las lóbregas

Sombras desparecieron
Y de los brutos rápidos
Los cascos no se oyeron,
Una fantasma hercúlea
El puente atravesó,
Y dirigióse tácita
Al templo nunca hollado.
Sobre el altar, extática,
Su ser, de luz bañado,
Miró á la deidad índica
Y en tierra se postró.



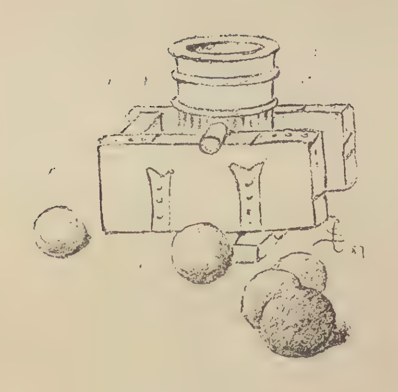


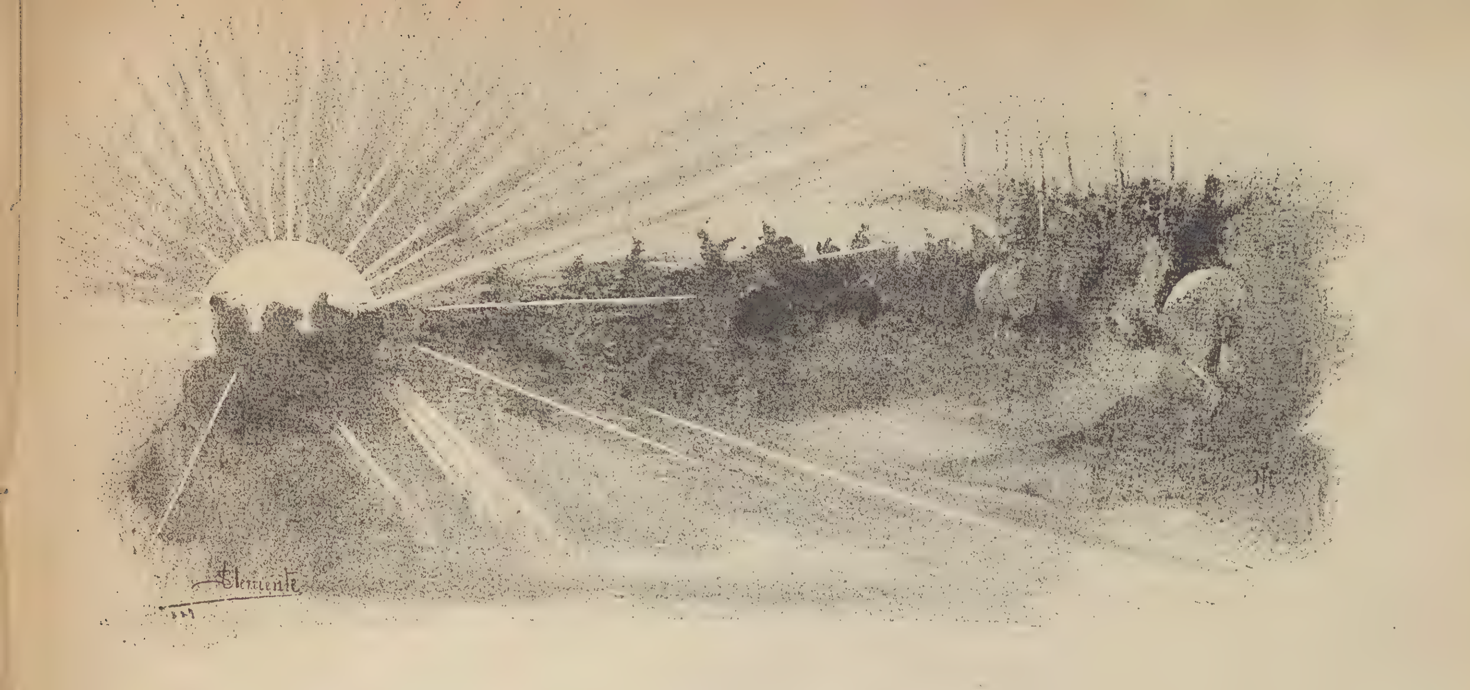
XI.

Lope y el Rey entraron en palacio
Cuando el lucero matinal vertía
Sus rayos de oro en el azul espacio
Y comenzaba á despuntar el día.
¡Cómo á su pecho abruma,
Cómo le causa enojos
Lo que en su alcázar mira Moctezuma
Turbios de llanto los dolientes ojos!
Los mágicos jardines,
Los inmensos salones
Que aún trascienden á espléndidos festines
Y que aún repiten ecos de canciones;
Los patios regalados de frescura
Por el luciente plátano y la pura
Corriente cristalina,
En que del sol al vívido reflejo
Halló trémulo espejo
La beldad de la azteca peregrina;
Todo lo ve trocado,
Todo lo encuentra triste y enlutado!
Los patios y salones
Acuartelan soldados y cañones;
Y los fogosos brutos

Hijos del aire, en el pensil ameno
Pacen las flores y los ricos frutos
Que miel sabrosa guardan en su seno.
Sobre fino algodón ve recostados
Los invictos soldados,
Hijos de España, en cuyas nobles frentes
Parecen las arrugas nimbos de oro,
Ó surcos de coronas refulgentes.
Con reprimido lloro
Contempla sus semblantes altaneros,
Sus cuerpos que dijérase formados
Para vestir los bélicos aceros,
Aún tintos y bañados
En la cálida sangre que resbala
Por los enhiestos montes escarpados
De Tabasco y Cholula y de Tlascala.
Mira del Ebro al militar valiente,
Hijo del almogávar, que, en la lidia
Asombro de otra edad, á sangre y fuego
Castigó al turco y la feroz perfidia
Con que premió su libertad el griego.
Ve al nieto de Jaun-illa, noble y rudo,
Tremendo azote de la altiva Roma;
Al asturiano de la patria escudo,
Que á un Apóstol llamó contra Mahoma;
Al andaluz que contempló clavada
La Cruz sobre los muros de Granada;
Á España, en fin, tan llena de victorias
Que en otro mundo desbordó sus glorias.
Él también contempló sus escuadrones
Cuando invictos á Méjico tornaban,
Y oyó el alegre estruendo
De himnos y de canciones
Que su fortuna y nombre bendiciendo
Su poder y su fuerza pregonaban.
¡Todo pasó veloz! ¡Y fué su mano
La que al temido, poderoso imperio
Hijo del sol, y rey del Oceano

Entregó á Hernán Cortés en cautiverio!
¡Ay! ¡cómo el Rey lloraba,
Y cómo su destino maldecía,
Y cómo sus dolores irritaba
Al pensar cuál Tlascala se reiría
De ver vencida á la nación que odiaba!



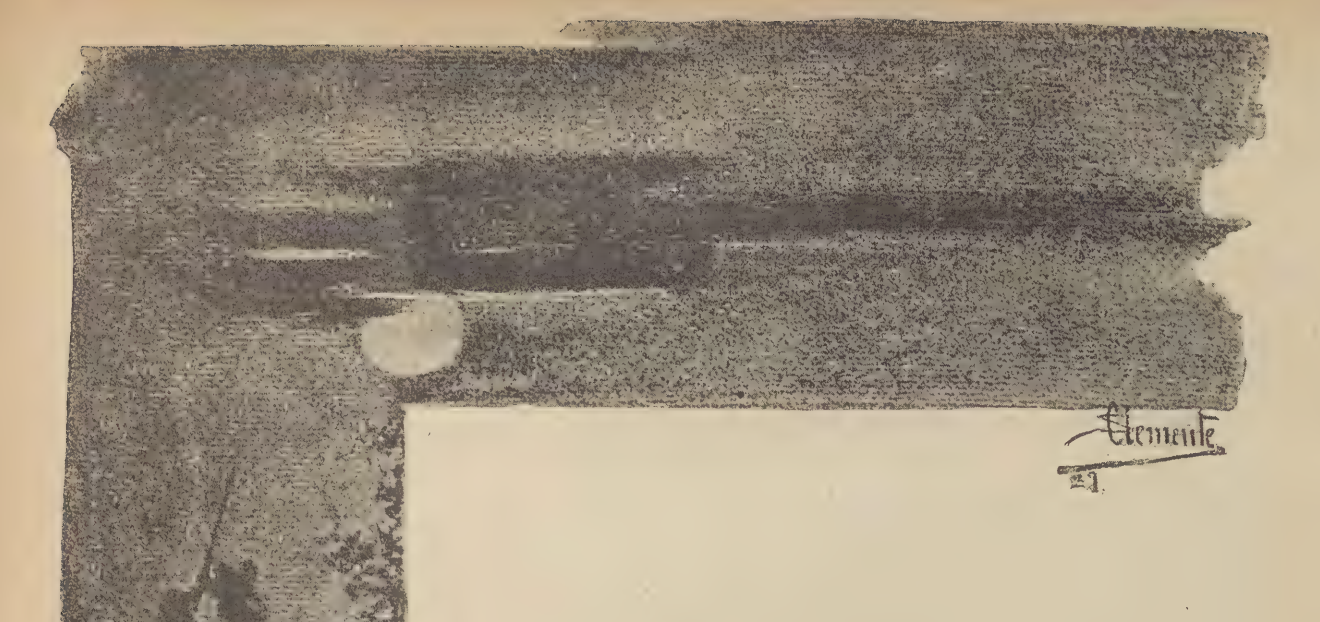


XII.

Rayó la brillante aurora
Vistiendo de rosa y nácar
Templos, mansiones, jardines
De la ciudad mejicana.
Despertóse en su recinto
Ese rumor que acompaña
Al lubricán; sinfonía,
De alegres ritmos cuajada,
Con que festeja Natura
Al sol que del mar se alza.
Oyéronse en el palacio,
De los hispanos morada,
Las sonoras trompas bélicas
Que entonan marcial dïana,
Los himnos que al astro elevan
Los guerreros de Tlascala,
Y el relinchar de los monstruos
Que tanto al azteca espantan.
¡Oh, qué espectros tan horribles
Ve Moctezuma en su estancia
Entrar con los rayos de oro
Que las tinieblas asaltan!

Mas no es él sólo á quien cercan
Aterradores fantasmas;
Aún más tristes y crueles
De Lope el pecho quebrantan.
La lumbre del nuevo día
Maldice, y la sombra aguarda
De noche amiga que pueda
Proteger impuras ansias.
Que ni Cortés, ni Alvarado,
Ni marciales ordenanzas,
Ni temores, ni peligros
Le vencen, ni le separan
Del loco empeño en que cifra
Sus ardientes esperanzas.
Pasó muy triste las horas
De Moctezuma en compaña,
Pues á Tlezuntelh recuerda
Y ecos de un beso le matan.





XIII.

La noche clara y serena;
El templo con suave encanto;
La selva de quietud llena;
Tlezuntelh con honda pena
Vertiendo gotas de llanto;

Llanto que pretende ahogar
Porque en gemidos no exhale
Y al fin venga á publicar
El amargo sollozar
La fuente de donde sale.

Nada hay en ello que asombre;
Que está la triste sin calma,
Pues la dan de diosa el nombre,
¡Á ella, que tiene de un hombre
Esclava toda su alma!

No ser diosa y ser mujer
Es todo su ambicionar
Y sólo anhela tener,
En vez de un templo, un hogar
Donde amar y obedecer.

¡Amar! Sus ojos un día
Á Xicotencal miraron,
Y su porte y bizarría
Dulcemente enamoraron
Su virginal fantasía.

Mas ¡ay, qué mal fundamento
Á tus esperanzas diste!
¡Muere, loco pensamiento,
Que las dichas que fingiste
Son nubes que rompe el viento!
Muere, sí, que entre odios late
Tu mal nacida pasión,
Y no es bien que te arrebate
La calma del corazón
El que á tu patria combate.
No es bien que pida tu acento
Para Tlascala castigo,
Y al par, en crudo tormento,
Al adorado enemigo
Rindas alma y sentimiento.
Pero ¿cómo has de vencer
Tu esperanza y tu dolor
En aras de tu deber,
Si aún no ha nacido mujer
Que halle barrera á su amor?
Si el jaguar en su guarida,
Y el condor sobre la cumbre
Que al cielo se eleva erguida,
Y el sol ardiendo en su lumbre
Están pregonando vida;
Y si el condor y el jaguar
Y el sol y Natura entera
Tienen vida para amar,
¡Mujer! ¿por qué ley artera
Tú al amor has de acallar?
¿Acallar tú al sentimiento?
¿Tú matar á los amores,
Si amor te dicen el viento,
Tus encantos y las flores,
Los perfumes y tu aliento?
¿Qué te importa que á Tlascala
Guarde tu pueblo odio insano,
Si amor las razas iguala,

Y con el nombre de hermano
Al enemigo señala?
Si sabes que está de hinojos
Fuera de tu templo impío
El dulce imán de tus ojos,
¿Has de pagar con enojos
Á quien te da su albedrío?
Ni una palabra trivial
Se ha cruzado entre ella y él;
Mas su amor es tan leal,
Que cual ama Tlezuntelh
Adora Xicotencal!

Bajo la puente caía
El torrente rebramando,
Y á lo lejos se veía
Un corcel que galopando
El pedernal encendía.
El jinete es muy galán
Y el corcel muy corredor;
Ser del viento vencedor
Quiere el corcel con afán,
Y el jinete de su amor.
¡Su amor!..... Un vértigo insano
El corazón le sofoca;
Mas piensa con terror vano
Que él ha visto al Oceano
Ser vencido por la roca.
De Tlezuntelh la hermosura
Los sentidos le cautiva;
Le consume fiebre impura,
Y no es posible que viva
Quien sufre tal calentura.
Es preciso enardecer
La pasión para que muera.
Tlezuntelh suya ha de ser;
Que es gran dolor el placer
Cuando de él se desespera.

Ha de verla, pues, de hinojos
Rechazando amantes lazos,
Y venciendos sus enojos
Con el imán de sus ojos
O la fuerza de sus brazos.
Él vió, en noche que no olvida,
Sus hechizos, su embeleso,
Y en su alma estremecida
Aún tiene clavado el beso
Que le atormenta la vida.
De la mejicana grey
Al Rey besó con amor,
Y no está en razón ni en ley
Que lo que se otorga á un rey
Se niegue á un conquistador.
Negras nubes de repente
Ante la luna pasaron;
Huyó la luz refulgente,
Y en tinieblas se bañaron
Templo, selva, arroyo y puente.
A él Aguilera llegó;
Descabalgó del corcel,
A una catalpa lo ató,
Y en busca de Tlezuntelh
En la puente se metió.
Llegaba ya á la mitad;
El torrente atronador
Gritaba en la soledad,
Y un fantasma aterrador
Se alzaba en la opacidad.
Vapor del agua sería;
Pero Aguilera avanzaba
Y el fantasma hacia él venía,
Y mientras más cerca estaba,
Más colosal se veía.
Aguilera, al fin, lo vió;
Sintió terror un momento;
Rápido un puñal sacó,

Y turbado el pensamiento
Un paso retrocedió.
—¿Quién va? murmuró. Y no es vano
Vapor lo que así le pasma.
Ya avanza puñal en mano,
Pues ve un hombre en el fantasma
Y un rival en el humano.
—¡Xicotencal!
—¡Rojo!
—¡Sí!
—¿Cómo vinistes aquí?
—Por la puente, como tú.
—¿Te condujo?.....
—¡Belcebú!
—La suerte me trajo á mí.
—Aquí estamos, pues, los dos.
—Y uno solo ha de pasar.
—¡Ese soy yo!
—De mí en pos,
Y aún muerto yo he de guardar
Lo que adoro más que á Dios.
¡La amo!
—Y yo con fanatismo.
—Extranjero, estás demente.
—Indio, á un lado, y ahora mismo.
—¡Mira qué estrecha es la puente!
—¡Mira qué ancho es el abismo!

Y así diciendo, el español irguióse.
Entre el vapor y la tiniebla espesa,
Fiero, terrible, hacia el coloso altivo
Blande rabioso la homicida diestra.
Mudo y con calma el tlascalteca fuerte
Ni aun evita los golpes, pero estrecha
Más la distancia, y sus nervudas manos
Escudo son y al par garras tremendas.
Presa hicieron al fin. Cual dos serpientes
Se enroscaron al cuerpo de Aguilera

Los brazos del coloso, y tal le oprimen,
Que aunque busca el puñal sangre proterva,
Hiere convulsamente al aire vano
Y lo desprende, al fin, la mano yerta.
Y el español y el indio sobre el puente,
Mitad del cuerpo en él y mitad fuera,
Cayeron en confuso remolino
Sobre el torrente que el espacio atruena.
¡Pasó algo horrible, si! La horrible lucha
Del astuto reptil con la pantera.
Resonó un alarido.—De las nubes
Despojóse la luna y con luz trémula
La puente iluminó. ¡Tremendo instante!
Tendido sobre el tronco el tlascalteca,
Sobre el profundo abismo suspendía
El desmayado cuerpo de Aguilera.
¡Cómo le place la argentada luna
Pues con sus rayos fúlgidos le muestra
La atroz profundidad del ancho abismo
En que el torrente muge y se despeña!
¡Y al ver los ojos del rival odiado
Cuajados de terror con que siniestra
Risa de triunfo considera inmoble
Cuál pende de su mano la existencia
De aquel guerrero que orgulloso un día
Mil veces en Tlascala le venciera!
El condor de los Andes arrebata
Entre sus garras la espantada oveja,
Remonta el vuelo, los espacios hiende,
Y cuando, junto al sol, mira la peña
En que caerá su víctima, da un grito,
Abre sus uñas y al vacío la suelta.
Así Xicotencal: mudo y risueño,
Los remolinos del torrente observa,
Y parece escoger cuál del vencido
Sea aquel en que sorbido desparezca.
Ya su mano va á abrir; ya el movimiento
De libertad y muerte le congela

La sangre á Lope, y de sus secos labios
Se escapa un eco que al salvaje alegra;
Mas de repente Tlezuntelh hermosa
El puente cruza y á su amante llega,
Y con voz de paloma estremecida
La vida y el perdón de Lope impetra.
¡La vida y el perdón! primeros ecos
Que el indio escucha de la diosa azteca.
¡La vida y el perdón!—El noble Jefe
Levanta sobre el puente al de Aguilera,
Le señala el camino, y prosternado
Las suaves plantas de la virgen besa.
«¡Véte extranjero!—Tlezuntelh exclama—
Y ¡ay, maldito de tí si aquí volvieras!»
Aguilera calló. Miró iracundo
Al postrado guerrero tlascalteca;
Odio y venganza le juró implacables;
Montó el corcel y ensangrentó la espuela.





XIV.

¡Oh Nemesis! tu imagen pavorosa
Del terrible Thaloch al templo llega,
Y al eco de tus pasos se conmueven
El llano y la montaña y la caverna.
Tú eres la indignación, tú la venganza,
Tú la que fuerte humillas la soberbia
Del poderoso, y al vencido esclavo
Das la espada que rompe la cadena.
Mas ¿quién va tras de tí? ¿Qué horrible sombra
Sigue tus pasos, que el espanto siembra,
Y en hiel y en llanto y en fatiga y luto
Las dulces dichas de la vida trueca?
Sus sanguinarios ojos, encendidos
Por devorante fuego, centellean,
Y sierpes son que silban irritadas
De su frente espantosa las guedejas.
Tuerce su curso el río por huirla,
El bosque secular recruje y tiembla,
La flor no nace, el águila se esconde;
Tan sólo el buitre y el caimán se alegran.

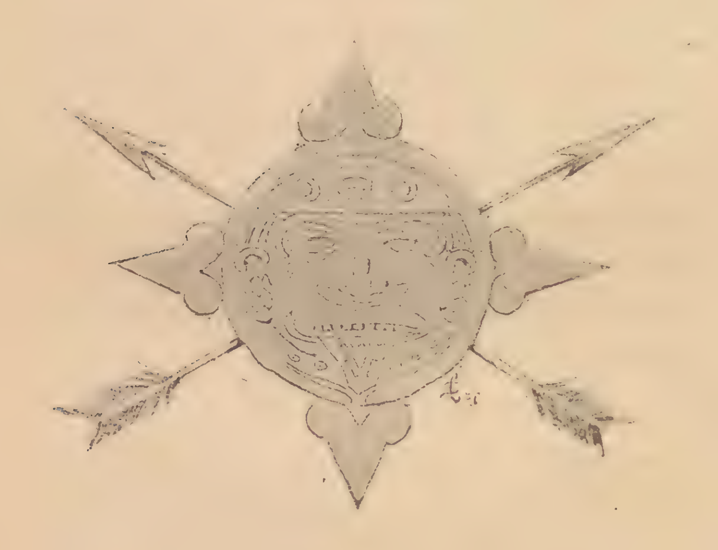
Es su fétido olor de abierta fosa;
Su aliento, de volcán que arrasa y quema;
Su gritar, de agonía y de exterminio;
Su horrible traje, manto de tinieblas.
La Peste que á sus hijos emponzoña;
El Hambre que en sus huesos hace presa;
La Sed que crece y que liquida en fuego
Devorador la sangre de las venas;
La Muerte, en fin, de desgarradas fauces,
Más insaciables cuanto más repletas,
Son su horrible cortejo. Y ¿quién tendría
Cortejo tan atroz sino la Guerra?
El rencor la engendró, mueve sus pasos
La rabiosa locura, y la aconsejan
La triple Hecate y las odiosas Larvas,
Con Caín el infame á la cabeza.
¡Caín el malvado! el que al nacer la vida,
Al vil impulso de la envidia ciega,
En el primer rencor, llamó insensato
De Atropos triste á la cerrada puerta.
Al templo de Thaloch las furibundas
Sombras llegaron. Muchedumbre inmensa
Los ámbitos llenaba, revosando
Fuera del templo en confusión inquieta.
Aquella multitud algo esperaba.
¡Ni un grito, ni una voz! — Sólo resuena
En blando susurrar el aura leve,
Moviendo en ondas suaves y ligeras
Los altivos penachos que agigantan
La estatura bizarra del azteca.
¡Bajo las plumas, flores de los aires,
El volcán encendido de la idea,
Brotando pensamientos de venganza
Que en las ceñudas frentes centellean!
La luna iluminaba aquel recinto
Que á sangre olía ([16]), y con su luz serena
Del tremendo Thaloch resplandecía
La estatua de granito gigantesca,

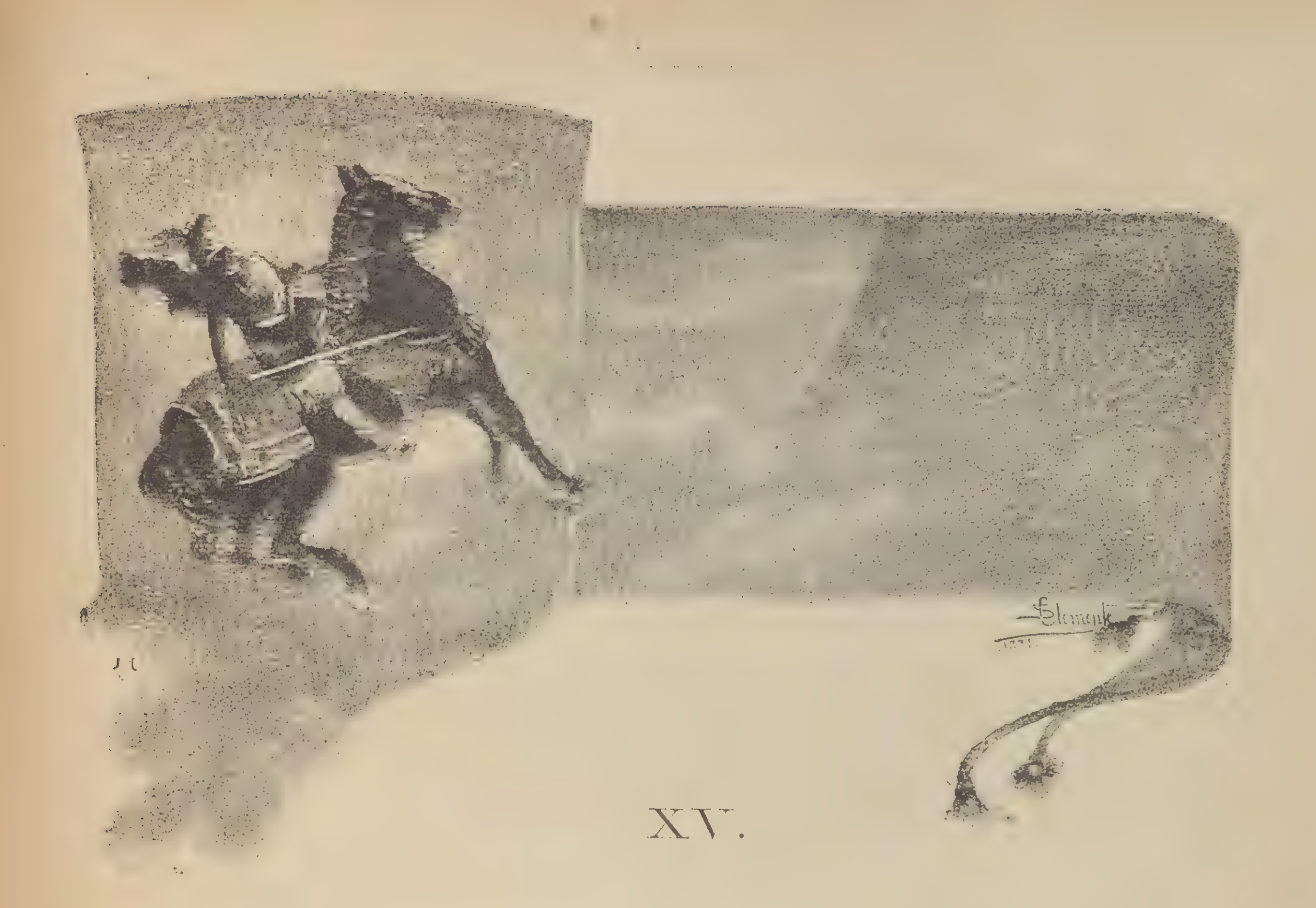
¡Ídolo aterrador!—Más que el adorno
De cintas de colores y cadenas,
Y lingotes de oro y esmeraldas,
Plumas y espejos y aguzadas flechas ([17]),
Le place ver sobre su negro vientre
Cómo la sangre del vencido humea.
Sus impasibles ojos tiene fijos
En el montón de cráneos que blanquean
Bajo sus pies enormes, y su boca,
Que se desgarra con horrible mueca,
Finge risa infernal que en la agonía
El dolor de las víctimas aumenta.
Nemesis llegó á él, y la otra sombra
Sentóse sobre la hórrida cabeza
De la deidad nefanda, que parece
Que el peso que la oprime la contenta.
Y entonces el Supremo Sacerdote
De aquel monstruo se alzó. Puñal de piedra
Su mano esgrime y el espacio hiere
Como buscando víctima encubierta.
De hinojos el concurso prosternóse,
Y al punto con acentos de tormenta
El ministro así habló: «¡Grey mejicana,
Oyeme, que Thaloch mueve mi lengua!
No de Quetsalcoalt, como ha afirmado
El que en grillos trocó la real diadema,
Es descendiente el extranjero odioso
Que nuestros templos y palacios huella.
Otros dioses rivales de los nuestros
Los lanzaron en casas de madera
Al lago sin orillas, que, irritado
De tal baldón, los vomitó á la tierra.
De Visliboschli el templo bendecido
Adornaran en picas sus cabezas,
Si no hallaran refugio en Zempoala,
Y ayuda en el infame tlascalteca.
Que el supremo Theolt juzgue en el cielo,
En que la estrella inmóvil reverbera,

Al Rey que, de su patria olvidadizo,
Llamar amigo al invasor intenta.
Mazorca de maíz entre maizales
Por el número son; granos de arena
Que á montañas se oponen; plumas leves
Que quieren domeñar á la tormenta.
Los monstruos que os espantan no á los vientos
Debieron el nacer: por nuestras selvas
Con mayor rápidez saltan jaguares;
El ciervo es aire y el bisonte fuerza.
En sus armas fabrícanse los rayos,
Pero es del trueno el eco que os aterra,
Sin comprender que la fulmínea lumbre
Puede apagarse entre turbión de piedra.
Hombres son cual vosotros, no deidades.
La muerte ni les guarda, ni respeta;
Que pende el hilo de su vida odiosa
No más que de la punta de una flecha.
¡Á combatir, guerreros! Ya las aras
Tienen de sangre sed. Que esa proterva
Muchedumbre orgullosa en sacrificio
Á Visliboschli y á Thaloch se ofrezca.
¡Y escuchadme, guerreros! Si el vil ocio
Hiciese retardar lides cruentas;
Si el extranjero ufano dominara
El rico suelo que Tlaloch sustenta,
El suelo que otro dios conquistó un día (19)
Á la extinguida raza navalteca,
¡Como viejas llorad! Taxi, agobiada
Más que por el dolor por la vergüenza,
Agotará sus pechos providentes,
Y vuestros hijos, con las fauces secas,
Ni voz tendrán para pedir ayuda
Al alto dios que el español desprecia.»
El ministro calló.—Sordo murmullo,
Que estalló al fin en algazara inmensa,
Aplaudió sus palabras. ¡No hubo mano
Que no estrechara con afán las flechas!

Un anciano se alzó. Silencio impuso,
Y con solemne voz y faz severa
Exclamó: «Si los años me autorizan
Para el consejo fiel, lo doy en prenda
De mi amor á la patria, en que mi cuerpo
Tendrá reposo en venerada huesa.
Nuestro Monarca, para el mando inútil,
Será estorbo y contagio en la pelea,
Ó mal traidor ó imbécil, de sus manos
Cayóse el cetro convertido en rueca.
Congregados están los sacerdotes,
Los jefes, los guerreros, la nobleza.
¡Elijamos un rey que del cautivo
Vengue el honor y nuestro amparo sea!
—¡Sí!
        —¡Muera Moctezuma!—en solo un grito
El concurso estalló.
                                —¡Que el traidor muera!
¡Alcemos otro rey!»
                                Y el Sacerdote
Gritó con eco que el espacio atruena:
«¡Victoria á Quetlavaca!»
                                        Y un frenético
Vítor á sus palabras dió respuesta.
Gallardo mozo de gentil donaire,
De tez rojiza y de mirada fiera,
Acercóse al altar y arrojó al suelo
El penacho que adorna su cabeza.
Y exclamó: «Me desciño de las plumas,
Porque quiero el laurel para diadema.
Hijo soy de guerreros; junto al trono
Mi cuna se meció; corre en mis venas
La sangre de los principes valientes
Que miraron la paz cual vil afrenta.
¡El extranjero morirá! Lo juro
Á los pies Thaloch. Su imagen negra
Carmín se tornará; mares de sangre
Harán correr las mazas y las flechas.

La bocina sagrada á los combates
Puede llamarnos. ¡Maldecida huesa
Sepulte al vil cobarde que en la lucha
Más á su vida que á la patria atienda!
¡Venganza y muerte!»
Y el concurso airado
Á un clamor respondió: «¡Venganza y guerra!
¡Thaloch! Thaloch ¡Thaloch!»
Y una bocina
Lúgubremente el Sacerdote suena.
Y entonces..... ¿fué un delirio? Cual rabiosos
Tigres en el desierto se pelean,
Y saltan, se agazapan y se envisten,
Y se evitan y corren y se acercan,
Siempre rugiendo y siempre destellando
De sus oblicuos ojos mil centellas.
Así la multitud rabiosa grita,
Y á indefinible convulsión se entrega,
Y salta y corre y pavorosa blande
Las toscas armas pregonando guerra.
Ya abandonan el templo las dos sombras;
Al terrible Thaloch la frente besan,
Y la infernal sonrisa de aquel monstruo
Aun crece más en la arrugada piedra.





XV.

Tan cerca pasó Don Lope
De aquella selva sagrada,
Que oyó bien claros los gritos
Que pregonaban venganza.
Triste, humillado y maltrecho,
Le sorprendió la alborada
Traspasando los umbrales
De la ciudad mejicana.
A donde quiera que mira,
Por donde quiera que pasa,
Nota movimiento extraño
Que ocultos planes delata.
Gran multitud de guerreros
Cruzan por calles y plazas;
Todos sus picas aguzan,
Todos sus flechas preparan.
Hasta los tiernos infantes,
En vez de frágiles cañas,
Haciendo alardes de fuerza
Enormes mazas arrastran.

Todo lo observa Don Lope;
Y lentamente cabalga
Por mitad de la confusa
Muchedumbre, que se aparta
Á su paso, y se repliega
Detrás de él, y le acompaña
Hasta perderlo de vista,
Con el odio en la mirada.
Llegó al fin al Tletaluco,
Del mercado inmensa plaza,
Que dos magníficos templos
Por Norte y Sur limitaban,
Y allí vió horrible espectáculo
Que le conmueve y le pasma.
¡Tanta amargura tenía
La escena que presenciaba!
Una multitud frenética,
Ferozmente aullando, salta
Alrededor de una pobre
Mujer, á quien fuerte agarra
Por un brazo un sacerdote
Manchado de sangre humana.
Junto á la triste, abrazando
Sus piernas con vivas ansias,
Y sollozando y gimiendo,
Dos niños en vano tratan
De detenerla. La madre
En ellos sus ojos clava,
Y grita, y su voz se ahoga
En un torrente de lágrimas.
El sacerdote, inhumano,
Su piel, porque calle, rasga,
Y á los dos niños salpican
Chorros de sangre adorada.
Es la víctima que exige
El gran dios de las venganzas.
Para declarar la guerra
Á los caudillos de España.

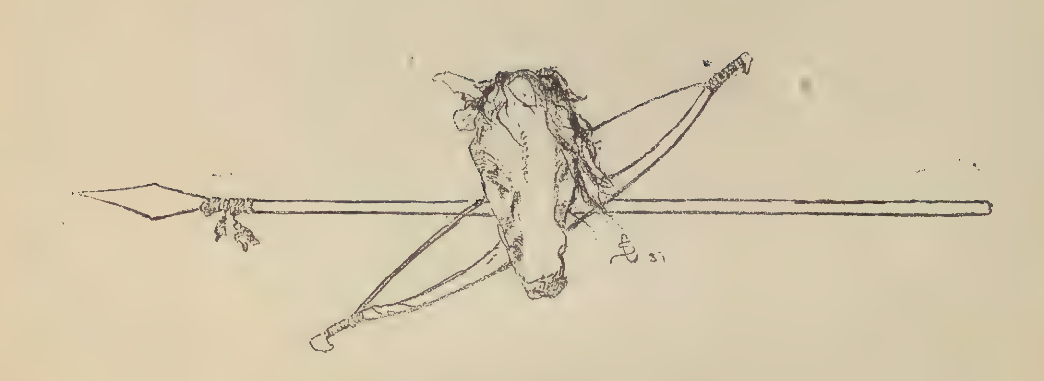
Con su sangre debe ungirse
Al nuevo rey Quetlavaca,
Y en su sangre los guerreros
Bañarán las toscas armas.
Resuenan los atabales,
Y mil aullidos se escapan
De mil bocas que parecen
Fauces de fieras selváticas.
Ya muy cerca están del templo;
Ya la mujer, impulsada
Por el infame ministro,
Sube temblando las gradas,
Fija en sus hijos, que gimen
Y la estrechan y la abrazan;
Pues siempre en el matadero
Sigue á la oveja su rastra.
Aguilera, al fin cristiano,
Al fin español, se abrasa
En ira; suelta las riendas,
Al potro el ijar desgarra,
Y con el trueno en los labios,
Con el rayo en la mirada,
En la mano el fuerte acero,
Y en él la muerte, traspasa
La muchedumbre, que absorta
Ni aun sus mil golpes rechaza.
Llega al templo, lanza al bruto
Sobre las lustrosas gradas,
Y va á impedir el cruento
Sacrificio; mas resbala
En las piedras el caballo,
Y él y Don Lope, en compacta
Confusión, rodando llegan
Pesadamente á la plaza.
Y entonces..... ¡horrible trance!
En un alarido estalla
Todo el pueblo, y sobre Lope
Y el corcel cae en avalancha.

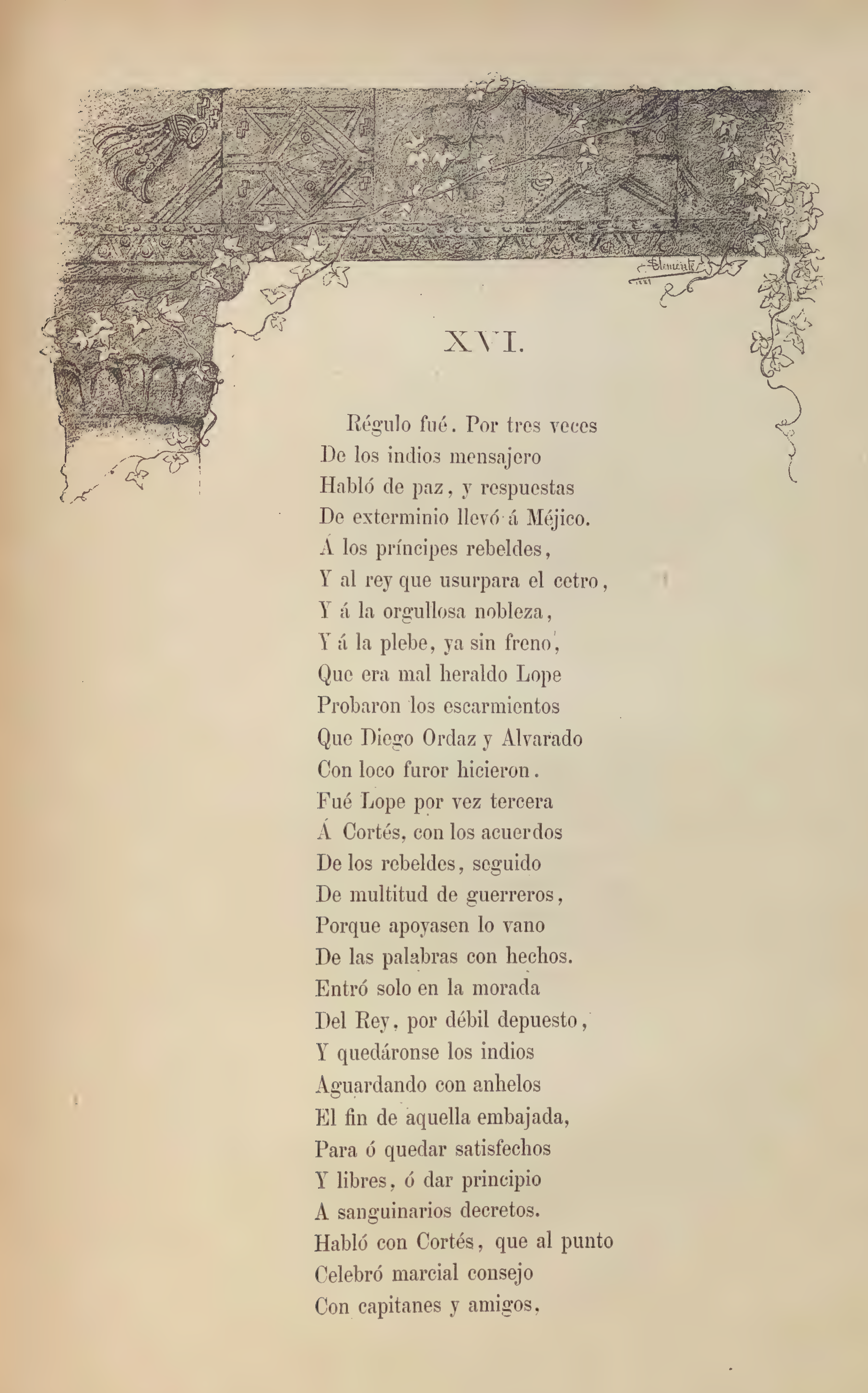
Cuando apretado hormiguero
Sobre un muerto pulgón pasa,
Hay un instante en que sólo
Se ven movedizas masas
Que bullen y que se hacinan
Y por el pulgón se afanan,
Hasta que, hecho mil pedazos,
Por bajo de la apretada
Confusión sacan sus restos
Las hormigas más bizarras;
Así cayó el pueblo todo,
Lleno de ansiedad y rabia,
Sobre caballo y jinete,
Que montes de carne aplastan.
Y ¡ah! por fin salió la presa
En trozos mil desgarrada;
Al fin, para toda mano
Fuente roja hubo no escasa.
Pero, ¿de quién es la sangre
En que la plebe se empapa?
¿De quién son los mil pedazos
De carne, en los que se clavan
Dientes que por lo feroces
El lobo mismo envidiara?
Reinó un momento el silencio,
Que trocóse en algaraza
Delirante, indefinible.
En una pica clavada
La cabeza del caballo
Como bandera se alza.
Y al mirar aquel despojo
Del monstruo que antes causara
Pavor, el salvaje azteca
Se olvida de otra venganza.
¡Aguilera vive!..... Rota
En dos pedazos la espada,
Y todo bañado en sangre,
«El Rojo» altivo se alza.

¡Qué terrible aparecía
En medio de su desgracia!
¡Cómo el soldado á la muerte
Desprecia por lo que tarda!
No era, no, el rival vencido
Horas antes; no el que claras
Muestras de humillado diera
Al caudillo de Tlascala:
Es el guerrero animoso
Que cuando inerme se halla,
Sin cólera y sin temores
Despide la vida amarga.
Y es que en la puente su brazo
Luchó por muy mala causa,
Y en la plaza, buen guerrero,
Ansió victoria magnánima.
¿Fué vencido?—Que lo digan
Sus ojos, hechos dos brasas,
Y su sonrisa orgullosa,
Y su imperturbable calma.
Llega á la mujer, que al verlo
Se prosterna ante sus plantas;
Y mirando á los dos niños,
Y dando una carcajada:
«Una vez sola en mi vida
Pensé hacer cosa no mala,
Y el único bien que he hecho—
Dice—la muerte me causa.»
Y, yendo hacia el sacerdote,
Que de pasmo está sin habla,
Le grita:—Puesto que eres
El cortador de la plaza,
Hiere pronto, que mi carne
Puedes venderla muy cara.
—¡No!—exclama gentil mancebo
Que del templo veloz baja.—
¡Aun no morirás!
—¿Quién eres,

Que así las vidas regalas?
—¡El Rey!—dijo el sacerdote.
—¿Cuántos reyes aquí mandan?
—El cetro que mal sostuvo
Moctezuma, á Quetlavaca
Dió el pueblo, porque en su mano
Se trueque en guerrera maza.
—Eres un fuerte guerrero,
Dijo á don Lope el Monarca.
Tú sonríes á la muerte
Y entre desprecios la aguardas.
Pues no temes al sepulcro
¡Prisión eterna! esperanzas
De libertad y de vida
Quiero darte. Allá en tu patria
Tendrás ancianos que adoren
En tí.
—Son ceniza helada.
—Tendrás mujeres.....
—¡Son odios!
—Tendrás hijos.....
—Fueran carga.
—Tendrás un dios.....
—Y un infierno.
—Tendrás honra.....
—¿Qué demandas?
—Irás á ver á tu jefe.
Le dirás que guerra insana
Le declaro, y que á los suyos
Mil martirios se preparan
Si de mi patria los términos
Velozmente no traspasan.
Si accede, tú libre eres;
Si no, empeña tu palabra
De volver..... ¡por esa honra
Que infiero de tu arrogancia
Es lo solo que veneras!
—¿Leíste la Historia romana,

Y quieres que haga el papel
De Régulo? ¡Pues me agrada!
¡Iré y vendré!
—¿Me lo juras?
—¿Para qué? ¡Mi dicho basta!





XVI.

Régulo fué. Por tres veces
De los indios mensajero
Habló de paz, y respuestas
De exterminio llevó á Méjico.
Á los príncipes rebeldes,
Y al rey que usurpara el cetro,
Y á la orgullosa nobleza,
Y á la plebe, ya sin freno,
Que era mal heraldo Lope
Probaron los escarmientos
Que Diego Ordaz y Alvarado
Con loco furor hicieron.
Fué Lope por vez tercera
Á Cortés, con los acuerdos
De los rebeldes, seguido
De multitud de guerreros,
Porque apoyasen lo vano
De las palabras con hechos.
Entró solo en la morada
Del Rey, por débil depuesto,
Y quedáronse los indios
Aguardando con anhelos
El fin de aquella embajada,
Para ó quedar satisfechos
Y libres, ó dar principio
A sanguinarios decretos.
Habló con Cortés, que al punto
Celebró marcial consejo
Con capitanes y amigos,

Y por unánime acuerdo
Se decidió que el Monarca
Saliese al muro, y al pueblo
Arengase, así intentando
Ver si se encontraba medio
De volver á la obediencia
Á los rebeldes inquietos.
¡Cómo Cortés deseaba
Que fuese del Rey el cetro
De caña, para el hispano,
Para el azteca, de hierro!
Pero el triste Moctezuma,
Con muy claro entendimiento,
Al escuchar de su huésped
Los simulados conceptos,
Comprendió que era ya tarde
Para recobrar imperio,
Fuerza, dignidad, poderes,
Él, llorando vencimientos.
¡Cómo mentir arrogancias,
Cómo mostrarse soberbio,
Si aun en sus plantas conserva
Huellas de infamantes hierros!
¿Una ilusión alentaba?
No lo sé. Dulce veneno
Es la esperanza, que bebe
El desdichado, y sediento,
Más acrecienta sus males
Con la traición del remedio.
¡La esperanza! ¡Qué engañosos
Son sus dulcísimos sueños!
¡Cómo lo más imposible
Es lo que dá por más cierto!
Creyó el Rey, desvanecido
Por sus falaces deseos,
Que aun habría entre las turbas
Amigos, parciales, deudos
Agradecidos..... y ¡oh torpes

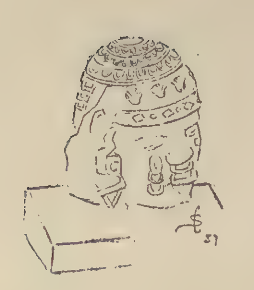
É insensatos pensamientos!
¿Quién cuenta con gratitudes
Cuando el favor está lejos?
¿Qué Monarca tuvo amigos
Cuando no pudo dar premios?
Ansió hablar con los rebeldes
Y salir al muro presto,
Queriendo de su realeza
Dar testimonio, y queriendo
De su antiguo poderío
Deslumbrar con los reflejos.
Vistióse de todas galas,
Anhelando que el respeto
Á la majestad entrase
Por los ojos en los pechos,
Sin pensar como prudente
Que los resplandores muertos
Del oro, jamás ofuscan
Ni á los fuertes ni á los cuerdos.
Vistióse con toda pompa,
Y en sus hombros cargó el peso
De un tesoro de diamantes
Y de joyas y amuletos.
Pero entre tantas riquezas
Sobresale por su mérito
Una cadena de oro
Que tres vueltas da á su cuello.
Algún talismán oculta
De milagrosos efectos,
Pues la besa, y al besarla
Parece murmura rezos,
Y al rezar, de entre sus labios
Se escapa con triste acento
El nombre de Tlezuntelh,
Que llanto le arranca acerbo.
Llegó al muro, de españoles
Seguido y de gran cortejo
De sacerdotes y amigos,

Y «el Rojo» ante todos ellos.
Llegaron todos al muro,
Mostróse el Monarca excelso,
Y la multitud revuelta
Estalló con ronco estrépito
En vítores y en aplausos
Que prolongaron los ecos.
¡Siempre igual! ¡Siempre la plebe
Tornadiza en sus afectos!
¡Siempre como el mar, terrible,
Y mudable como el viento!
Calló Cortés, receloso,
Volvió la esperanza al seno
Del Rey, que haciendo una seña
Pide y aguarda el silencio.
Calló al fin la muchedumbre,
Presa de afanes diversos,
Y así habló el Rey: «¡Sacerdotes,
Ancianos, nobles guerreros,
Pueblo azteca, por mi estirpe
Glorioso, escuchad mi acento,
Por el que os hablan los dioses
Que mi trono bendijeron!
Por el español soldado
Que enviasteis de mensajero,
Vuestros errores conozco,
Y las causas compadezco.
Os prevenisteis de armas,
De agravios y de recelos,
Y esperasteis del tumulto,
Que enloquece, el sabio acuerdo.
El patrio amor os disculpa,
Y defiende vuestros yerros
Impulsos de lealtades,
De descomedido celo.
Imaginasteis rendido,
Violentado y prisionero
Á vuestro Rey, sospechando

Que no son los extranjeros
Sus amigos y que es cárcel
La mansión de sus abuelos.
Mal juzgasteis al Monarca
Que dilató los imperios
Del azteca. Mal juzgasteis
Á los nobles forasteros
Á quienes su Rey envía
Para demostrarme afecto.
Ellos saldrán de mi corte;
Pero no es bien que primero
Mis huéspedes sean sumisos
Y mis vasallos, soberbios.
Dejad las armas, pues ellas
Son de paz impedimentos,
Y venid sin rebeldías
Á tratar sabios conciertos.
Y entonces veréis, vasallos,
Parientes, amigos, deudos,
En lo mismo que os perdono
Lo mismo que os favorezco.»
Calló el rey. Sordo murmullo
Se levantó, fué creciendo
Cada vez más, y en mil gritos
Estalló al fin con estruendo.
Y mientras unos lloraban
Conmovidos por los ruegos
De su Rey, y otros hacían
Protestas de acatamiento,
Los que al joven Quetlavaca
¡Traidores! el trono dieron,
En su peligro encontraron
Fuerzas á su atrevimiento.
«¡Muera Moctezuma! ¡Muera!
Clamaron. —¡Quitadle el cetro!
¡Dadle la rueca! —¡Cobarde!
¡Envilecido! ¡Protervo!»
Y entonces todo rencor

Para la injuria halló acento,
Motivo toda venganza,
Y toda ofensa recuerdo.
Cegó la sangre los ojos
Del Monarca; hirvió su pecho,
Miró á Cortés, y afrentado
Bajó la mirada al suelo.
Aguilera sonrïente
Al Rey llegóse, fingiendo
Gran piedad, y «retiraos,
Murmuró, porque me temo,
Si os quedáis, que á Tlezuntelh
No podáis dar otro beso.»
Aquel nombre Moctezuma
Escucha crispado, trémulo;
Quiere hablar; da un ronco grito;
Ruega y demanda silencio;
Pero es en vano. Las turbas,
La injuria á la acción uniendo,
De la majestad caída
Blanco de su rabia hicieron.
Arrojan lluvia de piedras
Entre turbión de dicterios,
Y acabar quieren su crimen,
Quizá del castigo huyendo.
Triste contempla el Monarca,
Sin cóleras y sin miedos,
El mar humano que hierve
En odio y rencor tremendos.
Leve sonrisa á sus labios
Asoma, cual si el recuerdo
De sus glorias comparase
Con aquel fatal momento.
De pronto su frente augusta
Se baña en sangre, cubiertos
De sangre ve sus vestidos,
Quiere hablar...... le falta aliento,
Y cae en brazos de «El Rojo»

Cual palma que troncha el cierzo.
Huye la plebe espantada
De su obra inicua; del cielo
Teme cl castigo, y sus odios
Trueca en mentidos lamentos.





XVII.

Muriendo está Moctezuma,
Muriendo está el gran Monarca,
Sin poder salvar el cuerpo,
Sin querer salvar el alma.
Maldice de sus vasallos,
Y entre las febriles ansias,
Junto á la muerte, imagina
Planes de horribles venganzas.
En vano Cortés le alienta;
Vanamente le señala
La Cruz, cual divina aurora
De redención y bonanza;
La Cruz, que quita á las tumbas
Todo el horror de la nada;
La Cruz, que venció á la muerte
Y dió vida á la esperanza.

El Rey, que á todo maldice,
Sólo á sus dioses no agravia.
Y en las horas en que el sueño
Calenturiento le abrasa,
De sus deidades tremendas
Ve las gigantes estatuas,
Con sus impasibles ojos,
Y sus fauces desgarradas,
Y sus vientres abultados,
Y sus colosales plantas.....
Todas las ve junto al lecho,
Y le cercan y le aplastan,
Y entonces con roncos gritos
« ¡Ay mi Tlezuntelh! exclama,
Tú sola no te apareces,
Porque estás dentro del alma. »
Aguilera, que le asiste,
No olvidando la embajada,
Pero queriendo cumplirla
Sin premuras ni tardanzas,
De Tlezuntelh oye el nombre,
Lleno de celosa rabia.
Y el Monarca, en quien despierta
Tal nombre memorias gratas,
Los ojos fija en don Lope,
Sus manos convulso agarra,
Y « te prometí tesoros,
Pues tú fuiste en mi compaña
Á ver lo solo que pierdo
Al perder la vida amarga.
¡Creí vivir! ¡Soñé reinar!
—Dice—mas si se me acaban
Con la vida mis grandezas,
Vivas queden mis palabras.
¡Toma esta cadena!..... »
Un síncope
Cortóle la acción y el habla.
Pero « el Rojo » como hombre

Qué juzga virtud cristiana
Cumplir con piadoso celo
Lo que un moribundo encarga,
Da por suya la cadena
Que oculto amuleto guarda;
Y ya la tocan sus manos,
Cuando ve entrar en la estancia
Á Olid, Ordaz, Acebedo,
Y Alvarado, y en bizarra
Confusión, siervos y pajes,
Ministros de la fe santa,
Y sacerdotes del diablo
Que en aquella angustia espantan,
Y soldados españoles,
Y parientes del Monarca,
Y, más que ellos afligido,
Cortés, que oculta sus lágrimas
Al ver cómo en aquel lecho
Muere su ambición soñada.
Rompen en sentidos ayes
Los indios, y el cuerpo bañan
De su Rey en llanto acerbo,
Entre quejas y plegarias.
Volvió, al fin, de su letargo;
Paseó triste mirada
Por el concurso; vió á Lope,
Le mandó que se acercara,
Quiso hablarle, y muy confusas
Y leves frases exhala.....
«¡Toma!» exclamó, y la cadena
Con crispaturas le alarga,
Y empieza á decir un nombre.....
Y en la eternidad lo acaba.
«¡De rodillas, compañeros!
Cortés entre llanto exclama;
¡Hemos perdido un amigo
Generoso; el cielo, un alma!
¡Dame los brazos, buen Lope,

Y cumple ya tu embajada!
Di á los rebeldes aztecas
Que pide crudas venganzas
Este cadáver. ¡Ay de ellos
Si su atroz crimen no lavan
Con rendidas obediencias
Á su memoria y mis armas!
¡Adiós, amigo!»
Y al «Rojo»
Estrechan sus camaradas;
Y parte llevando á Méjico
Su vida, que está empeñada,
Una cadena de oro
Y unas respuestas amargas.





XVIII.

¡Monte triste, monte triste!
¡Monte de Chapultepeque,
Urna de piedra que guardas
Las cenizas de mil reyes,
Abre de nuevo piadoso
Tu seno, regazo inerte,
Y arrulla de otro Monarca
Los sueños que duran siempre!
No te hollarán multitudes
De guerreros. No mujeres,
Ni sacerdotes, del muerto
Cantarán los hechos célebres.
No sacrificios humanos
Á sus despojos preceden;
Ni corrieron á la hoguera
Ni servidores ni fieles;
Ni el fuego joyas y dádivas
Convirtió en ceniza hirviente.

La pira secó la sangre
Que vertió crimen aleve,
Y el crimen busca silencios
Y sombras para esconderse.
¡Ay Moctezuma! la noche
Tendrá para tí mercedes.
¡Sólo la noche! Las nieblas
Es justo que se congreguen
En derredor de los astros
Que sus resplandores pierden.
Es justo que las exequias
Del triste Rey se celebren
Con rapidez; y que el aire
Ecos de angustias no lleve.
Que el dolor no en los culpables
Remordimientos despierte,
Y que no pidan venganzas
Los que favores recuerden.
Se hizo todo en tal sigilo,
Que historiador no hay que acierte
Á relatar si hubo llantos,
Irrisiones ó desdenes.
Yo sólo sé que á la cumbre
Del alto Chapultepeque
Con el vendaval llegaron
Nubes de buitres crueles,
Y que lanzando graznidos
En giros mil se revuelven
En torno de una afligida
Mujer, que con llanto y hieles
Baña una mísera tumba
Sin ofrendas ni laureles.
¡Llora, Tlezuntelh! ¡Ay, llora,
Que tú sola llorar puedes!
¡Riega con llanto la cumbre
Del alto Chapultepeque,
Urna de piedra que guarda
Las cenizas de mil reyes!



XIX.

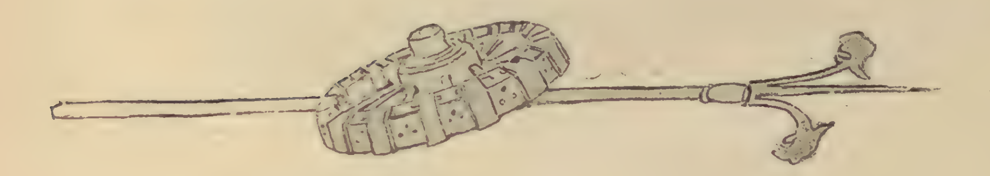
Bajo las gradas del templo
Del nefando Visliboschli,
Hay un antro, una mazmorra
Llena de sombras y horrores.
En ella aguardan las víctimas,
Entre hambre y sed, los atroces
Tormentos del sacrificio,
Placer de infernales dioses.
Allí, jóvenes y ancianos
Y tristes madres esconden
Con terror á sus hijuelos,
Á cada ruido que oyen.
La puerta de aquel abismo,
Al rechinar en sus goznes,
Siembra angustias, pasmos causa,
Llanto arranca, miedo impone.
Que aquella puerta de infierno,
Porque las almas destroce,
Cierra para la esperanza

Y abre para los dolores.
En aquella oscura sima
Se encuentra nuestro don Lope,
Oyendo lúgubres ayes,
Furiosas imprecaciones.
Supo muy mal su embajada
Á rebeldes y traidores,
Y á Quetlavaca soberbio
Irritaron sus informes.
Quisieron lavar sus culpas
En la sangre de aquel hombre,
Que mereció por valiente,
Más que piedades, honores.
Y no le mataron presto,
Cual sus instintos feroces
Demandan, porque presienten
Que muy en breve los dioses
Tendrán un festín de víctimas,
Atroz, opulento, enorme.
Entró Aguilera en el antro
Y en sus tinieblas hundióse,
Y por desprecio á los indios,
Y porque más no le enojen
Con sus gemidos, el alma
Entrega á cavilaciones.
Entre el horror y entre el miedo
Á la muerte y á la noche,
¿Cruzaron su mente loca
Pensamientos torcedores,
Recuerdos de su pasado,
Asombros propios del hombre
Que mira alzarse un patíbulo
Á través de sus prisiones?
¡No! — Ni un momento siquiera
Sintió su pecho de bronce
Oprimido bajo el peso
De sus culpas y baldones.
Si alguna vez de sus labios

Se escapa blasfemia innoble,
No es porque sienta vergüenza
De sí mismo; es que le roe
El gusano de los celos,
Y en su corazón deforme
Los celos engendran odios,
Los odios iras feroces,
Y las iras por venganzas
Claman con siniestras voces.
¡Y él va á morir! y ella, en tanto,
Á aquel rival que humillóle
Dará un cielo en sus caricias,
Una gloria en sus amores.
Luchando como precito
Con sus malvadas pasiones,
Horas pasó que parecen
Largos siglos torcedores.
De repente la mazmorra
De pálida luz bañóse;
Luego volvieron las sombras,
Vista la lumbre, mayores.
¡Ótro desdichado había
Para el festín de los dioses!
¡Y era español! ¡Si! En la cueva
Resonó de España el nombre.
¡Dulce nombre de la patria,
Cuán triste allí te se oye!
—¿Quién eres? gritó Aguilera.
—¿Dónde estás, amigo Lope,
Porque en un abrazo funda
Contigo mis aflicciones?
—¡Acebedo!
—En esta cárcel
Son vanos ecos los nombres.
¡Llamémonos infelices,
Que es lo mismo que españoles!
—¿Cómo aquí te encuentro?
—Tristes

Historias, que desconoces,
De soberbias arrogancias
Sujetas á humillaciones.
¡Oh! maldito el negro día
En que loca aconsejóme
La ambición que abandonara
El hogar de mis mayores.
En él quedaron mis hijos,
Que debieron ser mi norte,
Y no el oro, que me cuesta
Que me apene y me sonroje.
—¡Vamos, valor!
—No lo tengo,
Que al ser vencido faltóme.
—¿Hubo batalla?
—¡Espantosa!
¡Lucha de hidras y leones!
—¿Y Cortés?.....
—De su fortuna
La clara estrella apagóse.
—¿No le alienta una esperanza?
—¡Huir!
—¡Imposible!
—¡Esta noche!
Llegar á Tacuba espera
Por la calzada, y con dobles
Marchas ver si ganar puede
Las tlascaltecas regiones.
—¿Y Xicotencal?.....
—Le ayuda.
—¿Si fuese traidor?.....
—¡No, Lope!
Y á tan rotunda respuesta
Aguilera estremecióse
De placer, porque presume
Mil mortales ocasiones.
Y mientras los dos amigos
Sus desventuras se exponen,

Y sus desdichas lamentan,
Y maldicen sus errores,
Cortés mira en el palacio,
En que el Rey muerto albergóle,
Luto, tristezas y miedos,
Ansiedades y desórdenes.
Los soldados, que se entregan
Al pillaje, en altas voces,
Al verse ricos, murmuran
De las grandes ambiciones
De su jefe: se ven ricos,
Y el oro el ánimo encoge.
Cortés, cual nunca prudente,
De todos aconsejóse,
Y se decidió por todos
Emprender aquella noche
La retirada, burlando
Las sagaces precauciones
De los indios, y á Tacuba
Llegar cuando el sol asome.
¡Qué melancólico y triste
Dicta el caudillo las órdenes
De aquella amarga jornada
De peligros sin honores!
¡Y cómo los capitanes
Suplican, más que se imponen,
Á los soldados; que el oro
Hace cobardes y torpes!
Por fin dejan el palacio,
En que el Rey muerto albergóles,
Y en la calzada penetran
Buscando amparo en la noche.





XX.

Entraron en la calzada,
Entre sombras caminando,
Y empezó mal la jornada;
Pues mal se va confiando
En la noche, y no en la espada.
Marchaban entre la bruma,
Mudo el labio, el paso incierto,
Recordando á Moctezuma
Y sintiendo cómo un muerto
Á tantos vivos abruma.
Queda atrás su cuerpo inerte,
Atrás sus vastos jardines,
Y su mansión rica y fuerte.
¡Detrás risas y festines!
¡Delante el luto y la muerte!
Aquella calzada inmensa,
Fúnebre como mortaja
Y envuelta entre niebla densa,

Las esperanzas ataja
Y los temores condensa.
¡Qué recelos al andar!
¡Y qué ansiedad por salir
De aquel tremendo lugar
Sin matar y sin morir,
Pues era morir matar!
Marchaban pausadamente
Arrastrando los cañones,
Muy silenciosa la gente,
Muy despacio los bridones,
Muy triste Cortés valiente.
Los indios con mucha carga,
Los nuestros con mucho oro,
Que les pesa y les embarga,
Pues defender el tesoro
Es perder la vida amarga.
No retirada marcial,
Parece lúgubre duelo,
Y de duelo dan señal
El negro crespón del cielo,
Y el rugir del vendaval.
Ni hubo tardanza ni olvido,
Todo fué bien calculado.
Fuerte puente construído,
En fuertes hombros llevado
Y á todo azar prevenido.
Mucho la calzada aterra;
Que aquella laguna impura,
Que entre sus sirtes la encierra,
Tiene traiciones de guerra
Y horrores de sepultura.
Poco camino anduvieron.
La calzada estaba rota,
Y con gran asombro vieron
Peñascos que el agua azota
Entre abismos que se abrieron.
«¡Venga el puente!» se clamó



En un grito. Llegó el puente,
Entre miedos se tendió,
Y sobre él como un torrente
La hueste se desbordó.
  Con gran peso, y mal segura,
La móvil puente crujía,
Y la hueste sin ventura
Se apiñaba y se embestía
Con angustiosa locura.
  Allí el terror dementaba,
Produciendo horrible estrago,
Y la gente se apretaba,
Cayendo dentro del lago
La que del puente sobraba.
  Y entre locas maldiciones
Al agua echaron el oro,
Botín de sus ambiciones,
Y al agua, entre amargo lloro,
Los no vencidos cañones:
  Aquellos bronces que fueron
Los que á Tabasco asombraron,
Los que á Tlascala rindieron,
Los que á tantos valles dieron
Ecos que á España aclamaron.
  La tormenta iba á estallar;
Mas por amargo sufrir,
Entre el horrendo luchar
Ni rayos hay para herir,
Ni truenos para asustar.
  Al fin la puente cedió.
Se oyó un grito. En torbellino
Gran muchedumbre rodó.
Se abrió el lago en remolino
Y á cien guerreros tragó.
  Y luego.... la furia loca
De las ondas que en espuma
Se estrellan contra la roca,
Y la avalancha que abruma,

Y el ábrego que sofoca.
  Luego..... el incendio sin valla,
Y las furias sin cadena,
Y el torrente sin muralla,
Y el mar que se desenfrena,
Y la tormenta que estalla.
  Todo tomando color
De sangre, voz de lamento,
De rabia insana el furor,
De cruel aullido el clamor,
De atroz venganza el intento.
  Era preciso matar
Para evitarse morir,
Y luchar sin descansar,
Pues sólo dejar de herir
Era la vida dejar.
  Y la oscuridad cerraba
Cuanto más se combatía;
Entre sombras se mataba;
La noche se enrojecía,
Sangre la tierra empapaba.
  Era rudo el pelear;
Sin tregua el acometer;
Interminable el matar;
Para la fuga el luchar;
Para vivir el vencer.
  ¡Qué estrago y qué confusión!
¡Y cómo el oro pesaba
Al brazo y al corazón!
!Cómo el que más rico estaba,
Estaba en más perdición!
  ¡Y cómo la fiera suerte
De la ambición se reía,
Viendo en aquel trance fuerte
Al que más oro tenía
Encontrar más pobre muerte!
  ¡Tanto afán para adquirir
De riqueza gran exceso,

Y, al fin, para conseguir
Ver trocado el oro en peso
En la hora de morir!

¡Ricos murieron! — La historia
Á sus nombres no dió amparo,
É hizo olvidar su memoria;
Que en el templo de la gloria
Entra el héroe, no el avaro.

¡Noche triste! ¡Noche triste!
¡Noche de aciaga fortuna!
Toda luz en sombra hundiste,
Porque mirar no quisiste
Tinta en sangre la laguna,

Tinta en sangre la calzada,
Muertos tantos campeones
Prez de la patria adorada,
Desgarrados los pendones,
La santa Cruz mancillada.

¡Noche triste! — ¡Con gemidos
Tus amarguras contaron
Los héroes esclarecidos
Que se vieron tan vencidos
Y tanta fama lograron!

No el laurel lozano crece
Para ceñir al dichoso,
Sino al que más lo merece.
Él corona al animoso
Que más lucha y más padece.

¡Torcedores del valor!
¡Martirios de las banderas!
¡Momentos de cruel dolor!
¡De la patria angustias fieras!
¡Sois vencimientos y honor!

En un árbol apoyado,
Porque el peso le abrumaba
De su dolor despiadado,
Cortés sus huestes miraba,
Inerte, mudo, agobiado.

Sintió correr con enojos
Por su semblante una hoguera
Que le llena de sonrojos;
¡Y lava de fuego era
La que brotó de sus ojos!

¡Gotas, sí, de fuego son
Las que de sus ojos van
Á quemarle el corazón!
¡Explosiones de un volcán
De amarguras y aflicción!





XXI.

¡Lloraba, sí! Tras de la férrea cota
Un generoso corazón latía.
Era hombre el héroe, y del acerbo llanto
Fuente es copiosa la mundana arcilla.
¡Rompió á llorar! ¡Ay, sí! Le lleva el viento
Tristes clamores, estentórea grita;
Aquéllos de dolor, ésta de triunfo,
Ecos todos que su alma martirizan.
¡Rompió á llorar!—Á sus mermadas huestes
Tintas en sangre y desgarradas mira,
Sin víveres, sin bronces, sin caballos,
Y muerta la esperanza en la desdicha.
Ve el lago, sepultura de valientes,
Y la calzada atroz ¡tan enemiga!
Y más allá el gran templo iluminado
Por una inmensa y horrorosa pira,
Cuyas llamas partidas en jirones
La oscuridad conturban, y perfilan
De rojo resplandor las densas nubes
De humo que el viento en el espacio agita.
Detrás de él lo terrible, lo que hiela

De pavura la sangre; la extendida,
Llanura ilimitada, con sus monstruos,
Con su rabiosa sed, con sus enigmas,
Con su espantable soledad, tan llena
De traiciones, sorpresas y fatigas.
¡Rompió á llorar! Delante quedan muertos
El triunfo y el poder; hecho cenizas
El laurel victorioso, y mancillada
La enseña del amor, la Cruz bendita.
Meditando en tamañas amarguras,
Llorando de dolor al ver extintas
Sus glorias de guerrero y de cristiano,
Y de piedad con alma dolorida,
Sollozando al mirar de sus amigos
En noche aciaga la tremenda ruina,
Le sorprendió cruel grito. Resonaba
Cual lúgubre gemido de agonía,
É impetraba el auxilio y el socorro
Del cielo y de las almas compasivas.
«¡Amigos! ¡compañeros!» en un eco,
En un clamor tristísimo se oía,
Y el viento lo escuchaba en la teocali
De las gigantes llamas de una pira,
Y sobre el lago entre revuelto humo
En funerario son lo repetía.
¡Amigos! ¡compañeros!..... ¡No los tiene
Nadie en la adversidad! Entre las iras
Del combate, el soldado por valiente
Piadoso suele ser, cruel en la huída.
¡Amigos! ¡compañeros!..... ¡Cuántos, cuántos
Con angustia estos nombres repetían
Al ver á otros amigos que en las llamas
Y entre atroces martirios dan la vida!
¡Espectáculo horrible! El templo enorme
De Visliboschli, muchedumbre impía,
Ebria de sangre, de matar no harta,
Convulsa, ronca, mutilada, herida,
Aun jadeante y los airados ojos

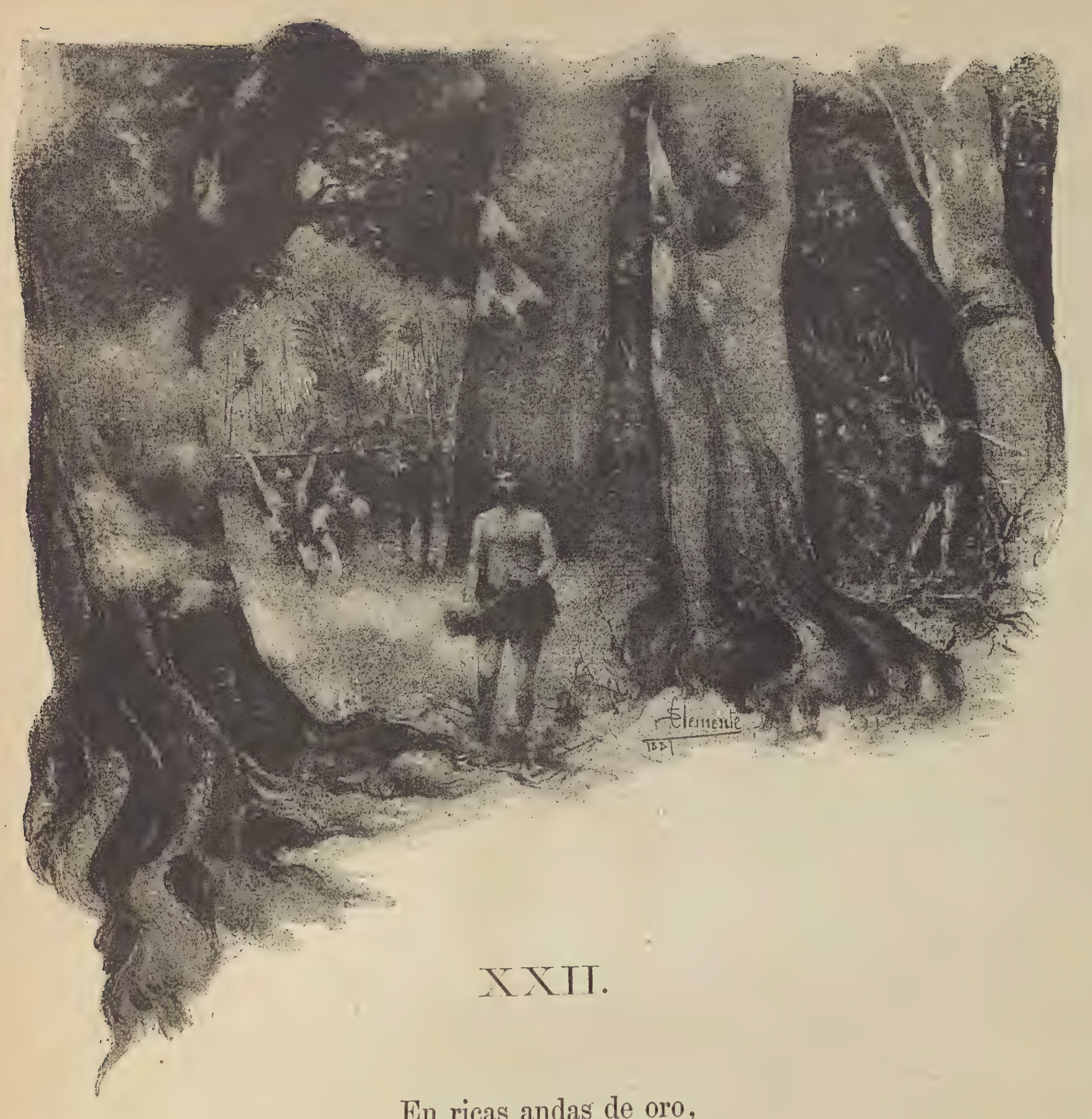
Aun centellando destructoras iras,
Rellena por doquier. No hay un espacio
Sin un guerrero que venganzas pida,
Azotando implacable la sangrienta
Cabeza que cortara su cuchilla.
Allí está el pueblo todo, y entre el pueblo
Esa masa feroz que aulla y que grita
En el desastre, en la victoria, ¡siempre!
Mancillando el dolor y la alegría.
La plebe, ¡ay! sí, la plebe; desbordado
Torrente cenagoso que aniquila
Cuanto toca á su paso; bestia inmunda
Que desgarra y no come; furia impía
Devorada de sed, y que con sangre
Su vientre halaga y su cerebro irrita.
En la mitad del templo el ara horrible
Del dios se eleva: allí se sacrifican,
En guerra como en paz, seres humanos
Cuyo pasmoso número publica
La multitud de cráneos que blanquean,
Siendo del muro horrenda crestería.
Allí, junto al altar, los sacerdotes
Nunca limpios de sangre; allí en la silla
Imperial, bajo plumas y doseles,
El nuevo Rey que á Moctezuma olvida;
Allí con él magnates y caudillos
Postrados á sus plantas de rodillas;
Y junto al dios, en trono esplendoroso,
Cubierta de brillante pedrería,
Hermosa como triste, muda, helada,
La virgen Tlezuntelh, la deidad viva.
Su bosque abandonó, llamóla el pueblo
Para salvar la patria bendecida,
Y en las tremendas horas del combate
Fué su oración la que aplacó las iras
De altas deidades, y al valiente azteca
Dió honor y triunfo, libertad y vida.
Y entre la diosa y Quetlavaca invicto,

Envueltos entre el humo de la pira,
Tan colosal que de volcán parecen
Sus fragores, sus llamas y sus chispas,
Entre pedazos de caballos muertos,
Y rotas armas en montón se miran
Porción de tlascaltecas y españoles,
Yertos, inermes, con la vista fija
En las terribles llamas que los huesos
En breve tornan en sutil ceniza.
¡Son los vencidos! — ¡Ay! ¡frase espantosa
Ante una hoguera y por salvajes dicha!
Aquellos infelices van mirando
Acortarse su número, y se erizan
De terror sus cabellos con los gritos
Que salen de las llamas que, sorbidas
Por el viento, se alargan y el espacio
De rojos resplandores iluminan.
Sólo un hombre entre aquella muchedumbre
El ánimo suspende y maravilla.
En calma y mudo está. Ni atención presta
Del pueblo á la rabiosa gritería,
Ni horror le causa contemplar el fuego,
Ni, al parecer, impórtale la vida.
Es Aguilera, «el Rojo», el que del indio
Fué rayo asolador en otros días.
Sabe que para él será el tormento
Más lento, más cruel; que irá á la pira
Cuando con sangre extintos sus fulgores
Y las ascuas envueltas en cenizas
Pueda vivir en medio del brasero
Viendo en la muerte perezosa amiga.
Clavados tiene en Tlezuntelh los ojos,
Sabe que ha de pasar ante su vista,
Y cual doncel que acude á cita amante
Y en parecer galán su empeño cifra,
Aderézase el traje y el cabello,
Y saca del bolsillo la riquísima
Cadena que le diera Moctezuma,

Y el pecho con sus vueltas atavía.
Llególe el turno de morir. Dos indios
Se arrojan sobre él; mas él los mira
Con tan hondo desprecio, que los bárbaros
Tal valor ó les vence ó les cautiva.
Libre le dejan, y arrogante y solo
Á la hoguera sus pasos encamina;
Mas de pronto detiénese, y lanzando
Nerviosa carcajada, se aproxima
De Tlezuntelh al trono, y desciñendo
Su cadena, así exclama: «¡Hermosa india,
Diosa ó mujer, es lástima que el oro,
Que ha sido para mi fatal conquista,
Valiendo más que yo, muera conmigo.
Toma, pues, esta joya, es de tí digna.
Fué para mí tu amante generoso;
¡Me la entregó al morir! ¡Que tu divina
Garganta adorne, y que te dé más suerte
Que concedió á los dos!»
La joya rica
Tiró á los pies de Tlezuntelh, que ansiosa
Se levanta, la coge, la examina,
Y cuando ya Aguilera en el brasero
Va á penetrar, da un grito enloquecida,
Corre tras él, le coge de las manos,
Le contempla, va á hablar, calla, medita,
Y obediente á un impulso incontrastable
Murmura: «¡Este joyel te da la vida!
El Rey era mi padre. Esta cadena
Un amuleto tiene en sus anillas
Que manda perdonarte, y te perdonan
Por mí los altos cielos, donde habitan
Dioses que ya de sangre satisfechos
No recuentan el número de víctimas.»
Monarca y sacerdotes y guerreros
El perdón de Aguilera santifican,
Y el pueblo, ante el mandato de la diosa,
Hunde en el polvo la cerviz altiva.

« ¡Ven conmigo, extranjero! ¡tu existencia
Me cumple proteger! »
                                        Y ante la india
Quedó Aguilera atónito y turbado,
No sabiendo si sueña ó si delira.





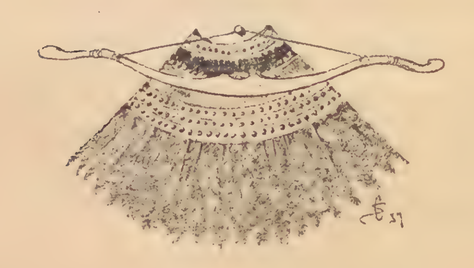
XXII.

En ricas andas de oro,
Bajo doseles de plumas
Y banderas que en carmines
Han trocado su blancura;
Precedida de atabales,
Y al son de armoniosas tubas
Que tocan alegres himnos
De victoriosas venturas;
En medio de sacerdotes
Que los espacios perfuman
Quemando suaves aromas
En copas de plata pura;
Entre frenéticos vítores
De regocijadas turbas,
Y entre millares de picas

Que sangre española sudan,
Vuelve á su templo la diosa
Del amor y la hermosura.
Los ojos lleva cerrados
Y el alma asustada y muda,
Y en las manos una joya
Que por ser cadena abruma.
Marcha «el Rojo» ante las andas,
Y vuelve la cara adusta
A cada momento, y fija
En la belleza desnuda
De la azteca unas miradas
Que la penetran y punzan.
Va Tlezuntelh meditando
En un perdón que la asusta,
Pues dar vida á las serpientes,
Más que piedad, es locura.
Conoce al «Rojo» y se espanta
De ver que ampara y escuda
Al rival del tlascalteca
Á quien ella amor tributa.
Mas el joyel que á sus plantas
Arrojó Lope, le inculca
Respetos y obligaciones
Que el discutirlos es culpa.
¡Cumplió su deber! Si infame
«El Rojo» su mal procura,
Y como ingrato se porta,
Y á sus clemencias insulta,
Tienen venganzas los dioses
Y ella honor, poder y astucia.
Llegaron todos al puente
Que la voragine cruza,
Y guerreros y ministros
Con postraciones saludan
Á la diosa, y la despiden
Con plegarias y con músicas.
Entró en el puente la india,

Y tras ella, haciendo burla
De tantas adoraciones,
«El Rojo», que disimula
Con carcajadas sus odios,
Con regocijos su furia.
Llegó á las puertas del templo,
Y de Tlezuntelh escucha
El acento cadencioso
Que menos habla que arrulla:
«Extranjero, si el tesoro
Que en mis hogares se oculta,
Con su esplendor te fascina
Y tus ambiciones turba,
Dalo por tuyo, que el oro
No aquí es motivo de injuria.
Por el oro abandonasteis
Patria, amor, cuantas dulzuras
Tiene la vida. Entre asombros
Surcasteis la azul laguna,
Y por el oro la muerte
Buscasteis con ansia impura.
Guerra y exterminio y luto,
Venganzas, odios, angustias,
Produjo el afán insano
Que hoy á los tuyos sepulta.
Buscasteis oro en las cuevas,
Y ellas os sirven de tumbas.
No, pues, por el oro intentes
Sembrar aquí la amargura,
Que la ambición se dementa,
Y toda la dicha enturbia.
Y antes que en mi hogar penetres
Recuerda que te dí ayuda,
Que voy á darte un asilo,
Y á ser en tu desventura
Escudo, amparo, consuelo,
Techo, pan, vida, fortuna.
Grandes, pues, son tus deberes,

Tus obligaciones muchas,
Y te pido, si eres noble,
Que un solo ruego en tí influya.
No cual deidad me veneres,
Pues mi religión no es tuya;
Pero no mujer me creas,
Que mi carne es nieve dura.
Vive en estas soledades
Con tus memorias, y busca
En inocentes contentos
Dichas grandes por ser puras.
Hay tras de mi templo estancias
Que la clemátida inunda
De aromas, á las que el bosque
Acerca sus ricas frutas,
Á las que presta un arroyo
Limpio cristal y frescura.
En ellas vive tranquilo,
En ellas de paz disfruta;
Y pues tu dios, según cuentan,
Está en cuanto el mundo ocupa,
Álzale un altar sublime
De la espléndida natura.
Canta á tu dios en los himnos
De los pájaros; perfuma
Tus rezos con las esencias
De las rosas y las juncias,
Y mándale toda el alma
Con el sol cuando se oculta.»
Calló Tlezuntelh. Don Lope
Entra en su hogar, se deslumbra,
De admiración lanza un grito,
Y una blasfemia pronuncia.





XXIII.

¡Cuántas veces al trémulo
Lucir de las estrellas
Vió, relumbrando, vívidos
Cual fúlgidas centellas,
Diamantes y esmeraldas,
Zafiros y coral!
Aquel tesoro espléndido
De mágica grandeza,
Que al sueño más fantástico
Vence en sin par riqueza,
¡Cómo conturba el alma
Del mísero mortal!

¡Como le causan vértigos
Aquellos resplandores,
Aquellos soles múltiples
Que cambian de colores,
Los ojos siempre hiriendo
Con mil haces de luz!
¡Cómo á su mente lóbrega
Aquella luz marea!
¡Cómo rabiosa asáltale
La aterradora idea
De hallar á la fortuna
Y en ella vér su cruz!

Nunca movió á su ánima
El ruin placer medroso
De contemplar extático
El oro, y afanoso
Ocultarlo en el seno
De bien ferrado arcón.
Ansiólo, sí, frenético,
Pero con otros fines;
Quiso corriera pródigo
En báquicos festines,
Comprando á cortesanas
Los besos sin amor.

Que el Betis olivífero
Mirase su fortuna;
Que á la ciudad magnífica
Que protegió su cuna
Pudiera él con sus obras
De escándalos llenar.
En cada piedra diáfana
Ve el precio de una orgía,
Ó de una virgen, lúbrico
Juguete atroz de un día.....
¡De oro anhelaba un río!
¡De crímenes un mar!

Y halla un tesoro..... ¡Ay, mísero!
El opulento alarde
Con que á sus ojos muéstrase
Llega para él muy tarde.
¡Y en noche que no olvida
Tan cerca estuvo dél!
¡Oh, si, la puente frágil
Hubiera atravesado,
Venciendo en la lid hórrida
Al indio enamorado!.....
¡Maldito el de Tlascala!
¡Maldita Tlezuntelh!

Se inunda en sudor su frente;
Es espantoso el tormento
Que aquel desdichado siente
Dentro de su pensamiento.
Le abrasa la calentura,
Y se martiriza el alma
Del oro con la locura,
Que es la demencia sin calma.
¡Ansiedades y delirios,
Quimeras de la ambición!
¡Con vuestros crudos martirios
Desgarráis su corazón!
Fué la riqueza su empeño;
Ya la toca con su mano,
Y ve realidad su sueño,
Y lo real es lo más vano.
Ansió dichas y grandezas;
Por ellas luchó su espada,
Y encuentra al fin las riquezas
Y no le sirven de nada.
¡Está solo, está vencido!
Y aquellos claros reflejos
De sol en soles partido,
¡De Sevilla están tan lejos!
Sus dolores irritando

Noches y noches pasaba.....
Piedras mil iba arrancando.....
Y con sus pies las hollaba.
Su cerebro siente hervir
Y su mente enloquecer.....
¡Qué horrible es su maldecir!
¡Qué amargo es su padecer!

Cuando la fiebre del oro
De Lope el alma rendía,
Con más fuego le asaltaban
De otro fuego llamas vivas.
Y de ese fuego horroroso
Siente las venas henchidas.
Vive bajo el mismo techo
De una deidad peregrina
Que dice ser alma y nieve
Y es alma de sol vestida.
Y ella abrasa con sus rayos
Y no se quema ella misma
Al contemplar su belleza,
Que Venus envidiaría.
El perfume de su aliento
Los sentidos electriza,
Y sus ojos lanzan rayos,
Prenden llamas donde miran.
Su voz, que en arrullos habla,
Finge esas notas divinas
Que brotan de los suspiros
En la amorosa fatiga.
Sus pies son tiernas palomas
Que al unirse se acarician,
Y su seno hermoso y túrgido
Que suavemente palpita,
Desparrama los deseos
Y los une y los cobija
En el nido de claveles
Que tanto el amor codicia.

Todos aquellos encantos
En una hamaca dormitan,
Y una antorcha con su trémulo
Resplandor los ilumina.
¡Ah, cuántas horas « el Rojo »
Pasó clavando la vista
En aquellas desnudeces
Que le abrasan y aniquilan!
¡La ambición y el vil deseo!
¡Las dos implacables hidras
Que en el corazón se enroscan
Y toda su sangre liban!
¡Oh, qué horribles pensamientos
Cruzan la mente sombría
De Aguilera! ¡Qué odios forja!
¡Qué maldiciones vomita!
Aquella mujer le ha dado
Por condenación la vida,
Y por asilo un infierno,
Y por calma guerra impía.
Y aquella estatua de carne
Que él entre vértigos mira,
Para su rival odiado
Palpitará enardecida,
Y tendrá llamas la nieve
Y el alma muda armonías.
Y él en su estancia apartado,
Verá amanecer el día
En que escuche los rumores
De besos y de caricias.
¡Nunca! ¿Morir qué le importa,
Si ya tiene en cada fibra
De su sér una serpiente
Que le muerde y martiriza?
¿Qué más tormento que verla
Dormir, risueña, tranquila,
Helada, cuando sus ojos
Hechos dos brasas la admiran?

Su reposo confiado
Le ofende y al par le irrita,
Pues él se abrasa en incendios
Y á ella no llegan las chispas.
Una noche ya no pudo
Sufrir más sus agonías,
Y crispado, delirante,
Se acercó á la hermosa india.
¡Duerme!..... Su cuerpo se baña
De la antorcha en la luz viva,
Y su fulgor de carmines
Sus mil encantos matiza.
¡Sueña!...... Sus labios purísimos
Murmuran, como cantiga
De amor, un nombre..... sí, un nombre
Que escucha «el Rojo» con ira:
¡Xicotencal!
—¡Ah, despierta,
Tlezuntelh, despierta! grita.
Y ella entre asombros le dice
Con voz en que el miedo vibra:

¿Qué tienen, dí, que me dan
Más confusión, más enojos
Las miradas de tus ojos
Que las llamas de un volcán?
¿Tú del Cotopaxi oiste
Que lanza fuegos aleve
Para derretir la nieve
Que su altiva cumbre viste,
Y piensas lograr la palma,
Sólo reservada al cielo,
De hacer lodo el duro hielo
Con que se cubre mi alma?
¿Te traje á mi casto hogar
Librándote de una hoguera.
Para que en tí otra naciera
Que me pretenda abrasar?

¿Para que me des sonrojos,
Y al mirarme tan desnuda,
Avergonzada sacuda
El peso atroz de tus ojos?
¿Qué extraño y tenaz fulgor
Tienen tus miradas? dí.
—Es que el deseo arde en mí
En incendio abrasador;
Y para causarte agravios
Busca salida, y derrama
Su fuego en ardiente llama
Por los ojos y los labios.
Y no es amor lo que siento.
¿Amarte yo? ¡qué locura!
Es afán, es calentura
Que me quema el pensamiento.
Es ansiedad de tu sér,
Es hambre y sed torcedoras
De cuanto bello atesoras
En tu cuerpo de mujer.
Por este atroz frenesí,
Ser el agua que bebiera
Tu rojo labio quisiera
Para infiltrarme yo en tí,
Y sol ardiente que abriese
Tus poros, llenos de frío,
Y de tí, sin tu albedrío,
Plena posesión me diese;
Y en mi torpe ceguedad,
Tumba al fin, y en fuertes lazos
Oprimirte entre mis brazos
Por toda la eternidad.
Mira, mujer, si maldito
Por tu hermosura me veo,
Que hace abarcar mi deseo
Lo presente y lo infinito.
Antes, cuando avasallada
Te consideré y rendida,

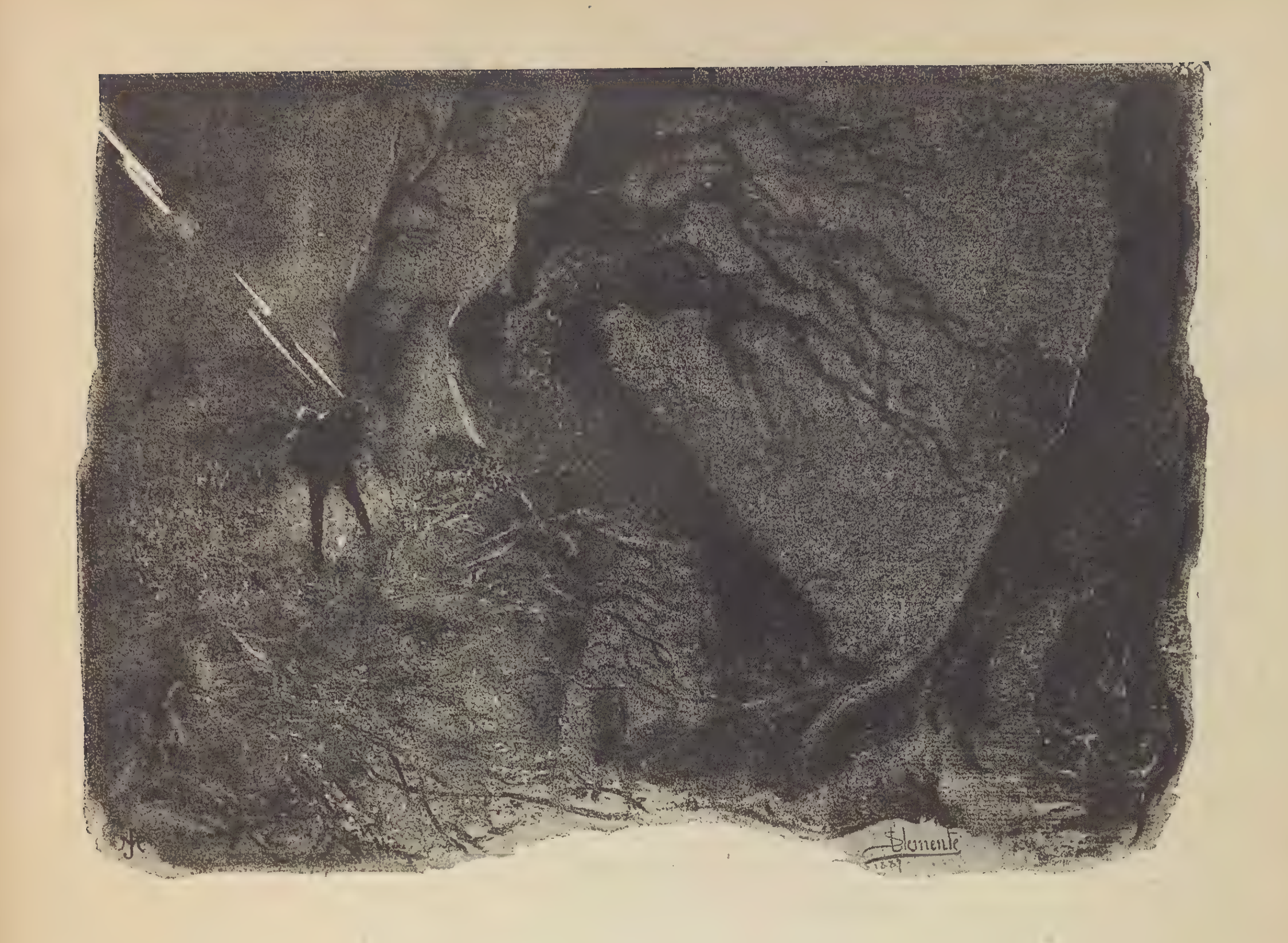
Sentí en el alma dormida
Sombras de pasión soñada.
Vine, y encontré un rival,
Y por celoso furor,
Por mi bien maté el amor
Y te odié para tu mal.
Te odié con furia espantosa,
Te odié por inmaculada,
Te odié por verte adorada,
Te odié por mirarte hermosa;
Por tu poder, por tu encanto,
Por tu altiva majestad,
Por mujer y por deidad,
Por tu risa y por mi llanto.
Y al mirarte vencedora
De mi patria, y al deberte
La vida, y al comprenderte
De mí tan reina y señora,
Y aparecer á mis ojos
Como sol, yo que querría
Fueses tú noche sombría
Que diese tedios y enojos,
Te odié más, y tal rigor
Ya impulsa mi voluntad
Que el deseo es crueldad
Y el apetito es rencor.
—A compasión me moviste,
Ingrato y ruin extranjero,
En el instante primero
En que te ví, en hora triste.
Te miré sobre un abismo
Por ansiar otro mayor,
Y tu rival, por mi amor,
Te salvó con heroísmo.
Volví á ofrecerte la vida
Junto á una hoguera espantosa,
Sin ver la llama horrorosa
Que estaba á tu ser prendida.

Quise, llena de bondad,
Y de mi padre en respeto,
Y por ley de su amuleto,
Ser en esta soledad
Para tí ¡clemencia vana!
Escudo contra la muerte,
Y endulzar tu aciaga suerte
Con el afecto de hermana.
Y como tal, yo tu encono
Humilde soportaría.....
¡Mas tú quieres la honra mía,
Y eso no te lo perdono!
¡Marcha, pues, de aquí, hombre fiero,
Marcha y busca do esconderte!
Pero..... ¿adónde?..... si la muerte
Va dentro de tı, extranjero.
¡Vete!
—¡Sí! con tu tesoro,
Y con tu hermosura hollada,
Y tu deidad profanada,
Y tu dolor y tu lloro.
Y ¡ahora mismo! ¡Es justa ley!
Soy extraño, aborrecido,
Soy humilde, soy vencido,
Y tú eres hija de un rey,
Y eres deidad, y un altar
Y un trono tienes..... Pues, mira,
¡Necia diosa de mentira!
Ahora te voy á probar
Los engaños de tu ser.
¡Va á disiparse el encanto!
¡Vas á quedar entre llanto,
Pobre, infamada y mujer!—
Y á Tlezuntelh avanzó
Mudo, terrible, espantoso;
Ella dió un grito furioso,
Y el cielo la contestó
Con fuerte voz de anatema,

Entre el turbión que estremece,
Con el trueno que ensordece
Y con el rayo que quema.
—¡Ruge, ruge, vendaval!
Gritó Aguilera sombrío,
¡Y tú, luz del rayo impío,
Sé tú mi antorcha nupcial!—
Y, cual coge el segador
El haz de mies y lo corta,
Aguilera, á quien no importa
Ni el espanto ni el clamor
De la deidad mejicana,
El cuerpo estrecha con furia,
Y al tratar de hacer la injuria
Más horrenda y más villana,
Entre estruendoso fragor,
Viva luz y vapor denso,
Ante él aparece, inmenso,
Terrible, amenazador,
Su aborrecido rival;
Y ella, rompiendo sus lazos,
Grita echándose en sus brazos:
—¡Sálvame, Xicotencal!
—De la tempestad el dios
Clemente escuchó tu ruego,
Y entre el huracán y el fuego
Me trajo en bien de los dos.
—¡Sálvame! ¡Que á ese hombre vil
Nunca vea!
—¡Tlezuntelh!
—¡Horror me causa mi piel,
Pues la ha rozado el reptil!
—¿Quieres que muera? Un castigo
Más tremendo voy á darle,
Pues voy la vida á dejarle;
Pero sin paz, sin abrigo,
Con asombros, con horrores,
Con angustias, con azares,

En el llano entre jaguares,
En la cumbre entre condores.
¡Eres fiera, y vivirás
Con ellas siempre!
—Pues cuida,
Ya que me dejas la vida,
No vuelva aquí.
—¡No vendrás!
¡Marcha! ¡Marcha!
—¡Voy en pos
De una venganza cruel!
¡Xicotencal! ¡Tlezuntelh!
Si aquí vuelvo, ¡ay de los dos!





XXIV.

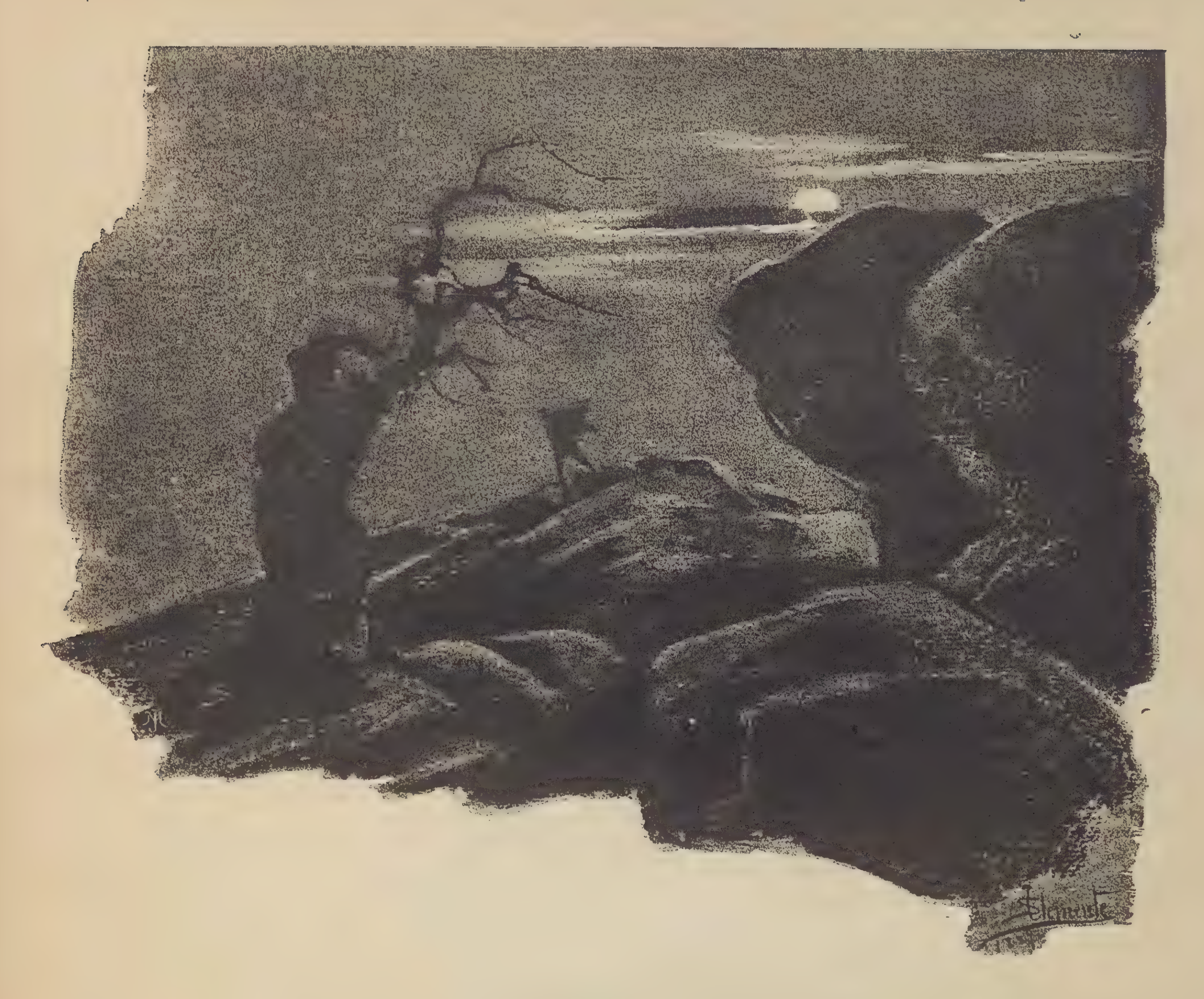
Y entre las veloces ráfagas
Del rugiente vendaval,
Deslumbrado por el rayo,
Y del trueno al retumbar,
Como vapor, como larva
Que engendró la tempestad,
Marcha Aguilera del templo
Que inicuo quiso manchar.
Pavorosa es la tormenta,
Terrible es el huracán,
Asolador el torrente
Y muerte el rayo fugaz;
Pero más espanto causa
Y amedrenta mucho más
Ver de aquel hombre maldito

La adusta, cárdena faz.
No quiso reñir osado
Con su temible rival,
Pues se vió inerme y pudiera
Darle la muerte el luchar.
El necesita vivir,
Pues bien le dice su afán
Que para vengarse mucho
Es necesario esperar.
¿Esperar?..... ¡Sí! El tlascalteca
Fué al templo de su deidad,
Lo que prueba que Cortés
No muy lejos de allí está.
Y él tiene fe en el valor
Del hispano General,
Y sabe que ó ha de morir
Ó en Méjico vuelve á entrar.
Y ese día..... ¿qué fortuna,
Que dicha tan sin igual
Pudiera su pensamiento
Delirante imaginar,
Que volver con sus rencores
Y su apetito brutal
Al lado de la india bella,
Acompañado quizás
De los sangrientos despojos
Del fuerte Xicotencal?
¡Ah! ¿por qué su mente pudo
Tal pensamiento forjar?
¿Por qué, cual hiena un cadáver,
Olfatea con afán?
¿El caudillo de Tlascala
No es para Cortés leal?
¿Sus guerreros no combaten
Por España? ¿Quién lograr
Puede que al buen aliado
Retire su afecto Hernán?
¿Quién? La sospecha, la duda;

Y en la guerra el sospechar
Causa la muerte. ¡Oh, qué horrible
Entre las tinieblas va!

Internóse en la espesura
Con planta firme y audaz,
Entre el turbión y entre el viento
Que hace al bosque rebramar.
Anduvo toda la noche
Solo, sin luz, sin señal,
Sin amparo, sin abrigo,
Sin comer, sin descansar.
Cayó cien veces al suelo
Desgarrando sin piedad
El cuerpo y el pobre traje
Que hecho mil jirones va.
Y le azotaron las ramas,
Látigos del huracán,
Y mil veces á su lado
Oyó el rugir del jaguar,
Y sintió de las serpientes
La horrible viscosidad.
Mas no le inquietan los miedos
Que el bosque y la noche dan.
¡Qué espantoso, qué terrible
Entre las tinieblas va!





XXV.

Y mientras marcha Aguilera
Entre el rugiente huracán,
Como larva, como sombra
Hija de la tempestad,
En el templo de la india,
Y á sus pies, postrado está
El guerrero de Tlascala,
El fuerte Xicotencal.
Arrobada le contempla
Con tierno y casto mirar,
Rendida por su hermosura,
Absorta en su majestad,
Admirando su valor
Y su amor puro y leal!

Le amó siempre; pero al verse
Por él salvada, al notar
Cuán humilde y cuán callado
El noble caudillo está
Pretendiendo de sus plantas
La suave huella besar,
Siente en dulce llama arder
Su corazón virginal.
—Levanta, exclamó, no quiero
Que me admires cual deidad,
Pues diosa cuyos altares
Un hombre puede manchar,
Más que humildes rendimientos
Merece tierna piedad.
—¡Tlezuntelh!
—Llámame así,
Tú, salvador de mi paz
Y de mi vida.
—Bendigo
Al dios de la tempestad,
Pues él aquí me condujo
Y él tu voz me hace escuchar.
—¿No estabas lejos?
—No.
—¿Vienen
Contigo otra vez quizás?...
¡No calles! Sé que Tlascala
Juró eterna enemistad
Á mi patria, y que con esos
Hombres que vomitó el mar,
Sus jefes y sus ancianos
Unidos por siempre irán.
—¡Ay, Tlezuntelh!
—Lo sé todo.
—¿Todo?
—Sí, Xicotencal.—
El caudillo de Tlascala,
Triste y nublada la faz,

Con voz sorda contestó:
—¡Aun ignoras la verdad!
Esos hombres maldecidos
Á quienes, por nuestro mal,
Mi patria ayuda y mi padre
Más que mi patria, eficaz
Poder tienen. ¡Los conducen
Dioses que airados están
Con vuestros dioses, y luchan
Sus aras por destrozar!
—¿Tú lo crees?
—Los ví en Otumba
Con pavor, con ansiedad,
Con admiración, con pasmo,
Con envidia y con afán.
Del bosque por la espesura,
Solo y sin descanso va
El «Rojo»: marcha entre horrores,
Entre lluvia y vendaval;
Pues entre lluvia de flechas,
Y de gritos tempestad,
Y espesura de guerreros
Imposibles de contar,
Yo contemplé los despojos
De esa hueste, en colosal
Lucha, matar y vencer,
¡Vencer á la inmensidad!
No están lejos, no. Tezcuco
Sus puertas les abrirá,
Y otra vez vuestras lagunas
De sangre se teñirán.
¡Ay, Tlezuntelh! me da miedo
Verte en esta soledad.
Si un vencido osó ofenderte,
¿Mil vencedores qué harán?
—¿Qué quieres?...
—¿Querer? Yo imploro:
Torna á Méjico. Hallarás

A un pueblo que en tu defensa
La existencia perderá.
—¿Das por cierto que esos hombres
Triunfen?
—Sí.
—¡Xicotencal!
—¡Tal es mi amarga desdicha!
Miro sangre derramar
De los míos, en amparo
De los que aborrezco más.
—No te comprendo.
—Yo cumplo
Leyes sagradas. Luchar
Debo por los que mi padre
Tiene en tan gran amistad.
—¡Para nuestra ruina!
—Sí,
Tlezuntelh; mas ve brotar
De mis ojos llanto acerbo,
Y que él te mueva á piedad.
Ya no debo por más horas
Mis secretos encerrar
En alma que ya no es mía,
Pues perdió la voluntad.
Te amo, Tlezuntelh, te adoro,
Y bien puedo confesar
Este amor, si de perderte
Se acerca la hora fatal.
—¿Qué dices?
—Que á consagrarte
Voy mi vida. Si en tenaz
Odio ardieron nuestras razas,
Yo sólo te supe amar.
Y pues contra tí ayudé
Al conquistador audaz
Por quien tu padre y monarca
Perdió vida y libertad,
Te debo toda mi sangre,

Y te la ofrezco en señal
De mis afectos.
—¿Qué intentas?
—Tus guerreros te dirán
Que en el combate primero,
De Tlascala el general
Pereció como la cierva
En las garras del jaguar.
—¿Y tú pretendes morir?
¿Y tú por mí morirás,
Por mí que ciega te adoro,
Por mí que llegué á olvidar
El cielo, la ley, la patria,
Cuanto respetaba más?
¿No hay desierto adonde huir?
¿No hay selvas donde habitar?
¿No hay cuevas donde esconderse?
¿Y no hay otras patrias más
Que las nuestras, donde puedan
Nuestros pechos palpitar,
Y al aire, á la luz, al cielo
Decir su amor?
—¡No las hay!
En el desierto, en la selva,
Cada ruido haría temblar
Tu corazón, temeroso
De un vengador...
—¡Ten piedad!
—De la cueva entre las sombras
Fantasmas verías brotar,
Y en extranjeros países,
Poblados de soledad,
Fueran amarga ponzoña
Los recuerdos de ese altar.
¡Ay, Tlezuntelh! pues ahogo
Sueños de felicidad
Y mato mis esperanzas,
Es porque sé, por mi mal,

Que hay destinos infelices
Que no se pueden juntar.—

Se alzó el guerrero. Sus ojos
Con relámpago fugaz
Brillaron. Por sus mejillas
Se vió llanto resbalar;
Acercóse á Tlezuntelh,
Que inmóvil y muda está,
Y mostrándole las puertas
Del templo, por las que van
Entrando entre vivas llamas
De ópalos y de coral
Las esencias aromosas
Que á su abrir las flores dan,
Exclamó: «¡Virgen azteca:
Me trajeron á tu hogar
El trueno, el viento y el rayo,
La noche y su obscuridad!
Que tú no puedes ser mía,
El sol lo viene á probar,
Pues entre sus resplandores
De fúlgida claridad,
Mi pasión, que habló entre sombras,
Vuelve de nuevo á callar.»
Y conmovido y lloroso,
El templo de la deidad
Abandonó, y en la puente
Metióse con raudo andar.
La diosa lanzó un suspiro;
Miró con viva ansiedad
Á su alrededor... y ¡ay, triste!
Vió un abandonado altar,
Y una bandera que en sangre
De su pueblo tinta está.
El altar grita: ¡sacrílega!
La bandera: ¡desleal!
Bien razonó el tlascalteca;

« Es imposible juntar
Sus destinos » : que quien ama
Contra su ley, por su mal,
No le queda otro consuelo
Que amargamente llorar.





XXVI.

Meses pasó Aguilera
De angustias y dolores,
De horribles ansiedades,
Huyendo como fiera,
Por las, llenas de asombros y terrores,
Mejicanas, incultas soledades.
¡Ah! ¿quién reconociera
En el pobre proscrito al sevillano
Galán y jugador y pendenciero,
Indómito guerrero,
Azote del Imperio mejicano?
La crespa cabellera le caía
Sobre los ojos, y la barba inculta
Todo el desnudo pecho le cubría.
Melena de león desfallecido
Que no se eriza ya con el rugido

Que á la callada selva estremecía.
En un nudoso palo apoya el peso
De la encorvada espalda, y vacilante
Lucha con la fatiga y el acceso
De sed devoradora,
Y marcha siempre errante
Esquivando á la muerte aterradora
Que de sus pasos va siempre delante.
¡Cuántas veces con ansia interrogaba,
Desde la cumbre de escarpado monte,
Al bosque, al valle, á la llanura herbosa,
Y tenazmente en la extensión buscaba,
Sus ojos traspasando el horizonte,
El dulce hogar de Tlezuntelh hermosa!
¡Ay, desdichado de él! ¡No lo encontraba!
¡Cómo recuerda, entre su amargo lloro,
Aquel hogar en que sembró el espanto!
De la deidad olvida el puro encanto,
De la fortuna el fúlgido tesoro,
No el protector abrigo
Que brindó el techo amigo
Prometiendo consuelo á su quebranto.
Huyendo de los hombres recorría
La virgen selva umbrosa
En que el bisonte atronador mugía,
El llano que la cierva atravesaba,
El agrio peñascal en que anidaba
El altivo condor, y la musgosa
Grieta donde la sierpe se escondía.
¡Huir de los hombres, cuando hambriento, inerte,
Cansado, herido, con afán anhela
Un hogar ¡un hogar! y ve á la muerte
Siendo de cada choza centinela.
¡Pasar así la vida! ¡Disputando
Á la fiera la presa desgarrada,
En los turbados sueños evitando
Del vil reptil el ponzoñoso aliento,
Ó del jaguar el hambre no saciada,

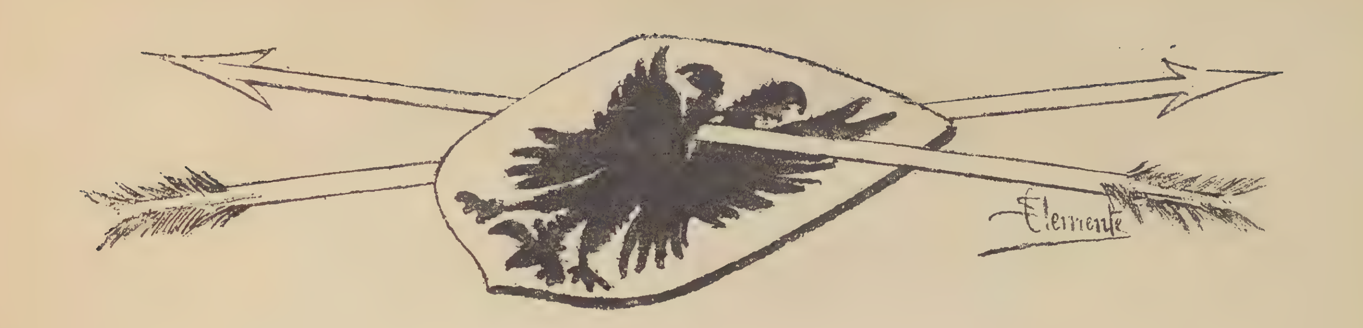
O del salvaje astuto el cruel intento!
¡Cuánto el triste sufrió! ¡Qué atroz castigo
El tlascalteca le infligió, prcbando
Ser valiente y al par ser enemigo!
Su pecho altivo y fiero
No se domó, que fuerte resistía
Como probado acero
Al rudo embate de la suerte impía.
Y cuanto más padece, más encierra
El odio y el rencor, y más ansía
El peso de la vida que le aterra.
«¡Quiero vivir, porque vengarme espero!»
Repite sin cesar, y viene á tierra,
Siendo su voz gemido lastimero.
¿Vengarse? ¡Qué irrisión! Mas ¿qué esperanza
Tiene más fuerza y brío
Que la que es hija de la atroz venganza?
Nada logra mirarla destruída,
Ni el tiempo, ni aun el frío
De la muerte quizás; que los rencores
Son los que más anhelan otra vida
La eternidad cuajando de dolores.

Sobre una cima estaba,
Y sobre roca estéril asentado.
Espantable demonio semejaba,
De resplandores cárdenos bañado.
Sus manos comprimían la ardorosa,
Llena de arrugas, marchitada frente,
Y con febril mirada lastimosa
Abarca la extensión que el sol naciente
Baña de tintas de carmín y rosa.
Á sus pies el arroyo serpentea
Tapizando las márgenes de flores;
Luego el bosque, esmeralda que recrea
La vista con sus tonos y colores;
Luego el llano, detrás la cordillera
Que en escalones de montañas sube,

Esparciendo su falda en la pradera
Y su cerviz metiendo en la alta nube.
¡Todo de luz purísima inundado!
¡Todo en calma feliz! ¡todo risueño!
De un apacible sueño
Natura con el sol ha despertado.
Cruza el éter con vuelo poderoso
El águila caudal; teje su nido
El colibrí, medroso,
En el magüey de zarzas revestido;
Blandamente murmura
El arroyo entre guijas sonoroso;
En el bosque pregonan su ventura
Las aves con suavísima armonía;
Y pacen descuidadas
En la fértil llanura
De bisontes innúmeras manadas.
¡Todo canta á la paz y á la alegría!
Sólo de Lope al corazón impío
No llegó el dulce bálsamo que envía
La aurora entre sus gotas de rocío.
¡Cuán inmóvil está! Sólo en sus ojos
Tener vida parece. En su mirada
Reconcentra su afán y sus enojos.
¡Da un grito!... ¿Qué miró?... Si no vió nada,
¿Por qué la risa brota de sus labios?
¿Por qué su crispación? ¿Por qué bañada
Se mira de sudor su helada frente,
Y entonces más su encono y sus agravios
Amontona con júbilo en su mente?

Allá lejos blanquea
Por las vertientes de escarpadas lomas
El enjambre de casas de una aldea
Como revuelto bando de palomas.
El llano por intérvalos humea,
Y el humo aquel que el español advierte
No simboliza del hogar sereno

El dulce amor que la familia entraña;
De aquel humo en el seno
Como rayo fugaz vuela la muerte
Á llevar el terror á la cabaña.
En las ondas del viento ha percibido
Un resonante trueno,
Y un relámpago el humo ha desprendido.
¡Es el cañón hispano el que resuena,
El cañón de Cholula y de Tlascala
Que, otra vez vencedor, al valle atruena
Y de su boca el exterminio exhala!
Don Lope dió un rugido penetrante;
Se irguió, se agigantó, miró orgulloso
Al valle, al bosque, al cielo;
Amenazó furioso
Á algo que está detrás del horizonte;
Y mudo y palpitante,
Y con convulso anhelo,
Cual un reptil lanzóse por el monte
Y emprendió una carrera, delirante.
De indios halló un tropel, buscó salida,
Encontró luego multitud guerrera;
Su arma salvaje le salvó la vida,
Y, más que el arma, su valor de fiera.
Llegó al fin á los reales del hispano,
Y vió á Xicotencal; y si quisiera
Alzar á Dios su voz, el odio insano
La plegaria en blasfemia convirtiera.



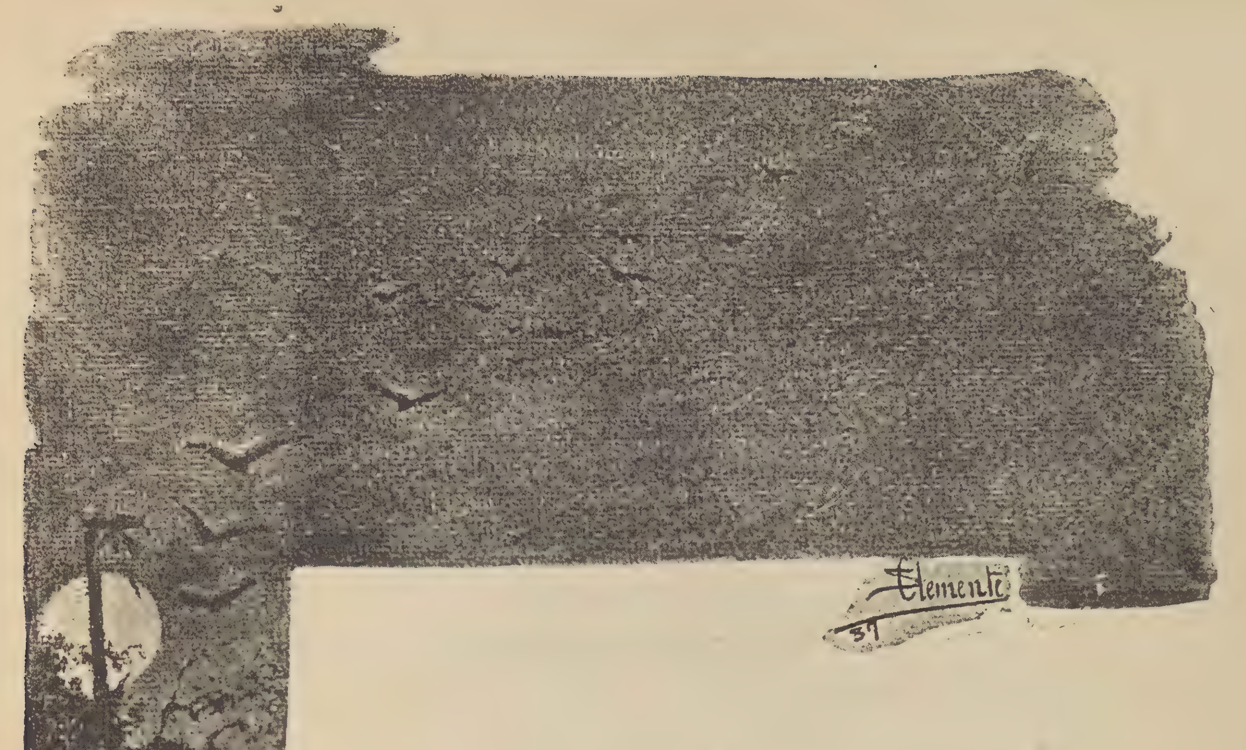
XXVII.

Allí está Xicotencal;
Al ver al «Rojo» se pasma,
Pues juzga horrible fantasma
La imagen de su rival.
Pero con terror advierte
Que vive aquel hombre fiero,
Pues no existe carcelero
Seguro, más que la muerte.
Muy pronto llegó Cortés,
Y de alborozo radiante,
Vivo raudal incesante
De ansiosas preguntas es.
—¡Al fin te miro llegar!
—Volé á tí como condor.—
Y dijo al indio:—¡Traidor!
Vengo á tí como jaguar.
—¿Mucho padeciste?
— Sí.
—De tus heridas lo infiero.
—¡Mucho he de gozar!
—Lo espero.
—Pero en Méjico, no aquí.
— Pronto en Méjico estarás.
—Pues bendigo el padecer,
Que él me ha de dar el placer
De vengarme mucho más.

—¿Tienes odios?
—No te asombre.
—¿De quién?
—De quien mucho escudas.
—¿Es... Xicotencal?
—Es Judas
Que tomó de ese indio el nombre.
—¿Le odias?...
—Porque lo vencí—
Dijo el indio—y lo salvé,
Y luego lo perdoné,
Y luego vida le dí.
—¿Qué dices?...—
Y con furor
Exclamó Aguilera:—¡Miente!
Que me dió vida inclemente
Por darme pena mayor.
Por él errante y sin calma,
Sin reposo y de hambre yerto
He atravesado el desierto
Con un infierno en el alma.
Por él tengo una pasión
Tenaz, invencible, loca...
¡Oh, quisiera con mi boca
Morderle en el corazón!
—Cálmate.
—¡Dame un puñal!
—Arma su rencor ardiente.
—Indio, venciste en la puente,
Pero venciste muy mal.
—Aquí un misterio se encierra.
¡Hablad presto!
—¡Sí por Dios!
—No calles, Jefe.
—Los dos
No cabemos ya en la tierra.
—Tú le acusaste.
—Sí tal.

—¡Y de traición!
—De traición.
—Responde á esa acusación,
Responde, Xicotencal.
—¿Qué puede responder él?
Interrógale con calma.
Pregunta á quién dió su alma.
¡Háblale de Tlezuntelh!
Que él te diga á quién juró
Protección fuerte y sincera;
Que él te diga lo que quiera,
Menos que te engaño yo.
—¿Ni un eco tu boca exhala?
—Te digo lo que otras veces:
Yo sólo tengo por jueces
Á mi padre y á Tlascala.
Mi república sabrá
Hacer desatar mi lengua,
Y si obré bien ó con mengua
Ella justa lo dirá.—

Y arrogante se alejó.
Quiso seguirle Aguilera;
Mas con mirada severa
Cortés su afán reprimió,
Y quedóse meditando,
Y leyendo en su memoria
Del tlascalteca la historia
Y en ella tenaz pensando.
Y al caudillo vencedor
Oyó Aguilera decir:
«¿Don Lope podrá mentir?
¿El indio será traidor?»



XXVIII.

¿Era traidor? En la lucha
Siempre combatió con honra;
Siempre sus fuertes guerreros
Sujetaron la victoria;
Siempre sus bárbaras huestes
Á la lid corrieron prontas,
Y su sangre derramaron
Bajo la enseña española.
Pero no olvida el caudillo
Ni sus pasadas derrotas,
Ni los bochornos comprados
Con sus generosas cóleras.
No olvida que de los triunfos
Él pequeña parte cobra,
Y que su sangre derrama,
Y Hernán recoge la gloria.
Que hay muerte para los suyos,
Para el hispano coronas;
Que su patria hace la guerra,
Y España conquistas logra.
No olvida los agasajos
Y las nunca vistas pompas

Con que á Cortés recibieron
Sus torpes compatrïotas,
Nada olvida, y sus rencores
Insanos más fuerza toman
Cuando su pecho palpita
Por la mejicana diosa.
Servir á quien se aborrece
Y en contra de quien se adora,
Es necedad y es locura
De su corazón impropias.
Ya la vuelta de Tlascala
Piensa emprender con las sombras
De la noche, y al Senado
Dar razones poderosas
De tal acción, y á su padre
Pedir clemencia piadosa.
Quiere renunciar el mando
De las tlascaltecas tropas,
Dejar riquezas y honores,
Dar al olvido sus glorias,
Y volar á do le llaman,
Más que su amor, sus congojas.
Ser de Tlezuntelh amparo,
Centinela de su honra,
Consuelo de sus desdichas
Y de su hermosura idólatra.
Ha visto al «Rojo», y presiente
Venganzas mil pavorosas.
Pudo ayudar al hispano,
No al baldón de la que adora.
Tal medita y tal resuelve;
Y al llegar la noche, toma
El camino de Tlascala
Con gran porción de sus tropas.
Cundió al punto la noticia,
Que mucho á Hernán acongoja,
Pues deserción tan menguada
Todos sus planes trastorna.



Está frente á la laguna
De Méjico, que, horrorosa,
Presenta de noche triste
Visiones aterradoras.
Se ve frente á la magnífica
Ciudad, perla encantadora
Que quiere engastar de Carlos
Á la espléndida corona.
Y cuando sus esperanzas,
Cual él sublimes, heróicas,
Van á lograrse, el caudillo
De Tlascala las transforma
En temor, en duelo, en luto,
En recelos y en zozobras.
Que si cunde el mal ejemplo
De las huestes desertoras,
Y las de Chalco y Tezcuco
En trance tal le abandonan,
No le queda otro remedio
Que apriesa ganar la costa,
Ó buscar en el sepulcro
El olvido á empresas locas.
Tal pensamiento le oprime,
Y su corazón agobian
Penas que se vuelven iras,
Iras que en furor se tornan.
Medita ejemplar castigo
Para atajar tales obras,
Y la marcial disciplina
Muerte á tal culpa pregona.
El «Rojo», que está en el lecho
Por la fiebre que le postra,
Del indio sabe noticias,
Y á Hernán con ansia interroga.
—Deja que vaya en su busca,
Que yo el castigo le imponga,
Que es bien que mucho se vengue
El alma que mucho odia.

Cortés le mira sañudo
Y el torpe discurso corta.
—Pues no le venció tu espada,
No le venzas con la soga.
—¡Ahorcado!
—¡Sí!
—¿Pronto en Méjico
Piensas entrar?
—Que me acorra
Dios, y dentro de dos meses
España tendrá esa joya.
—¿Me harás merced?
—Las que pidas.
—Yo te demando una sola.
Me concederás que vaya
Adonde mucho me importa...
¿Esa licencia...?
—La tienes.
—Pues deja que bese ahora
Tus plantas, porque me has dado
Lo que más mi alma ambiciona.—
Y el nombre de Tlezuntelh
Rugió entre sangre su boca.





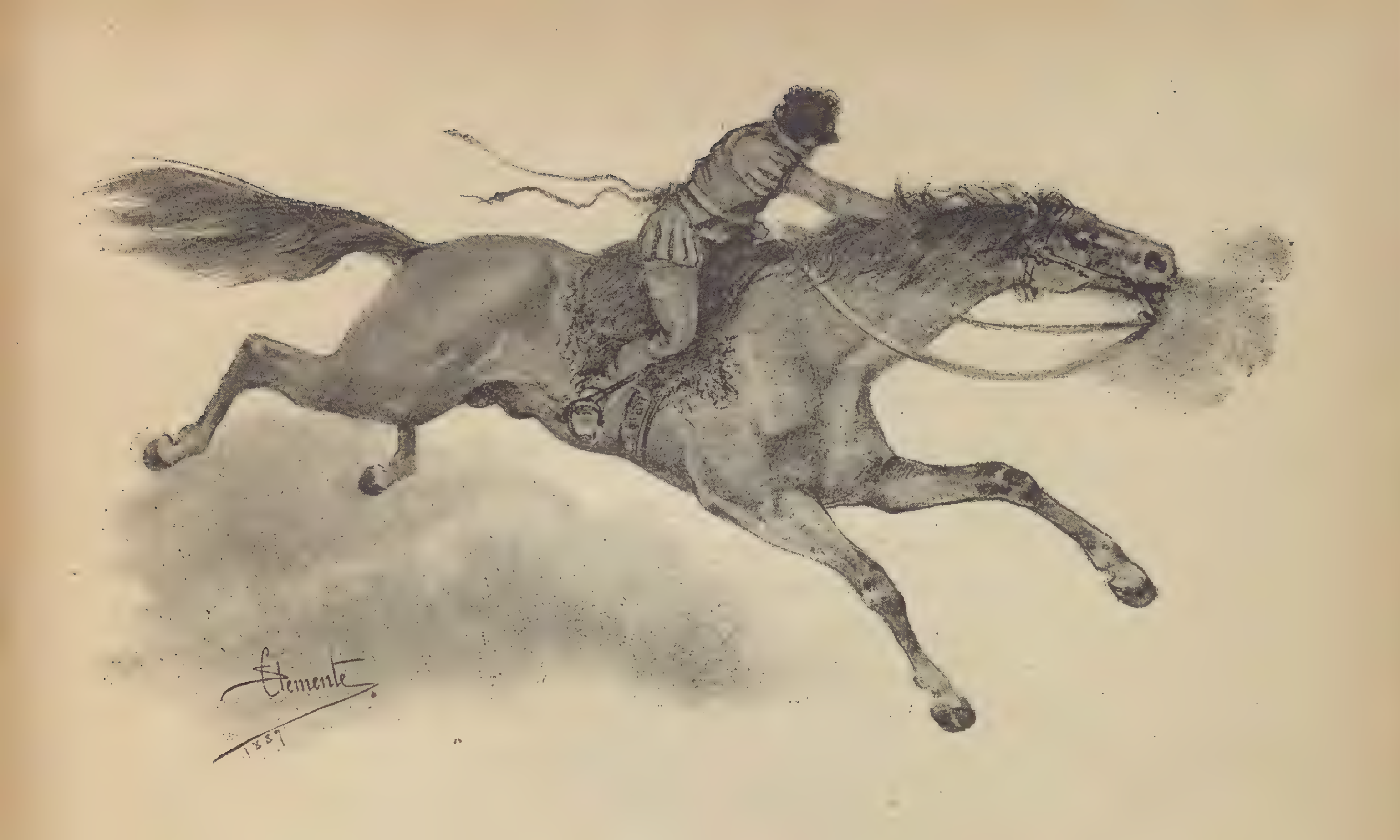
XXIX.

Tres meses, tres largos meses,
Pasó Cortés esperando
Lograr de sus ambiciones
Los sueños más adorados.
Toda aurora halló despierto
Al extremeño preclaro,
De la laguna en la orilla,
Y siempre absorto mirando
Á la ciudad valerosa,
Ocasión de sus cuidados,
Imán de sus esperanzas,
Término de sus trabajos.
No hubo día sin combate,
Hora sin afán amargo,
Minuto sin asechanza,
Instante sin sobresalto.
Iztapalapa y Tacuba,
Suchimilco, Otumba, Chalco,
Cuyoacán y Gualtepeque
Y Quetlabaca, probaron

Con cien sangrientas batallas
En sus montes y en sus lagos
Que si es glorioso el esfuerzo
Y el valor del mejicano,
De Cortés son invencibles
La fe y el genio y el brazo.
Miró la horrenda laguna,
Sepulcro de tantos bravos,
Sulcar sus fúnebres ondas,
Muerte y luto pregonando,
Bergantines españoles,
Grandes monstruos vomitados
Por las selvas de Tlascala,
Y que raudos navegaron
Hasta llegar á las sirtes
Sobre un mar de hombros humanos.
Miró la horrenda laguna
Sobre sus azules mantos
Más chalupas que en su fondo
Peces huyen asustados.
Miró la horrenda laguna
Mil lances extraordinarios
Y mil luchas que causaran
Á Marte y Neptuno pasmo.
Miró la horrenda laguna
Al buen Pedro de Alvarado
Hacer portentos que cuenta
La historia como milagros.
Vió al ínclito Sandoval,
Que bien se llama Gonzalo,
Pues del capitán famoso
Sigue los gloriosos pasos,
Y á Olid, el siempre valiente,
Y á Alderete, el desgraciado,
Y á Núñez, el paje y héroe,
Y á Holguín, militar bizarro
Á quien concedió fortuna,
Como premio señalado,

Que á él cautivo se entregara
El Monarca mejicano,
No porque desfalleciera
De su corazón el ánimo,
Sí por ansiar que acabasen
De su pueblo los estragos.
¡Ah, qué dichoso fué el día
Trece de Agosto del año
Mil quinientos veintiuno
Para Cortés y su bando!
¡Con qué voces de alegría
Resonó el cañón hispano
Entonando á la victoria
El más estruendoso cántico!
¡Cómo estremece á la selva
Y cómo amedrenta al llano
Aquel zumbido que un monte
Á otros manda en ecos varios!
¡Méjico yace rendido!
¡Otro imperio tiene Carlos,
César cuyo invicto nombre
Causa orgullo pronunciarlo!
Y Cortés, héroe de héroes,
Ve que el pendón castellano
Su seda enlaza glorioso
De la Cruz sobre los brazos.





XXX.

Tendida la crin al viento
Y el largo cuello tendido,
Fuego alentando entre espuma
Que baña de copos níveos
El fuerte y carnoso pecho
De negro y lustroso brillo,
El ijar teñido en sangre,
De ardiente sudor vestido,
Dándole ardor la fatiga
Y el cansancio poderío,
Potro del que se dijera
Para ser rayo nacido,
Corre ó vuela, pues parece
Ser cuerpo del viento mismo,
Y ser azote del suelo,
Pues atrás deja encendidos
Á los duros pedernales
Con sus cascos diamantinos.
Oprime del noble bruto

Los lomos jinete altivo
Que le hiere con la espuela
Y le anima con el grito.
Lleva gran prisa aquel hombre,
Pues, sin notar los peligros,
Hace saltar al caballo
Arbustos, zanjas y abismos.
Que va á una empresa de muerte
Lo prueban las que en el cinto
Bien preparadas pistolas
Se ven, y el largo cuchillo
Que hace juego con la espada
De ancha hoja y dobles filos.
Muy extraordinaria empresa
Y de lances muy distintos
Debe de ser, pues asoma
Un cordel delgado y fino
Por su coleto, y un saco
Bien reciamente tejido.
¡Un saco! ¡un cordel! ¿Dó marcha?
¿Qué busca? ¿Por qué del sitio
Donde á España se celebra
Con alegres regocijos,
Y se pregonan victorias,
Y al cielo se elevan himnos,
Se aleja solo aquel hombre
Con rostro fiero y sombrío?
¡Es Aguilera! ¡Es el «Rojo!»
Y todo el nombre lo ha dicho.
Él no demandó laureles,
Él alabanzas no quiso,
Él no pretendió contentos,
Él de entusiasmos no es digno.
En medio de los aplausos,
Del clamor y el vocerío
Con que las tropas celebran
Á su general invicto,
Sordo á la voz de la patria,

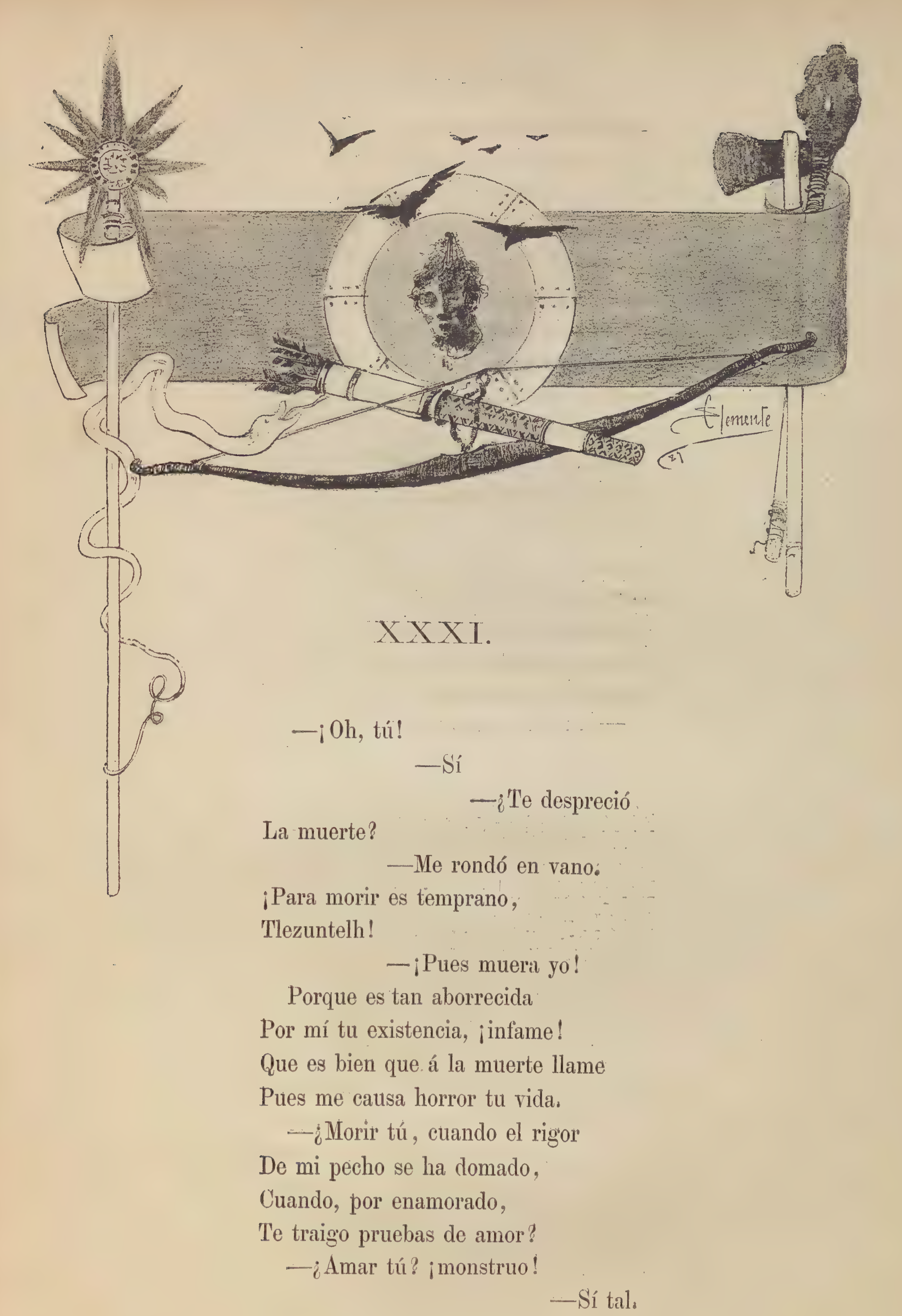
Lope se acercó al caudillo
Y le recordó promesas
Del más ansiado permiso.
Alcanzólo, y desdeñando
Los cariñosos oficios
De amigos y compañeros,
Deja el azteca recinto
Y á los campos de Tezcuco
Le hacen volar sus designios.
¡Ah! de repente sus ojos
Lanzaron fulgor impío,
Cruel risa agitó sus labios,
Sus sienes atroz latido.
Su corazón golpeaba
Como en el yunque el martillo,
Y porque no se rompiera
Lo apretaba convulsivo
Con sus manos, que parecen
Garras de buitre carnívoro.
Pára el caballo, se apea,
Ata el corcel á un hibisco,
Empuña el cordel y el saco
Y echa al aire el cruel cuchillo.
¡Espléndido, hermoso día,
De luz radiante vestido,
Inundado de perfumes,
Cuajado de alegres himnos!
Blandamente mueve el aura
Las frondas del bosque umbrío,
Llenando el ambiente espacio
De aromas suaves y tibios.
Lento corre el manso arroyo,
Cuyo espejo cristalino
Es encanto de la cierva
Por reflejar sus hechizos.
Todo en el bosque reposa.
Ni el pavo salvaje gritos
Lanza, ni el bisonte muge,

Ni da el colibrí zumbidos.
Todo reposa en el bosque;
Hasta el jaguar, que extendido
Olvida en pesado sueño
Sus sanguinarios instintos.
¡Hasta el jaguar! Sólo un hombre
Odios despierta maldito.
¿Qué mira el «Rojo», que absorto
Parece estar y embebido
Con visiones más hermosas,
De más dulces atractivos
Que las que presta natura
Con sus encantos purísimos?
¿Ve quizás al ágil corzo
Saltar los verdes espinos
Y, retozón, de sus padres
Llegar al herboso aprisco?
¿De las bellas mariposas
Los mil inconstantes giros,
Ó el posar sobre las flores,
Mirando así confundido
En dulces besos de amores
De cielo y tierra el hechizo?
¡Mira un árbol! ¡Qué frondoso
Es su ramaje y qué erguido!
¡Cómo de sus largos brazos
Cuelgan pomposos racimos
De frutas que entre esmeraldas
Semejan corales finos!
¡Cómo entre el verdor se escucha
Saltar á los pajarillos
De una rama en otra, dando
Al compás del salto el trino!
Mas ¡ay! ¿qué espectro terrible
Entre tantos atractivos
Se mira balancearse,
De horror llenando al vacío?
¡Allí estaba! ¡Él era! ¡El Jefe

De Tlascala! ¡El buen caudillo,
En el consejo sesudo,
En la batalla atrevido!
¡Allí estaba! ¡Él era!—¡El noble
Xicotencal! ¡Mudo, frío,
Inerte, de sol bañado
Y por el sol corrompido!
Pendiente está de una soga
Que ahogó su cuello, en que el grito
Del combate resonara
Como aterrador rugido.
Atadas tiene las manos
Á la espalda, y fuertes grillos
Sujetan los pies que siempre
Corrieron tras de enemigos.
Bajo sus pies, en el suelo,
Lanzando tristes gemidos
Dos aves revolotean.
¡Ay! la soga rompió un nido,
Rodó al suelo, y las dos aves
Que con afanes prolijos
Lo tejieron y miraron
Su dicha en tan breve asilo,
Preguntan al pobre ahorcado
El por qué su amor deshizo.
¡Oh, la muerte entre la vida!
¡Servir un árbol lo mismo
Para refugio del ave
Que para horrible patíbulo!
¿Por qué la naturaleza
No seca el raudal magnífico
De la vida en esos troncos
Que la muerte suyos hizo?
El «Rojo» trepó á las ramas,
Cortó la soga, y el indio
Cayó en tierra, levantando
Con el golpe ecos tristísimos.
Bajó Aguilera del árbol,

Cercenó con su cuchillo
La cabeza del cadáver,
La hundió en el saco, y prolijo
Cerrólo, dando mil vueltas
Al cordel delgado y fino.
Quedó el putrefacto tronco
Sobre el destrozado nido.
Montó Lope su espantado
Corcel, que, por compasivo,
Y por no sufrir tal carga,
Volvió rayo, si aire vino.
Y cuando paró de nuevo,
Junto al puente que un abismo
Cruza y á un templo conduce,
Cayó muerto de rendido.
Cruzó Aguilera la puente,
Tras sí escondiendo furtivo
El saco, y á Tlezuntelh
Se apareció de improviso.





XXXI.

—¡Oh, tú!
—Sí
—¿Te despreció
La muerte?
—Me rondó en vano.
¡Para morir es temprano,
Tlezuntelh!
—¡Pues muera yo!
Porque es tan aborrecida
Por mí tu existencia, ¡infame!
Que es bien que á la muerte llame
Pues me causa horror tu vida.
—¿Morir tú, cuando el rigor
De mi pecho se ha domado,
Cuando, por enamorado,
Te traigo pruebas de amor?
—¿Amar tú? ¡monstruo!
—Sí tal.
Y con pasión ciega y loca.
—¡Qué sonrisa hay en tu boca

Tan atroz, tan infernal!
   ¿Qué pruebas son esas?... ¡Dí!
¿Por qué tu risa me espanta?
—¡Qué sé yo! Mi dicha es tanta
Que causa sorpresa en tí.
   ¿Rechazas mi amor sincero
Como aleve y como impía,
Y te aterra mi alegría?...
—Con tanto terror, que muero.
   —¿Amaste á Xicotencal?...
—¡Cuanto te aborrezco á tí!
—¿Y quisieras verlo?...
                                        —¡Aquí!
¡Y ahora mismo! ¡Y por tu mal!
   Miedo tuvieras al ver
Al que, por bien despreciarte,
Quiso altivo perdonarte
Mostrándote su poder.
   —Si aquí inerme me matara,
Sobre felón, no tuviera
Quien sus encargos cumpliera,
Ni tú quien hoy de él te hablara.—
   Y con júbilo infernal
Rompió el saco, y con fiereza
Sacó la yerta cabeza
Del triste Xicotencal.
   —¡Mira, Tlezuntelh! ¿Lo ves?
¡Fué tu amor, tu paraíso,
Tu amante que, aun muerto, quiso
Besar una vez tus pies!—
   Y el cráneo arrojó. Rodando
Y negra sangre vertiendo,
Vió la india aquel horrendo
Despojo sus pies manchando.
   Lanzó un aullido de fiera;
Y convulsa y erizada,
La cabeza mutilada
Recogió; dando á Aguilera

Espanto y horror el ver
Cual con furiosos antojos
Á los infectos despojos
Besaba aquella mujer.
—¡Mira, monstruo!—Ya mi amor—
Exclamó de angustia loca—
Puede confesar mi boca
Sin miedos y sin rubor.
Con mi adorado me enlazas:
Ya no hay siniestros temores;
Ya no hay leyes, no hay rencores,
¡La muerte unió nuestras razas!
Mira, pues, los embelesos
Ardientes de mi pasión.
¡De enamorada estos son
Los que doy primeros besos!—
Y haciendo espantosa injuria
Á su boca sonrosada,
La cabeza ensangrentada
Besaba con loca furia.
Aguilera un paso dió,
Quiso arrancar de sus manos
Los despojos inhumanos,
Y entonces la india se irguió;
Miró á Aguilera, y demente,
De su amor haciendo alarde,
Le dijo: «¡Toma, cobarde!»
Y sangre escupió á su frente.
Entonces pasó algo horrible.
Rodó el cráneo; vino al suelo
Tlezuntelh, y con anhelo,
Y mudo «el Rojo», y terrible,
Contra el suelo la apretó
Lanzando una carcajada...

. . . .

. . . .

Ella dió un grito espantada,
Y en llanto acerbo rompió.

—¿Lo ves? ¡Luchaste y vencí!
¡Ahora yo mando!
—¡Y yo imploro!
—¡Quiero todo tu tesoro!
¡Obedece, esclava!
—¡Ay, sí!...—
Y cual sencilla flor de la pradera
Por segur implacable derribada,
Tlezuntelh, á las plantas de Aguilera,
Al peso del dolor quedó postrada
Y llorando el baldón que la rindiera.
—¡Todo es tuyo! exclamó. De mi albedrío
Fuistes el forzador. ¡Ya estoy vencida!
Dispón de mi tesoro; ya no es mio.
Ya sólo puedo conservar la vida
Para llorarla entre terror y hastío.
¡Diosa, cayó mi altar roto en pedazos!
¡Hermosa, fuí juguete de un deseo!
¡Mujer, perdí el honor entre tus brazos!
¡Amante, tu rival es tu trofeo!
¡Enemiga, me ciñes en tus lazos!
Derriba el ara, á la mujer humilla,
Ceba en la azteca tu rencor triunfante;
Pero, pues dobla humilde la rodilla,
Deja que llore una infeliz amante
La muerte de su amor y su mancilla.
¡Deja que llore!
—Tus tesoros quiero.
Por ellos te concedo esos despojos
Que yo animára con encono fiero
Y lumbre diera á sus cegados ojos,
Porque aquel mi rival ¡tan altanero!
Hoy te viese vencida y domeñada,
Y rendida á mis piés, y envuelta en llanto,
Á tí, diosa de carne venerada,
Á tí, mujer á que adoraba tanto,
Á tí, flor para él siempre cerrada.
—¡Déjame, por piedad! ¿No ves que loca

Confieso ahora mi amor porque le miro
Sordo y mudo á mi voz?... ¡Ay, si su boca
Pudiera responder á este suspiro
Que de horror que lo escuche se sofoca!
¡Ay, si sus ojos, en que el sol ardía,
Viesen el llanto de mis tristes ojos,
Y hollada y rota por tu mano impía
La virgen hermosura que de hinojos
El ni á mirar siquiera se atrevía!
¡Déjame, por piedad!... Bajo del ara
El tesoro sagrado existe oculto.
Rompe el altar que tu impiedad manchara,
Llévate el oro, déjame el insulto
Que más con tu presencia me acibara.
¡Marcha, marcha de aquí! ¡Yo te lo ruego!
—Hay tiempo para todo.
—¡Huye, tirano!
—Nieve eres hoy; mañana serás fuego,
Y que no parta rogarás en vano
Demandando mi amor y tu sosiego.

. . . .

. . . .

Y al altar se acercó; con fuerza ruda
Empujó el ara, que rodando vino
Al suelo con fragor, mientras que muda
Piensa la india en su cruel destino.
Bajo la piedra, en encendida llama,
Brilló el oro y la rica pedrería,
Y aquel inesperado panorama
Tal turba del audaz la fantasía,
Que lo juzga ilusión, mágico encanto.
Y el oro palpa y mira, y se enloquece,
Y sus ojos irrita, y le da espanto
Ver que la realidad sueño parece.
Y hunde los brazos en aquel tesoro,
Y con nerviosa crispación agarra
Puñados de diamantes y de oro,
Y los suelta, y los coge, y se desgarra

Manos y corazón; y en la congoja
Piensa morir, porque al latir violento
¡Mísero! cree que el corazón arroja
Oleadas de sangre al pensamiento.

Bañado en frío sudor, yerto, crispado,
Se tendió sobre el oro, y bien quisiera
Tener mil brazos, porque bien guardado
El metal bajo de ellos estuviera.

Al fin rindióle su ambición, é inerte
De la fortuna se durmió en el seno.

. . . .

. . . .

Le vió la india y arrojó de muerte
Un grito atroz y de venganza lleno.

Y crispada, convulsa, enardecida,
Tomó una antorcha, y con sonrisa fiera
Prendió fuego á su hogar, y enloquecida
Por odios implacables de mejera,

Inflamó el bosque, atravesó la puente,
Y la encendió también, y en el vacío
El leño simuló roja serpiente
Que silbando cayó dentro del río.

Y entonces Tlezuntelh, muda y con calma,
Sentóse, y contemplando los despojos
De su amante infeliz, toda su alma
Derramó por el llanto de sus ojos.





XXXII.

Y allá en la opuesta orilla
Al cielo se levantan,
Entre nubes de humo,
Penachos mil de llamas.
Penachos mil de fuego,
Que corren y se enlazan,
Suben, se arremolinan,
Se hierguen y se arrastran.
El vendaval que ruge
Agita y desparrama
El devorante incendio
Por cuanto toca y pasa.
Aquella escena horrible
Ve Tlezuntelh impávida.
Los ojos tiene puestos,
Y en los ojos el alma,
En el sangriento cráneo
Que contra el seno abraza.
Está á sus pies rendida
Y hecha ceniza helada
La vengativa antorcha

De tanto estrago causa.
¡Ceniza inerte y fría
La antorcha, al par que estalla
Y cruje y se retuerce
La selva que llenaran
Los árboles de sombras,
Los pájaros de cántigas!
¡Ceniza inerte y fría
La antorcha, al par que rauda
Ante los vientos corre
La hoguera desatada!
¡Ceniza inerte y fría
La antorcha, al par que braman
Las furias del infierno
Entre encendidas ascuas,
Y entre humaredas suben
Y los espacios cuajan
Ardientes explosiones
Que en roja lluvia bajan!
El templo, dulce asilo
De Tlezuntelh sagrada,
Portento de riquezas
Que á Méjico ufanaran,
Es el terrible cráter
De aquel volcán que espanta.
La inmensa pedrería
Con que el azteca ornara
Sus techos y paredes,
Entre el incendio salta.
Y el oro imponderable
Que en su recinto guarda
Corre en arroyo hirviente
De abrasadora lava.
Las fieras se atropellan
Huyendo, y despeñadas
Cayendo en el torrente,
En el abismo paran.
Despavorido, huyendo

Del fuego y la avalancha
De monstruos que vomita
La selva, toda brasas,
Se ve una negra sombra
Que trética destaca
Como infernal espectro
De la encendida grana.
¡Es Aguilera! Aullando
De horror, de miedo y rabia,
Corre de un lado á otro,
Presa de vivas ansias,
Buscando aquella puente
Que con terror no halla.
¡Oh, ya no existe! El leño,
Hecho ceniza y llama,
Cayó en el antro horrible
Que ve bajo sus plantas.
Delante... ¡el hondo abismo!
Detrás... ¡ay, ya le asaltan
Con sus rabiosos dientes
Las furias inflamadas!
¡Da un paso y cae! Sus manos
En el espacio agarran
Un marchitado arbusto,
Al que febril se abraza.
¡Oh, ni alentar se atreve!
¡Tiene suspensa el alma,
Pues pende su existencia
De una enfermiza rama!
Aquel frágil apoyo
Al peso se desgaja,
Y cuando mira al cielo
El «Rojo», y con plegarias
Quiere impetrar auxilio
Del Dios de la esperanza,
Sobre él mira brillando
Una línea de gualda
Que rauda serpentea,

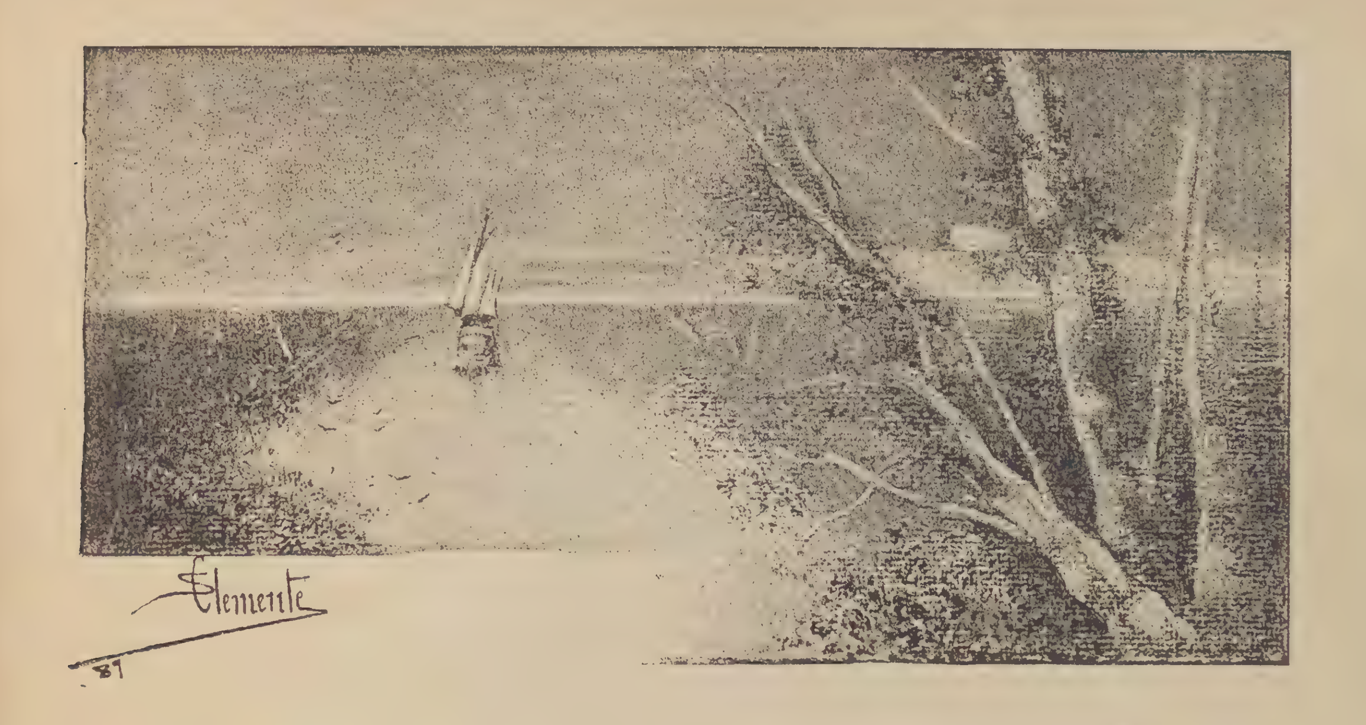
Y crece y se abrillanta.
Es oro... sí, ¡oro líquido!
¡Oro trocado en lava!
¡De oro el hirviente lago
Que el aluvion arrasa,
Y en inflamados chorros,
Y entre humareda blanca,
Cae en el profundo abismo
Y entre vapor se apaga!
Se oyó un grito horroroso.
Al eco se levanta
Tlezuntelh, imponente,
Terrible, despiadada.
El cráneo de su amante
Entre sus manos alza,
Y con salvaje grito,
Atronador, exclama:
«¡Monstruo! ¡Ya estoy contenta!
¡El oro deseabas,
Y por el oro mueres!
¡Cumplióse mi venganza!»
Y escucha hondos gemidos,
Voces desesperadas,
Aullidos espantosos,
Blasfemias y plegarias.
El cuerpo de Aguilera
Veloz se despeñaba
De una maleza en otra
Que el oro en fuego alcanza.
Quedó, como un ahorcado,
Pendiente de una zarza,
¡Y ya no evita inmóvil
Muerte que tanto tarda!
Ya la busca agitándose
Con espantables ansias,
Por no sufrir más tiempo
Suplicios que anonadan.
Sus manos y sus piernas

Quemó la hirviente lava;
Carbones son los huesos
Que roja sangre bañan.
Y porque las justicias
De Dios se completaran,
Cuando rayó la aurora
Una española escuadra
Halló á aquel desdichado
Tronco en que alienta un alma.
Salváronle, y la vida
Fué su mayor desgracia.
Á Tlezuntelh prendieron,
Y por sentencia extraña
La hicieron compañera
Del hombre á quien odiara.
La india aceptó con júbilo
Condena tan no usada.
¿Con júbilo?... Sí. Lleva,
Por inaudita gracia,
En un arcón, tesoros
Que envidia y pasmo causan:
Riqueza imponderable
De finas esmeraldas;
Diamantes refulgentes,
Oro, perlas y plata,
Y oculto, en medio, un cráneo
En cuyas cuencas vanas
Y desgarradas fauces
La pedrería se engasta.
El «Rojo», convertido
De carne en yerta masa,
Y la india hermosa y rica,
Los dos, van hacia España
En la velera nave
Que vuela hacia la patria
Llevando un nuevo imperio
Por don á su Monarca.

———

¡Vuela, nave vencedora,
Que ya del Betis te aguardan
Las ninfas para ceñirte
Sus más floridas guirnaldas.





XXXIII.

Sobre paja y algodones
Tendido, y sin movimiento,
Presa de horrible tormento
Lope cruza el ancho mar.
Las piernas lleva amputadas
Y amputados los dos brazos,
Y hecho el corazón pedazos
Su desdicha al contemplar.
¡Qué vida la que le espera!
¡Y cómo el mísero advierte
Que él de vida y él de muerte
Es vaso y sepulcro es!
¡Con qué mirada tan triste
Se contempla, y con qué impío
Llanto riega el cruel vacío
De sus manos y sus pies!
¡Qué alegre partió del Betis!
¡Qué altanero el mar cruzara!
¡Y qué indómito llegara
Al mejicano confín!

¡Y qué herido y qué doliente
Y qué vil y qué humillado,
Qué triste y desesperado
Á Sevilla vuelve al fin!
Todo ¡infeliz! lo has perdido.
Tu destino con crudeza
Hirió en tu naturaleza
Con iras de leñador;
Y en tu tronco su hacha fuerte
Entró con fiero coraje
Y se cebó en tu ramaje
Con implacable furor.
Piedra ó reptil, monstruo siempre,
Tu vista causará espanto,
Y arrastrándote y con llanto
Comerás tu amargo pan.
¡Y eres tú, Lope Aguilera,
El audaz, el pendenciero,
El más gentil caballero,
El más dichoso galán!
¡Tú, el terror de los garitos,
Y el valentón temerario
Y el voceador tabernario
Y el trovador de mesón!
¡Tú, el soldado valeroso
Y el vengador implacable
Y la fuerza inexorable
Y el poder sin compasión!
Bien una gitana horrible,
Á compás de su guitarro,
Te dijo: «¡Mozo bizarro,
Por el oro morirás!»
Y ojalá que la gitana
Del todo acertado hubiera,
Pues Sevilla no te viera
Cómo á ella ¡mísero! vas.
¡Oh! cuando mira el proscrito
El mar de la patria amada

Entre el aura perfumada
Que veces mil respiró,
Y contempla el horizonte
Y de él ve surgir la hermosa
Dulce playa cariñosa
Que al partir lo despidió;
Y la florida campiña,
Y el claro y sereno río
Que él cruzó en noches de estío
En misterioso bajel
Y al lado de una hermosura
Que, en amantes embelesos,
Le diera en lánguidos besos
Calor y aromas y miel;
Cuando mira la alta torre,
Y el alegre campanario,
Y el bendito santüario
En donde aprendió á rezar;
La calle donde una reja
De sus dichas fué testigo,
Y los brazos de un amigo,
Y la puerta de su hogar:
¡Qué felicidad le embriaga!
¡Qué dulcísimo contento!
¡Cómo con latir violento
Palpita su corazón!
¡No hay placer tan inefable,
Ni éxtasis puro y divino
Como el que el buen peregrino
Goza al verse en su mansión;
Y encontrar las dulces prendas,
En ausencias tan lloradas,
Al partir tan recordadas,
Tan hermosas al volver!
¡Ay! placeres tan süaves
Se tornan en duelo y queja
Cuando en el hogar se deja
Luto, angustia, padecer;

Cuando el amigo es quebranto,
La amada remordimiento,
Y la familia tormento,
Y el santüario terror;
Cuando todo aflige y cansa,
Y entre llanto y entre lodo
Todo acusa y se alza todo
Cual fantasma vengador.

Sobre paja y algodones
Tendido y sin movimiento,
Sufriendo martirio lento,
Lope cruza el ancho mar;
Y ante él, hermosa y risueña,
Pero con risa inhumana,
Va la deidad mejicana
Mirándole sin cesar.

Su mirada es de serpiente,
Su presencia de vampiro
Á quien ni ablanda el suspiro
Ni el llanto da compasión!
Cruel vampiro, que á don Lope
Le va robando el aliento
Y sorbiéndole sediento
La sangre del corazón,

La sangre que en sus arterias
Es reprimido torrente,
Que halla á su veloz corriente
Diques que quiere saltar,
Y atropellada refluye,
Y le sofoca y marea,
Y en su cerebro golpea
Como las olas del mar.

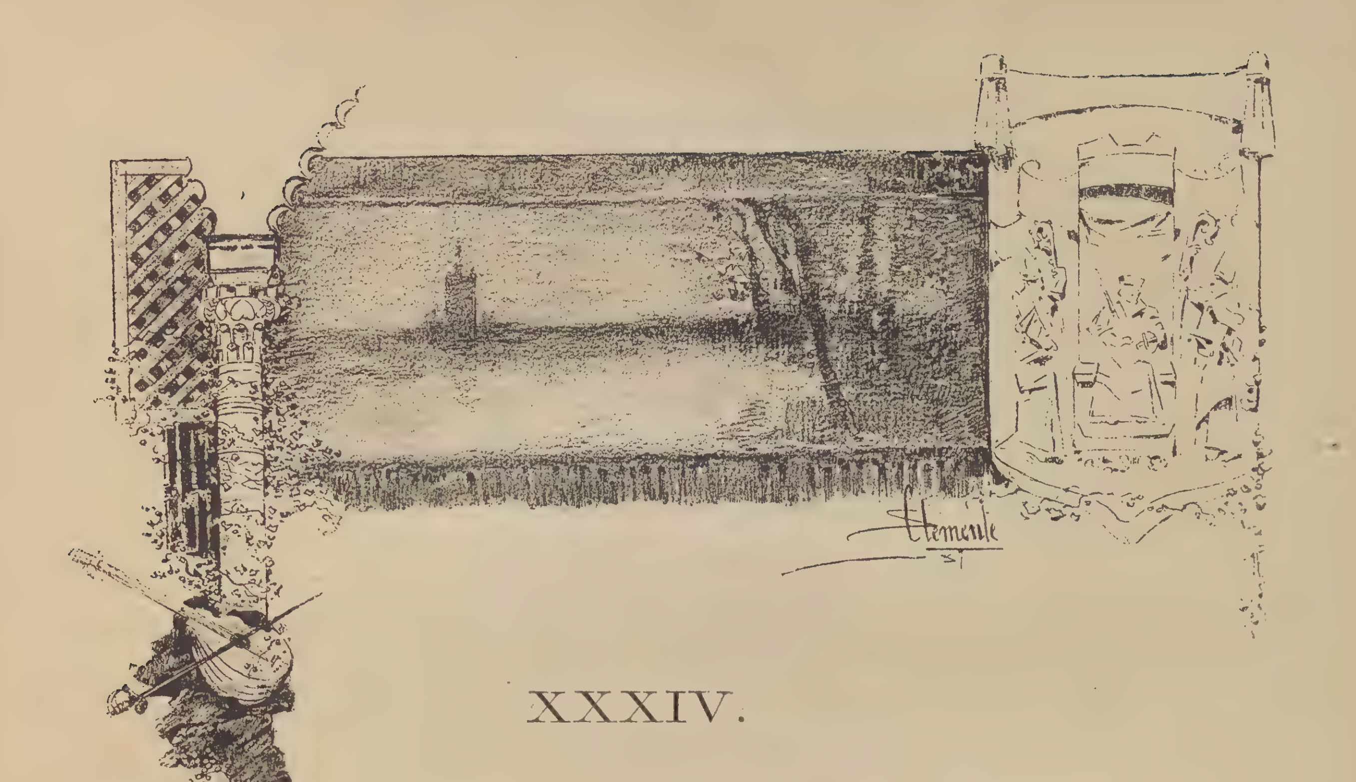
¡Ay, Lope! ¡Tus altiveces
Á qué humildad te trajeron!
¡Cómo, infeliz, te rindieron
La amargura y el sufrir!
Ya el gladiador orgulloso
Cayó en la arena vencido;

Ya está inerme, ya está herido,
Ya sólo anhela morir.
¡Cuál llora! Sus negros ojos
Penas delatan y afanes:
¡Son apagados volcanes
Que de agua llenó el turbión!
Sus labios marchitos quejas
Y hondos gemidos exhalan,
Gemidos ¡ay! que propalan
Secretos de su pasión.
¡Desdichado! La india bella
Le enamora y le fascina,
Y en ella ¡loco! imagina
Encontrar dulce piedad.
¡Piedad!... Su necia esperanza
Le hace olvidar sus rencores
Y ver del iris fulgores
En rayos de tempestad.
Pérfido amor lentamente
Su pecho de bronce inflama,
Y en su cerebro derrama
Lampos de engañosa luz.
Y en aquel malvado nacen
Tal cariño y tal ternura
Y tan mística dulzura,
Que hasta bendice su cruz.
La bendice, sí; que absorto
Halla entre el dolor la calma,
Y ve poblada su alma
De sombras que nunca vió;
Sombras radiantes y puras
Que consuelan sus martirios
Dándole, entre mil delirios,
Dichas que nunca soñó;
Sombras de mágico encanto,
De paz, de luz, de armonía,
En que alegre se extasía
El alma que empieza á amar.

Auroras, perfumes, flores,
Esperanzas... sois el cielo
Que en incesante desvelo
Don Lope llega á admirar.
 Y la noche no le asusta,
Ni le asombra el mar bravío,
Ni la luz del rayo impío
En él produce impresión.
Él ve otro mar y otro espacio,
Y otra luz y otros colores;
¡El lleva de resplandores
Inundado el corazón!
 Y embelesado palpita,
Y suspira enloquecido;
Pero... mira estremecido
La risa de Tlezuntelh.
Y el mísero no se atreve,
Al verse tan desdichado
Y tan vil y tan odiado,
Á declarar su amor fiel.
 Y, entonces, triste medita
En sus torpes devaneos,
En sus impuros deseos,
En su infame ingratitud.
Y siente horor de sí mismo
Al leer en su memoria
Tanto crimen en la historia
De su torpe juventud.
 Y cuando mira el desnudo
Cuerpo de la azteca aleve,
No sus sentidos conmueve
Inquieto y lascivo afán:
Le aterran sus bellas formas,
Y tedio le dan y enojos
Porque las ven otros ojos
Y son de impureza imán.
 ¡La ama, sí! ¿Qué mayor prueba
De su amor puro, infinito,

Que ver muerto el apetito
Y odiar con rabia el placer,
Y buscar cual bien supremo
Y como gloriosa palma
Un amor, un cielo, un alma,
Un altar, no una mujer?
Sobre paja y algodones,
Presa de horrible tormento,
De paz y de amor sediento
Lope á Sevilla llegó,
Y la india sonrïente
Miró á aquel ser desdichado,
Y luego á un arcón cerrado,
Y algo crüel murmuró.





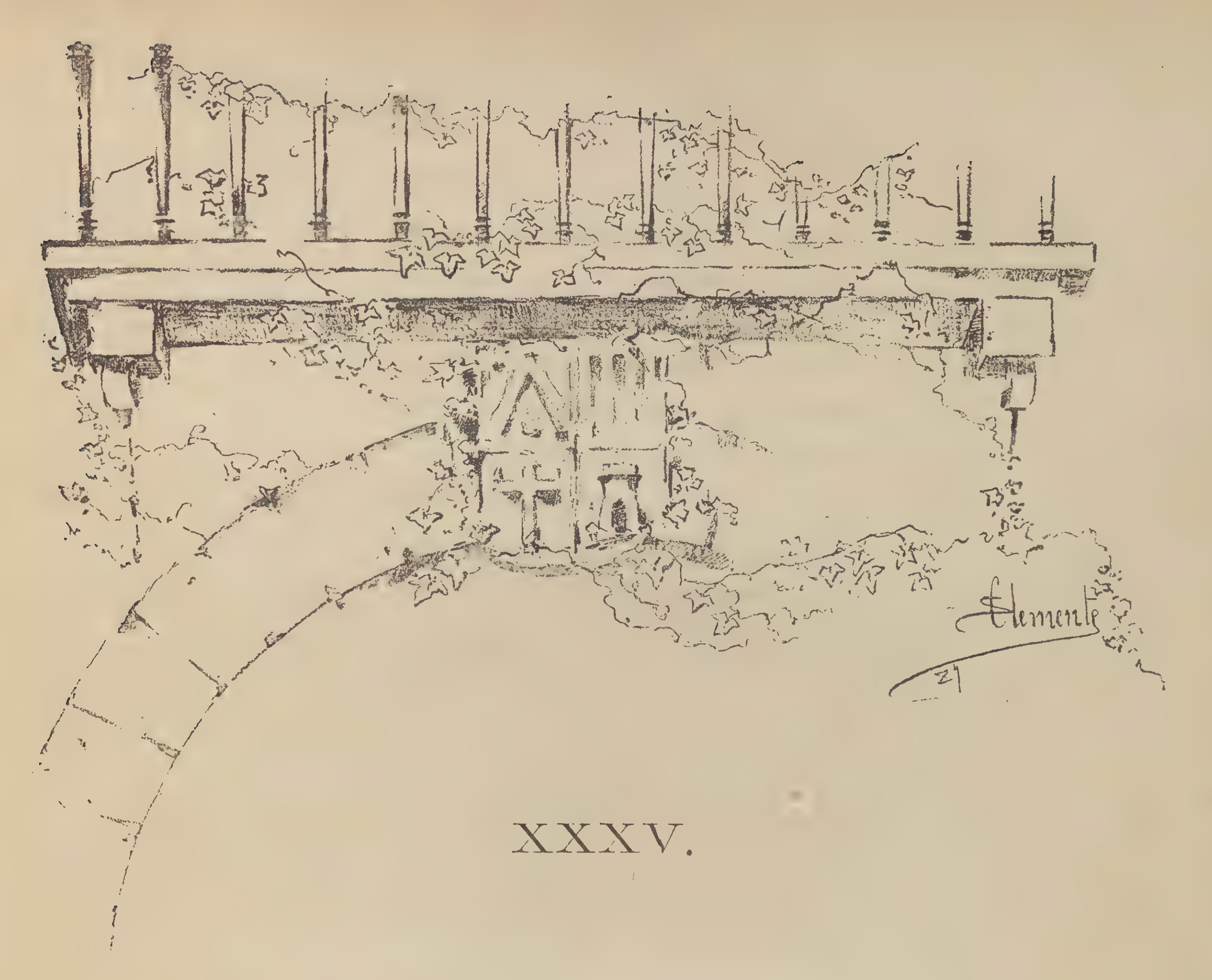
XXXIV.

¡Qué gallarda y qué pomposa
Llegó á la hispalense orilla
La nave audaz que zarpara
En los mares de las Indias!
Cómo en las olas resbala
La brillante sedería
Del pabellón orgulloso
En que Santiago se pinta!
¡Cómo las vergas adornan
Flámulas que el viento riza,
Y cómo el pedrero atruena
Con rimbombes de alegría!
¡Qué estrépito y qué algazara,
Qué saludos y qué vivas
Estallan en nave y puerto
Con férvida gritería!
En la nave ¡con qué júbilo
La amada playa se mira,
Y cómo toda su gente
Con honda emoción palpita!
Y en el puerto ¡cuántos ojos
Con dilatadas pupilas
Contemplan aquella nave

Que viene de ignotos climas!
Allí el mercader, ansioso,
Aguarda ver las primicias
Del nuevo imperio, soñando
En ganancias infinitas.
Allí el fraile, ávido espera
Que los soldados le digan
Si la Santa Cruz de Cristo
Nuevas regiones domina.
Allí el guerrero que en Flandes
Y en Italia ganó heridas,
Pregunta á sus camaradas
Por las recientes conquistas;
El galán, si son hermosas
Las hembras ultramarinas;
El avariento, si hay oro;
La dama, si hay piedras ricas;
El valentón, si hay tabernas;
El murcio, si no hay justicias.
Todo preguntas se vuelven,
Abrazos, besos y risas;
Y el enjambre de curiosos
Crece, se aprieta, se hacina,
Y el murmullo acaba en voces,
En gritos y algarabía.
Pero todo el alborozo,
Toda la charla y la grita
Se suspende cuando el pueblo
Á la hermosa azteca admira.
¡Ah! por la borda aparece
Como visión peregrina,
Y como deidad ignota
El suelo hispalense pisa.
Lleva un finísimo manto
De algodón, prendido encima
De los hombros, y en su frente
Fúlgida corona brilla
De oro y de plumas azules

Que alza y abate la brisa.
Sus brazos están cuajados
De brillante pedrería,
Y espesa red de esmeraldas
Su níveo seno tapiza.
« ¡Qué bella! » dicen los hombres,
Y las mujeres « ¡qué rica! »
Y un arcón que á hijos de Asturias
Abruma, rinde y fatiga,
Ansias curiosas despierta
Y engendra torpes caricias.
¡Qué hervidero de preguntas,
Y cómo todos ansían
Saber lo que el arca encierra
Y quién es la beldad índica!
Mas cuando algún marinero
Locuaz, con lengua expedita
Comienza á hacer el relato
De lo que á todos cautiva,
Todos callan; que la nave
Monstruo espantoso vomita
Que causa asombro y disgusto,
Y horror y piedad inspira.
Dos hombres á un ser conducen
Tendido en una camilla.
¡No tiene brazos ni piernas,
Cárdenas son sus mejillas,
Blancos sus pocos cabellos,
Sus ojos noche sombría!
« ¿Quién es? ¿quién es? » se interrogan
Cuantos pasman á su vista.
« ¿Quién es?... » ¡Oh! se escucha un grito,
Un grito atroz de agonía,
¡De amor! y una pobre anciana
Corre desalada y fija
En aquel tronco animado;
Á él llega, muda, rendida,
Le abraza, y su frente cubre

De maternales caricias.
«¡Hijo! exclama al fin. ¡Mi Lope!
¡Soy yo! ¡soy yo! ¡tu nodriza!
¡Tu madre!... ¡Y cómo te vuelvo
Á ver, hijo de mi vida!»
Lope levanta los ojos
Que acerbo llanto deslizan,
Y murmura con acentos
De una amargura infinita:
«¡Tú sola me has conocido
En mi adorada Sevilla!»
¿Ella sola? No. ¡«Es don Lope!
Dicen mil leguas de arpía.
¡El seductor! ¡el tramposo!
¡El tahur! ¡el camorrista!
¡Sus crímenes vengó el cielo!
¡Vuelve al fin como debía!»
Y al par la anciana solloza,
Y recordando otros días,
«¡Mi Lope! exclama, ¡mi encanto!
¡De mi hogar consuelo y dicha!
¿Te acuerdas?... Eran tus ojos
Mi ventura, mis delicias,
Tus juegos mis regocijos,
Tus canciones mi alegría.
¡Señores! entre vosotros
No hay un alma compasiva,
Un amigo, que consuele
Sus tristezas infinitas?»
La anciana no encuentra ecos
Á sus voces afligidas;
Los amigos de don Lope
Lo creen pobre, y se retiran.
Y «¡era un loco!» todos dicen;
«¡Ha vuelto como debía!»
Y olvidan todos á Lope,
Pero ninguno á la india.



XXXV.

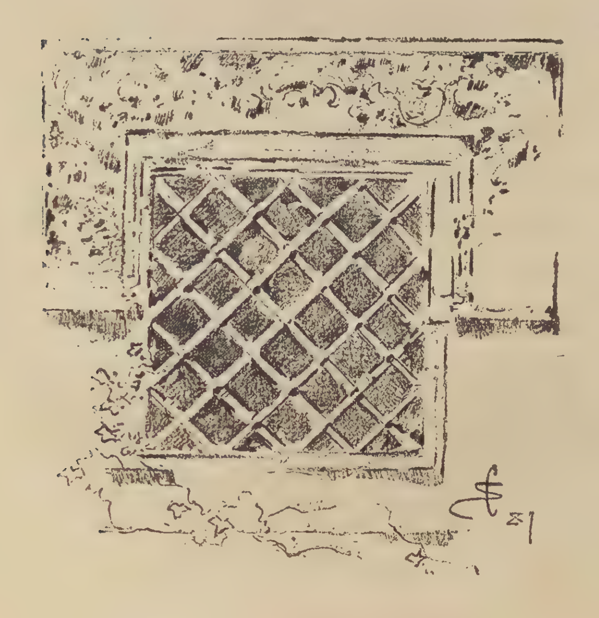
En la calle que hoy el título
Tiene de *El hombre de piedra*,
Un caserón viejo y sucio
Se alzaba en antigua fecha.
Dije se alzaba, y lo cierto
Es más bien que caía á tierra
Y que más pareció ruinas
Que casa, hogar ó vivienda.
Ortigas y jaramagos
Levantan las rotas tejas,
Y en los vanos del alero
La parietaria se enreda.
La lluvia manchas musgosas
Pintó en la negruzca piedra,
Y la espada de los años
Abrió en los sillares grietas.
Los hierros de los balcones
Llenos de escamas se muestran,
Que esconden polvo rojizo

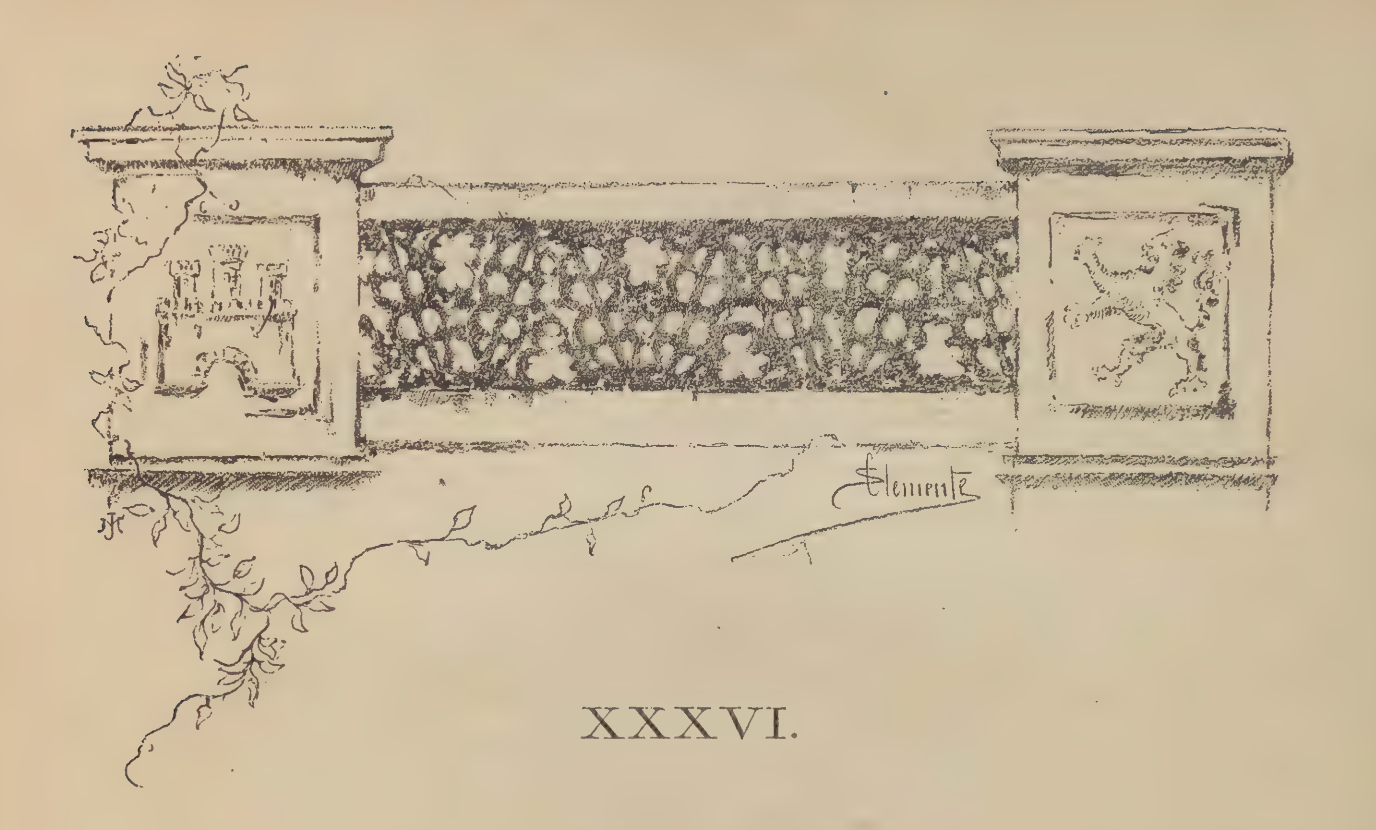
Y orín granate chorrean.
Nadie habita aquella casa
Y nadie en ella penetra.
Años hace que el silencio
Duerme detrás de su puerta.
Deslízanse con reposo
Por sus estancias inmensas
Enjambres de roedores
Y ejércitos de cornejas.
Por algún balcon deshecho
Penetró bandada horrenda
De lechuzas, y allí vive
Muy tranquila y satisfecha.
No hay cuero que hecho una criba
No se mire, ni madera
Sin taladro, ni tapices
De encajes sin apariencia.
Aquellos negros ejércitos,
Cuando á algún mueble se acercan
Ó emprenden forzosas marchas
En pro de conquistas nuevas,
Levantan nubes de polvo
Tan asfixiantes y densas
Como en los marciales campos
La caballería ligera.
De aquellas continuas lides,
Asedios, marchas, empresas,
Como banderas de triunfo
De los artesones cuelgan
Grandes y tupidas gasas
Que desgarran las goteras,
Que rompe el volar del buho
Y que al murciélago enredan.
Allí espantosas arañas
Corren, se paran, se arquean,
Y se agazapan y estiran,
Siempre esperando una presa.
Y ora, pendientes de un hilo,

Rápidamente se sueltan
Al espacio, ora subiendo
Recogen su débil cuerda,
Y ya ocultas ven al cínife
Que alegre y zumbón se acerca
Y sus brevísimas alas
En la red sutil aquieta,
Ó ya como refinado
Glotón que el manjar contempla
Y retardar sabe el gusto
Porque después mayor sea,
Ve reluchar al insecto
Y hacer inútiles fuerzas
Por romper aquellas mallas
Que al moverse más le aprietan;
Ó, por fin, cae como un rayo
Sobre él y en su cabeza
Apoya su boca horrible
Y sorbe su sangre entera.
¡Oh la araña! ¿Por qué al verte
Recuerdo á la hermosa azteca
Y sólo piedad me inspira
El desdichado Aguilera?
Aquel ruinoso edificio
Es su casa salariega,
Y aquellos cuadros, que el polvo
Cubre de nubes espesas,
Retratos son de varones
De alto honor y fama eterna.
Después que la noble casa
Sufrió tedios y vergüenzas
Al convertirse en garito,
En lupanar y en taberna,
Tranquila vivió algún tiempo,
No sospechando siquiera
Que otra vez su amo volviese
Á hacer resonar sus puertas.
Volvió don Lope y se abrieron,

Mas no de grado, por fuerza;
Que hubo martillos y escoplos
Para rendir sus firmezas.
Entró don Lope en los brazos
De la gente marinera.
Junto á don Lope la anciana,
Un arcón tras de la vieja,
Y junto al arcón la india,
Y cien curiosos tras ella.
Al traspasar los umbrales
De su mansión, Aguilera
Rompe en lágrimas. ¡Ay triste!
Que de su infancia se acuerda,
De su padre, de los años
De su juventud revuelta,
De su partida á Occidente,
De la mejicana guerra,
De sus odiosas venganzas,
De sus viles impurezas,
De su amor desesperado,
De su amargura suprema.
Suplica á los marineros
Le suban por la escalera,
Y al entrar en los salones
Que las telarañas llenan
Y el polvo, y ver el desastre
Por cuanto pasa y observa,
Más su espíritu se abate
Y más acrecen sus penas.
¡El, que anhelara un palacio
Para albergar á la azteca,
Tiene que darle un asilo
Entre ruinas y miserias!
Buscan un mueble que el peso
De aquel infeliz sostenga,
Y al no hallarlo, de la india
Sobre el ancho arcón lo acuestan.
Ya se van los marineros,

Mas ella les hace seña
De aguardarse, y en sus manos
Pone una sarta de perlas.
Quédanse mudos y atónitos
Mirando las ricas piedras,
Y ella les dice:—Servidme
Con fidelidad extrema
Y os haré ricos. Al punto
Haced que artífices vengan
Y que esta casa habiliten
Para que ese hombre no muera.
—¡Oh, gracias!—grita don Lope
Con voz que el llanto refrena.
Y—¡gracias!—gime la anciana
Abrazando á la india bella,
Sin ver la infernal sonrisa
Que sus rojos labios quema.
—¿Quieres que viva?—don Lope
Exclama.
Y ella contesta:
—Mucho, mucho. Yo anhelara
Que tu vida eterna fuera.



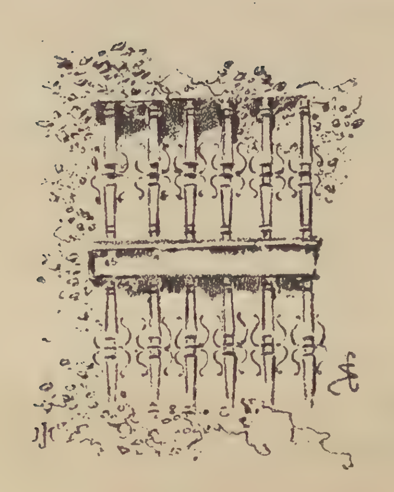


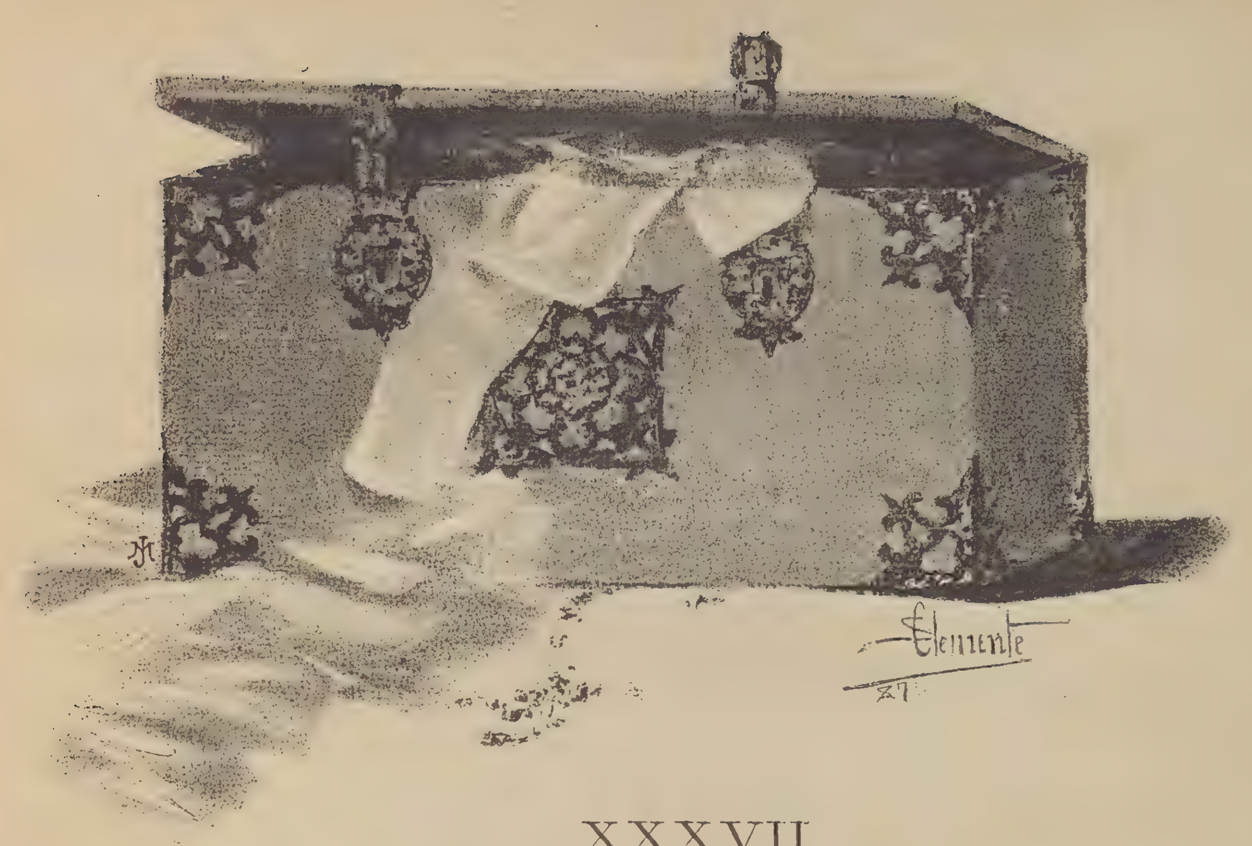
XXXVI.

Marcharon los marineros
Con el puñado de perlas,
Propalando por las calles
De Tlezuntelh la grandeza.
Cundió al punto la noticia
Por toda Sevilla entera,
Y al momento los amigos
Que á Lope no conocieran,
Y los que al reconocerle,
De santa amistad en prueba,
Le llamaron tahur, tramposo,
Y huyeron de él cual de lepra,
Al escuchar las historias
Que los marineros cuentan,
Le vieron rico, y al punto
Tomaron á la carrera
El caserón, y á empujones
Subieron las escaleras.
¡Cuánta efusión! ¡Cuánto afecto!
¡Cuánta frase dulce y tierna!
Todos sus brazos le ofrecen,
Sus servicios, sus viviendas.
¿Su dinero?... ¡Ah! no, que falsas

Pueden resultar las piedras.
¡Oh amistad, don de los dioses!
¡Oh celestial panacea!
¡Tú al humillado levantas,
Tú al afligido consuelas,
Tú eres gloria, tú eres cielo,
Pero... todo de comedia!
Y porque cuànto á tí toca
En cómico se convierta,
Aquellos buenos amigos
Que al infeliz Lope cercan,
Meditan el cómo y cuándo
Se harán dueños de la azteca.
Ella es hermosa y es rica,
¡Mal rayo para Aguilera
Si, siendo un monstruo, pretende
Que lo alumbre aquella estrella!
¡Fuego de Dios! ¿Y es posible
Dejar que aquella azucena
La marchite aquel gusano
Que á los ojos amedrenta?
Ni un día se vió la casa
Libre de aquella caterva
Que solícita comparte,
Dando de su afecto muestras,
Con los menestrales rudos
Las más pesadas faenas.
Ya un galán descuelga un cuadro
Y con vil polvo se empuerca;
Ya un viejo, haciéndose el fuerte,
Mal sostiene una escalera;
Uno limpia la vajilla;
Otro gran lujo despliega
De actividad, y va, viene,
Habla, grita, corre, vuela,
Y no sabe lo que dice
Ni para qué se menea.
Éste finge ser Vitrubio,

Mientras aquél, con modestia,
Aprendiz de carpintero
Se titula, y lo demuestra.
Todos hacen que trabajan,
Y el sudor copioso enseñan
Á don Lope, que sonríe
Y los mima y los alienta.
Pero después, á porfía,
Como mariposas vuelan
En torno de la hermosura
Cuyo fulgor les marea.
Á todos va esclavizando,
Mas con singular prudencia,
Pues aunque sus ojos hablan,
Siempre está muda su lengua.
Va tejiendo con astucias,
Como la araña su tela,
Una red, donde don Lope
Lleno de dolores muera.





XXXVII.

Y el ruinoso caserón,
De un mes en el breve espacio
Tornóse en rico palacio
Merced al indiano arcón.
Él al derroche acudía
Y á todo afán superaba;
Era fuente que brotaba
Raudales de pedrería.
Y con abundancia tal,
Que el hispalense mercado
De el de Golconda traslado
Fué, por no decir rival.
Perdió el seso mucha gente,
Y loca en Jauja soñando,
Á Jauja fueron buscando
En el índico Occidente.
Añagaza tan sin par
Fué el arcón de Tlezuntelh,
Que siete naves por él
Cruzaron el ancho mar.

Y al par que tanto ambicioso
Tras la fortuna corría,
Y al viento y al mar vendía
Su contento y su reposo,
El antiguo caserón
En lujo y fausto creciendo
Cada vez más se iba haciendo
De los placeres mansión.
Su jardín seco y baldío
Pronto se vió transformado
En un edén encantado
Sin invierno y sin estío.
Rico y pomposo boscaje,
Fina y gramosa verdura,
Fuentes de grata frescura,
Plantas de erguido follaje,
Prados de aromosas flores,
Grutas, cascadas, senderos,
Naranjales, limoneros
Cuajados de ruiseñores,
Daban misterios y sombras,
Y murmurios y armonías,
Y perfumes y ambrosías,
Y tapizadas alfombras,
En eterna primavera,
Á mil festines gozosos,
Que con los ojos llorosos
Miraba el triste Aguilera.
Muy extraño era de ver
Entre el juvenil estruendo,
Á don Lope presidiendo
La alegría y el placer;
Y animar con roncos gritos
Las carcajadas ajenas,
Él, luchando con las penas
De dolores infinitos.
Y era horrible, á la verdad,
Ver, entre tanta belleza,

De Lope la cruel tristeza
Y la atroz monstruosidad.
Y era espantoso de ver
Cómo la azteca rïente,
Ya le enjujaba la frente,
Ya le daba de beber,
Ya con voz de arrullo blando
Mil dichas le prometía,
Y cómo su afán ponía
En irle el alma llenando
De esperanzas lisonjeras,
De embriagueces, de locuras,
De consuelos, de dulzuras,
De ilusiones, de quimeras,
Que al menguado hacían soñar
Y en inmenso amor crecer,
Y su alma enloquecer
Y su mente delirar.
Era, en verdad, rara cosa
Ver en espantoso arcano
Á la rosa en el gusano
Y no al gusano en la rosa.
Mas ¡ay! que la hermosa flor
Paraba en él un momento,
Luego columpiaba el viento
Su capullo embriagador,
Y su perfume y sus galas
Por doquiera repartía,
Porque aquella flor tenía
De mariposa las alas.
¡Cuántas veces la miró
Riente, hermosa, entre el bullicio,
Y creyó perder el juicio
Por el dolor que sufrió!
¡Cuántas veces entre afanes
Y entre rabias torcedoras
Oyó las fascinadoras
Palabras de mil galanes!

Y los vió apuestos, hermosos,
Bizarros, favorecidos,
Nobles, gentiles, erguidos,
Jóvenes, sanos, dichosos,
Y él se miró ¡masa horrible!
Enfermo, mustio, cansado,
Triste, viejo, mutilado,
Disforme y aborrecible.
¡Tremenda, espantosa lidia!
¿Qué imaginarios dolores
Pueden dar penas mayores
Que los celos y la envidia?
Y la envidia en monstruo tal,
Y los celos en tal alma,
¡Oh, qué martirio sin calma,
Tan atroz, tan infernal!
¡Los celos! cruel torcedor,
Veneno del pensamiento,
Hidra que mata el contento
Y las dichas del amor.
¡La envidia! pasión malvada
Que destroza, que aniquila,
Que nunca se ve tranquila,
Que nunca se ve saciada.
Vampiro que se alimenta
Del triste ser en quien prende;
Látigo que el alma ofende
Con el dolor y la afrenta.
Las dos pasiones prendieron
En Aguilera con furia,
Y entre la rabia y la injuria
El corazón le royeron.
Y mientras que él se destroza
Con su martirio inclemente,
Tlezuntelh, siempre rïente,
Bulle y grita, y canta y goza.
Y días así pasaron
Y meses así corrieron,

Que á la hermosa dichas dieron
Y al monstruo penas dejaron.
Y de pronto imaginó
El infeliz Lope ver
Que en la rïente mujer
El alborozo cesó.
Y que, con turbados ojos
Y con temblorosos labios,
Fingiendo dulces agravios
Y pudibundos sonrojos,
Á un mancebo seductor,
Embriagada de ventura,
Prometía su hermosura
Como premio de su amor.
Y que en mágico embeleso
Y en éxtasis peregrino,
Le señalaba el camino
De la dicha, con un beso.
Lope estaba en un sitial,
De él se arrojó, cayó al suelo,
Lanzó un grito de hondo anhelo,
Luego un rugido infernal,
Luego... quiso levantarse,
Y correr tras de la ingrata...
Pero... ¡la tierra le ata!
¡No puede más que agitarse,
Aullar!... y ¡suplicio vano!
Porque su afán más le asombre,
¡Tiene corazón de hombre,
Pero cuerpo de gusano!
A él su nodriza corrió.
—¡Hijo! ¿qué tienes?
—¡Anciana!
Si ves á la mejicana,
¿Qué quieres que tenga yo?
¡Vértigo, rabia, locura!
¡Martirios de mi impotencia!
¡Suplicios de su presencia!

¡Infiernos de su hermosura!
¡La amo! ¿Lo escuchas?... ¡La adoro!
¡Sí, la adoro!
—Hijo, ten calma.
—¡Necia! ¡Arráncame del alma
Este amor!
—¡Mi bien!... te imploro...
—¿Quieres no verme llorar
Y matar mi padecer?
¡Enséñame á no querer!
¡Díme cómo he de olvidar!
¡Vuélveme los pies, los brazos,
El alma que yo tenía,
Y verás cuál su alegría
La deshago en mil pedazos,
Y cual, en furioso acceso,
Por mi mano se convierte
En un gemido de muerte
El arrullo de su beso!
¿Los ves?... Me miran rïentes.
De mi infamia haciendo alarde.
¡La traidora y el cobarde!
—¡Por piedad!
—Si tú la sientes,
Arrástrame adonde están,
Llévame, mujer maldita,
Y no llores, pues se irrita
Más con tu llanto mi afán.
¡Llévame! ¿tiemblas? ¿por qué?
Si no tengo para ahogarles
Manos, dí, ¿despedazarles
Con mis dientes no podré?
¿Y qué dudas? ¿Ya mi ruego
No te ablanda ni mis quejas,
Y así, impasible, me dejas
Que me abrase en este fuego?
¡Y ese traidor execrable
Tierna amistad me fingía,

Y aquí á matarme venía!
¡Miserable! ¡miserable!
¡Llévame!... ¡Ay! ¡no! Que ya ella
Oyó mi voz lastimosa
Y hacia mí viene piadosa
Y dulce cual nunca y bella.
¡Aparta! ¡véte de aquí!
¡No quiero que en mi desmayo
Me robes ni un solo rayo
Del sol que viene hacia mí!
¡Aparta! ¡Quita!
La anciana
Se retiró sollozando,
Y miró á Lope besando
Los pies de la mejicana,
Y con tremenda explosión
De dolor y angustia impía,
Clamar con voz de agonía:
—¡Perdón, Tlezuntelh, perdón!
¡Mucho, mucho te ofendí,
Mucho de tí me vengué,
Pues tu vida emponzoñé
Y á tu amante muerte dí!
Muchos mis crímenes son,
Pero mira cuál me ves
Vertiendo en llanto á tus pies
La hiel de mi corazón.
¡Mírame triste y rendido,
Viejo, enfermo, mutilado,
Por tu amor desesperado,
Por tu amor enloquecido!
Ten de mi dolor piedad,
No aumentes mi padecer,
Compasiva por mujer,
Generosa por deidad.
No celos me des ni enojos,
Y arráncame la existencia
Antes que horrible demencia

Entre al alma por mis ojos.
—¿Me amas mucho? preguntó
La india. Y don Lope demente,
Exclamó con voz rugiente:
—¿Preguntas si te amo yo?
Oye, cristiano nací;
Pues en mi loco embeleso,
Doy la gloria por tu beso,
Y á Dios renuncio por tí.
—¿Quieres perdón? ¡Lo tendrás!
—¿Por qué esa risa inhumana?...
—Yo te lo juro, mañana
Mi perdón conseguirás.
Y será en este jardín,
Entre placeres y flores,
Entre los locos fragores
De un bullicioso festín.
—¿Perdón?
—¡Sí! mañana mismo.
¡Espéralo sin recelo!—
Y Lope creyó que el suelo
Se le abría en un abismo.
Y el acento y el reir
De aquella hermosa mujer
Tanto le hizo estremecer
Y tanto le hizo sufrir,
Que á la nodriza llamó
Y—¡Me ahogo!—la dijo. Yerto
É inmóvil quedóse, y muerto
Por todos se le juzgó.



XXXVIII.

En una anchurosa estancia
Á la que dan lujo y porte
Ricos tapices flamencos
Y prolijos artesones,
Bajo un dosel de damasco
Y en una cama de roble,
Y viendo cómo la muerte
Á herirlo al fin se dispone,
Yace tendido Aguilera,
Sufriendo angustias atroces.
El aposento ilumina
Con trémulos resplandores
Un velón de tres mecheros
Que ancha pantalla recogen,
Asentado en un bufete
Sobre el cual se ven montones
De libros que no se abrieron,

Y de pistolas y estoques.
De lleno su luz derrama
Sobre un crucifijo enorme,
Tan sangriento y tan negruzco
Que horror misterioso impone.
Casi envuelto en la penumbra
Y en marco de mil labores,
Se ve el retrato de un viejo
Gallardo, severo, noble.
Viste loba, calza guantes,
Y el artista imaginóle
Mirando con ceño adusto
Al curioso que en él note.
Es don César, el buen padre
Del infortunado Lope;
Don César que le acompaña
En sus postreros dolores
Y que le vela en su lecho
Como en su cuna velóle.
Alguien más hay á su lado:
Fija en él, callada, inmóvil,
La anciana y buena nodriza
De él ni un instante apartóse;
Y ya triste le contempla,
Ó ya le besa y recoge
En sus cariñosos brazos
Y le alienta con sus voces,
Ó derramando mil lágrimas,
De Cristo á los pies se pone
Y con súplicas y votos
Á su clemencia se acoge.
Reina imponente silencio;
Sólo á intervalos se oyen
El sollozar de la anciana,
Ó del pábilo el discorde
Chirrido, ó el gemir sordo
Del enfermo en sueño torpe.
De repente entre las sábanas

Del lecho el «Rojo» agitóse.
—¡Ay! mis sienes, un martillo
Parece que me las rompe—
Gritó.
—¡Hijo de mi alma!
¡Cuánto sufres!
—Sí, mi pobre
Vieja. Tócame la frente.
¿Ves cual arde? pues mayores
Incendios siento en el alma,
Más fuego en mis venas corre.
—¡Cálmate, triste hijo mío!
—¿Y ella? dí, ¿dónde está? ¿dónde?
¿Por qué no viene piadosa?
¿Por qué, dí, no me socorre?
¿Por qué no presta un consuelo
Á mis supremos dolores?
¡Voy á morir! ¿Qué le importa
Rendir su pecho de bronce
Y calmar mis agonías
Con sus ojos seductores?
¡La ofendí mucho! ¡Si vieras
Cuántas dichas, cuántos goces
Puros, tranquilos, süaves,
Tener pudiera en sus bosques
Llenos de luz, de armonías,
De perfumes y de flores!
¡Me brindó dulce cariño!
¡Malditas mis ambiciones!
—¡Calla, por Dios!
—¡Oh, qué infame
Fuí yo! ¡Qué tremenda noche!—
Sus ojos lanzaron chispas,
Su voz ruda enronquecióse,
Dió un alarido furioso,
Helado sudor bañóle,
Y, agitando horriblemente
Los espantosos muñones,

Miró al fondo de la estancia
Y prorrumpió en fuertes voces:
—¡Ese cráneo! ¡ese tesoro!...
¡Quitadlos! ¡India, no llores!
¡Calla... que el fuego se acerca...
Todo fuego, el templo, el bosque,
El abismo!... ¡Y esos chorros
De oro candente me cogen,
Me desgarran! Ya mis manos,
Ya mis pies hechos carbones
Se desprenden... ¡Padre, padre!
No así me mires; ¡acórreme!
¡Ten piedad de mí!—
Y temblando
Bajo la almohada ocultóse.
En aquel mismo momento
Entraron dos servidores
Con luces, y la india bella,
Á cuyas plantas postróse
La buena anciana.
—¿Qué quieres?
Dijo Tlezuntelh inmoble.
—¡Su vida!
—¿Crees que su muerte
Anhelo? ¡Cuál desconoces
Mis afanes! Vé la prueba.
¡Entrad, doctor!—
Y un Hipócrates
Con capa y bastón muy largo,
Lento á la cama acercóse.
—Su vida por un tesoro—
Dijo Tlezuntelh. Vió á Lope
El médico muy pausado,
En las dos sienes pulsóle
Y, grave y ceremonioso,
Del aposento salióse.
Corrieron tras él la anciana,
Tlezuntelh, los servidores,

Y en la habitación contigua
Así el doctor expresóse:
« He formado mi opinión.
El enfermo está mortal,
Y morirá en conclusión
De hemorragia cerebral
Ó nerviosa congestión.
» Según afirman Galenos,
Cuya doctrina es la mía,
Cuando están los pulsos plenos
Hay que hacer una sangría
De tres tazas por lo menos.
» Luego se ha de repetir
Y sacar tres tazas más,
Y se pudiera añadir
Otra, y sin mucho compás,
Otra más por concluir.
» En todo mal ó contagio
La sangre es la que se vicia,
Y dice un antiguo adagio:
Morbus est causa malitia
Y es *morbus* de *mors* presagio. »
Y alejóse sin premura
Y con aire satisfecho,
Diciendo con voz obscura:
« El sangrarle es de provecho,
Mas antes llámese al cura.
» Porque ó soy en ciencia un zote
Y Avicena un hablador,
Y el gran Celso un monigote,
Ó aquí es bien que al sangrador
Le preceda un sacerdote.
» El sangrador por quitarle
Toda materia viciosa,
Y el cura para purgarle
El alma de toda cosa
Que pudiera condenarle.
» Y repito, en conclusión,

Mi pronóstico cabal:
Se muere, sin remisión,
De hemorragia cerebral
Ó nerviosa congestión. »





XXXIX.

Fuése el Galeno y tras él
Marcharon los servidores.
Tlezuntelh quedóse helada,
Sumida en meditaciones
Espantosas, y en acerbo
Llanto la anciana anegóse.
—¡Ten piedad!—gritó.—Merecen
Un consuelo sus dolores;
Que en la muerte no hay agravios
Imposibles de perdones.—
Y la india, adusta y grave
Así á la anciana responde:
—Si tu religión te manda
Olvidar odios feroces,
Mis sacros ritos pregonan
Exterminios vengadores.
La piedad es sentimiento
De enfermizos corazones
Á los que abate la lucha
Ó abruma la carga enorme
Del rencor, buitre insaciable
Que nuestras entrañas come.

Tu Dios, de quien me has hablado
En distintas ocasiones,
Murió en horrible patíbulo
Como esclavizado hombre.
Mis dioses nunca rendidos
Se miraron, por ser dioses.
No con encorvados cuerpos
Se muestran, ni con dolores,
Ni angustias, ni pesadumbres;
Sí erguidos, fieros, enormes.
No cual víctimas se ofrecen
Para humanas redenciones;
Ellos, sí, miran adustos
Cómo sangre humana corre
Á sus plantas, é impasibles
Gritos y lamentos oyen.
Si mi religión me enseña
Á hacer grandes mis pasiones,
También mi patria querida
Les dió robustos vigores.
Que nacisteis para esclavos,
Sumisos, rendidos, dóciles,
Lo prueban vuestras costumbres,
Vuestros trajes opresores,
Vuestras viviendas sombrías
Que me parecen prisiones.
Por ser pequeños en todo,
Es vuestro mundo deforme.
Vuestros perros acarician
Sufriendo al par el azote;
Desgarran nuestros jaguares
Al loco que los acose.
Son vuestros valles estrechos,
Enanos son vuestros montes;
Son nuestras selvas inmensas,
Y en nuestras montañas pone
El cielo rojos volcanes
Para alumbrar en la noche.

¿Perdonar? ¿Tener clemencia
Que olvido fácil supone?
¿Dejarse rendir el alma
Por piadosas emociones?
¡Nunca! El indio no perdona.
Si parece estar conforme
Con la esclavitud infame
Que su corazón corroe,
Es porque astuto y con calma
Sabe preparar el golpe
Y al fin dar al enemigo
Martirios, llanto, terrores.
No en nuestras grandes llanuras
Vivimos, ni en nuestros bosques;
No martirios corporales,
No suplicios torcedores
Pueden á horrendas injurias
Dar largas satisfacciones.
Aquí tormentos del alma
Son los que el rencor impone,
De esos que no arrancan gritos,
Pero que son más atroces.
No pretendas, insensata,
Ablandar mi pecho inmoble,
No sueñes que mis enconos
Sombras de clemencia logren.
Tú eres del «Rojo»; son míos
Amigos y servidores,
Que unos mi cuerpo codician
Y á otros mis joyas compróles.
Voy á anticipar los sueños
Hijos del mar y la noche,
Pues la muerte, de mis manos
Va á arrebatarme á ese hombre.—
Inmóvil quedó la anciana
Oyendo tales razones,
Y vió alejarse á la india
Del jardín entre las flores.



XL.

A él corrió. La mejicana,
En su rencor inclemente
Dijo verdad; ni un amigo
Ni un servidor Lope tiene.
Todos vendidos al oro
Ó codiciando el deleite,
Son esclavos de la azteca
Y á sus caprichos atienden.
Mas ¿qué es lo que ve la anciana,
Que, muda, pasmada, inerte,
Juzga ilusión ó quimera
Cuanto á sus ojos se ofrece?
Mil pintados farolillos
Cuelgan de guirnaldas verdes
Y como un ascua de oro
Todo el jardín resplandece.
Sobre una mesa se miran

Aprestos de un gran banquete,
Y de la mesa en el centro,
Entre rosas y laureles,
Oculto se ve un informe
Objeto, que luz desprende
Por intervalos, con rayos
Trémulos é incandescentes.
Van llegando poco á poco
Grupos de apuestos donceles
Y festejan á porfía
Á la india bella y rïente.
Todos la rinden sus almas
Sin que ninguno se acuerde
De don Lope, ni su ausencia
Note, ni su mal respete.
Y mientras la triste anciana,
Confusa, llorosa, inerme,
Oye la risa y la bulla,
Del festín principio alegre,
Un criado que á la azteca
Infamemente obedece,
Penetra en el aposento
En donde Aguilera muere.
Y abre la ojival ventana
Que de su lecho está enfrente,
Por que mire cuál la vida
Está cerca de la muerte.
Empapada de perfumes
La brisa bañó las sienes
De Aguilera, del letargo
Haciendo que se despierte.
En su lecho incorporóse
Y respiró ansiosamente
El aire tibio... una música
Con armonías celestes
Le embriagó el alma. Sus ojos
Mirada angustiosa tienden
En su derredor, y un grito

Lanza convulso, demente.
Al mismo tiempo el criado
De Tlezuntelh aparece.
—¡Llévame allí! dice «el Rojo»
¡Llévame si piedad tienes!
¡Pronto!—Y cumple el miserable,
Más villano que obediente,
Las órdenes que previstas
La atroz mejicana tiene.
Y al par que la buena anciana,
Lleno el corazón de hieles,
Corre á un templo y á Dios busca
Para que á Lope consuele,
El criado maldecido
Lleva á su dueño al banquete.
Pasman todos á su vista
Y á todos á piedad mueve;
Cesa la risa y el cántico;
Reina un silencio solemne.
Y entonces se alzó la india,
Y, con voz de ecos crueles,
Contó las negras historias
De su templo, de la puente,
De la hoguera, de su amado,
De sus piadosas mercedes;
Y al llegar al fiero instante
En que ella contempló inerme
El cráneo del tlascalteca
Rodar á sus pies de nieve,
Con voz sorda:—¡Mirad!—dijo.—
¡Este es! ¡Don Lope es este!—
Y del centro de la mesa,
De entre rosas y laureles,
Sacó horrible calavera
Que espanto puso al más fuerte.
Apiñadas esmeraldas
En sus cuencas resplandecen
Y en sus mandíbulas brilla

Coral que sangre parece.
—¿Lo ves? ¡mira!—
Lanzó el «Rojo»
Un alarido de muerte,
Pues de aquellas cuencas brotan
Miradas fosforescentes.
—¿Lo ves? ¡mira! Generoso
Fué mi amor para tí siempre;
Él te perdonó la vida
Después de osado vencerte....
Él te salvó. Sus despojos
Seguirán siendo clementes.
No te resta otra fortuna
Que estas piedras que se mueven
En sus ojos y en sus fauces.
¡Que ellas tu vida alimenten!
—¿Y tú? ¡tú mi bien, mi alma!—
Gritó Lope.
Y sonrïente,
Pero con risa de infierno,
Respondió la azteca aleve:
—Para mí empieza la vida,
Las músicas, los banquetes,
Las glorias de la riqueza,
De la beldad los deleites.—
Estallaron en mil gritos
Aplausos y parabienes,
Y el «Rojo», en furia deshecho,
Lanzó un gemido rugiente.
—Vamos, señores; la fiera
Sola en su espelunca quede
Con ese cráneo que embote
La rabia atroz de sus dientes.
¡Miserable! ¡miserable!
¡Toma, desespera y muere!—
Y el cráneo arrojó á Aguilera,
Que en el suelo se retuerce
Con espantosas angustias;

Y hermosa, altiva, imponente,
Del jardín salió, y tras ella
Convidados y sirvientes.
Entonces pasó algo horrible
Que mal la pluma se atreve
Á relatar. El gusano,
El monstruo, á quien enloquece
El dolor, con sus muñones
Terrible carrera emprende,
Cruza el jardín, atraviesa
Corredores y retretes,
Dejando rastros de sangre
Por su marcha de serpiente.
Y cuando al portal se acerca,
En él postrados advierte
Á servidores y amigos
En actitud reverente.
Van entrando por la puerta
Niños, ancianos, mujeres,
Con luces, y repitiendo
Plegarias que á Dios ascienden.
Venerable sacerdote,
Rezando con voz solemne,
Entra después, y en sus manos
Al Dios del cielo sostiene.
No ve Aguilera á la azteca
Y á la calle salir quiere.
Todos con horror le miran,
Todos de pasmo enmudecen.
La pobre anciana le estrecha;
Él con rabia atroz la muerde.
—Tu Dios—grita el sacerdote—
Entra en tu hogar; ¡arrepiéntete!
—¡Mi Dios—exclama Aguilera
Con voz de trueno—no es ese!
—¡Réprobo!
—¡Mi Dios se marcha
Y con tu Dios me detienes!

—¡Maldito, maldito seas!—
Y don Lope, de repente,
Quedó en piedra transformado
En los brazos de la muerte.





NOTAS.

---

(1) Vitslibochtli, ó *Visliboslchli*, el más célebre de los dioses mejicanos; el dios de la guerra y de la adivinación. *Vitslibochtli* era hijo de *Koatlikoe*, piadosa y noble mujer, que lo concibió milagrosamente de un manojito de plumas que volaba por los aires y que ella guardó en su seno. Sus hijos, los *Centsonhuitsnahuis*, viéndola en cinta, se conjuraron para darla muerte; pero *Vitslibochtli*, saliendo en el instante del vientre de su madre, armado de los pies á la cabeza, exterminó á sus hermanos.—(Carrasco: *Mitología Universal*.—Gaspar y Roig: Madrid, 1864.)

(2) *Mira á* Quetsalcoatl, *despavorido,*
Cuál huye por la boca de serpiente
De su altar de Cholula.....

El Mercurio de Méjico, y más particularmente del valle de Cholula. Era el legislador de esta región y el dios del aire. Se le reputaba como el fundador de Cholula. El comercio, la guerra, la adivinación, estaban bajo su imperio; había profetizado el arribo de los españoles á Méjico. Se le imploraba al partir las expediciones guerreras. Todos los años, los habitantes de la región de Cholula y todas las razas de la familia mejicana celebraban su fiesta con mucha ostentación, los negociantes sobre todo. Las ceremonias eran crueles. El templo de *Quetsalcoatl* era redondo, y la puerta estaba tallada en boca de serpiente.—(Carrasco: obra citada.)

(3) .... *enrojecido*
Del sacrificio con la sangre hirviente.

Cholula tenía tantos templos como días el año. En estos altares bárbaros sucumbían las víctimas humanas. En el cúmulo de estas víctimas, una, por lo menos, gozaba de una clase de privilegio. Se le lavaba en el lago de los dioses, se le vestía con el traje más rico á la costumbre de *Quetsalcoatl*, rindiéndosele los mismos honores que á esta divinidad, y por espacio de cuarenta días consecutivos gozaba de todo género de placeres. Nueve días antes de espirar esta cuarentena, dos sacerdotes venían á prosternarse á sus pies, diciéndole: «Señor, aun os quedan nueve días de vida.» Llegado el de la fiesta, se le inmolaba: su corazón se ofrecía á la Luna, y su cadáver era precipitado desde lo alto de la Teocalli, en medio de cánticos, bailes y palmoteos.—(Carrasco.)

Los muros del templo de *Quetsalcoatl*, en Méjico, estaban revestidos de cráneos, siendo el número de éstos ciento treinta y seis mil.—(Gomara.)

(4) *Á* Teolth *contempla.....*

Teolth ó *Teol*, el gran dios de Méjico.—(Carrasco.)

(5) *Á tí congrega*
Á Thaloch.....

Thaloch, *Tlaloch* ó *Teskatlibohtli*, el dios máximo después de *Teolth*. Era el vengador de los crímenes, el dispensador de todas las calamidades (epidemia, hambre, peste.....) y el rector de la vida penitenciaria. Su ídolo, de granito negro, luciente y pulimentado, adornado con cintas, tiene en el labio inferior anillos de oro y plata, con un tubo de cristal, del que sale una pluma verde ó azul; en el pecho, un grueso lingote de oro; en los brazos, cadenas del mismo metal; en su ombligo, una esmeralda grande; en la mano derecha, cuatro flechas; en la izquierda, un espejo de oro, adornado con plumas de todos co-

lores, y de sus dorados y trenzados cabellos pende una oreja de oro. El 19 de Mayo se celebraba una fiesta expiatoria, la más solemne de este dios: en dicho día, como en tiempo de primavera y estío, se le sacrificaban víctimas humanas.—(Carrasco: obra citada.)

(6) TLEZUNTELH *divina.....*
Tlezuntelh, *Tlazuntentl*, *Ichcuina* ó *Ixcuina*. La Venus mejicana, la mujer hermosa.—(Carrasco.)

(7) *Es que* TAXI *rendida.....*
Tevaikaiohouna, *Tazi* ó *Taxi*. Dios y diosa de la tierra.—(Carrasco.)

(8) *Los que, con rayos.....*
Historia de la conquista de Méjico (Solís).—(Imprenta de la *Revista Médica:* Cádiz, 1843.)

(9) *y monstruos.....*
(Solís: obra citada.)

(10) *Los que vió la estrella inmóvil*
«El sol.»

(11) *Del lago azul sin orillas*
«El mar.»

(12) *Sobre palacios marinos.*
(Solís: obra citada.)

(13) *Recordados vaticinios*
Declaran tus infortunios.
(Solís. Enciclopedia de Mellado, 1854. Artículo *Méjico.*)

(14) *...... Tlezuntelh; peregrino*
Numen de amor y hermosura.....
He personificado esta deidad teniendo presentes los ritos de las fiestas dedicadas al dios Tezcatlipoca. (Michel Chevalier: *De la civilisation mexicaine, avant Fernan Cortez.*—(*Revue des Deux Mondes*, 1845.)

(15) *En lo interior del templo el arte azteca*
Inventó portentosas maravillas.....
(Michel Chevalier: obra citada.)

(16) *La luna iluminaba aquel recinto*
Que á sangre olía.....
(Carrasco: véase la nota 5.ª)

(17) *Más que el adorno*
De cintas de colores y cadenas.....
(Carrasco: nota citada.)

(18) *Los monstruos que os espantan no á los vientos*
Debieron el nacer.
(Solís: obra citada.)

(19) *El suelo que otro dios conquistó un día*
Á la extinguida raza navalteca.
Vislibochtli condujo en persona á sus adoradores, antes errantes y bandoleros, sobre la llanura de Méjico, facilitándoles la conquista del país, que á la llegada de los mejicanos estaba en poder de los navaltecas.—(Carrasco.)